An hourglass with green sand is the central focus, set against a warm, golden sunset background. The hourglass is made of clear glass and is held in a dark wooden frame. The sand is in the process of falling from the top bulb to the bottom bulb. The background shows a bright sun low on the horizon, creating a soft, hazy glow over a dark landscape.

Tientos cuasi históricos a destiempo

Arturo Manuel Arias Sánchez

Edición: M.Sc. Yaleidy Corrales Valdivia
Diseño de cubierta: M.Sc Yorján Ruiz Torres
Realización computarizada: Dr.C. Lidia Rosa Ríos Rodríguez

ISBN 978-959-16-4569-2



Editorial Universitaria. Calle 23 esquina a F. No. 565,
Vedado, La Habana.



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar4.0
Internacional

Se permite descargar y compartir las obras con otros, siempre y cuando, den crédito a sus autores, no se modifiquen de forma alguna, ni se comercialicen sin la autorización de la Editorial Universitaria.

ÍNDICE

A MODO DE PRESENTACIÓN	3
DERROTEROS CRUCIALES	4
ATLAS Y CAUPOLICÁN	24
HÉRCULES Y SANSÓN.....	31
JOSUÉ Y ODISEO.....	52
CAYO JULIO CÉSAR Y ARCHIDUQUE FRANCISCO FERNANDO.....	56
NAPOLÉON BONAPARTE Y ERWIN ROMMEL	62
ABRAHAM LINCOLN Y JOHN KENNEDY	69
GILBERTO GIRÓN Y LUIS CAPETO.....	77
NERÓN CLAUDIO Y ADOLFO HITLER.....	87
JUANA DE ARCO Y MACKANDAL.....	99
MIRÓN Y MIGUEL ÁNGEL.....	108
ROLDÁN Y CID CAMPEADOR	117
MIGUEL DE CERVANTES Y WILLIAM SHAKESPEARE.....	125
ENRIQUETA FAVEZ Y CECILIA VALDÉS	136
EL CONDE DE MONTECRISTO Y PAPILLÓN	147
HERMANOS MONTGOLFIER Y MATÍAS PÉREZ	161
PERSONAJES EN LA MALLA.....	170
BIBLIOGRAFÍA	174

A modo de presentación

Cuando el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha y su fiel escudero Sancho Panza, desmontan del duro lomo de *Clavileño*, el alígero potro de madera, artilugio montado por los burlones duques, tienen embargados sus ánimos por confusos sentimientos: para el *Caballero de la Triste Figura*, la convicción de haber visitado ignotas regiones con tan singular medio de transporte; para el segundo, la intuición de haber sido víctima de un engaño.

El dominio del tiempo y del espacio, formas de existencia de la materia, apenas se halla en ciernes.

Salvo limitados logros conquistados por la humanidad en el espacio cósmico, la dimensión del tiempo, esquiva, permanece indomeñada (salvo cuando el hijo de Nun detuvo el sol y con él, el tiempo en nuestro planeta, amén de la bula papal de Gregorio XIII, en 1582, que se saltó diez días en la historia de la humanidad), a pesar de los presupuestos teóricos sobre la dicotómica relatividad de tiempo/espacio y sus concomitantes *big-bang*, agujeros negros, teoría de *las cuerdas* y pasadizos o *gusanos* témporo-espaciales.

No obstante, para fortuna nuestra, la literatura y el cine (¡y hasta las leyes con sus concepciones de caducidad, prescripción y retroactividad!) sí han alcanzado sus fronteras.

Entonces, ¿por qué no manipular el tiempo y el espacio con estos episodios donde se recrean hechos históricos ciertos, y otros no tanto, conjugándolos con la fantasía y quizás el humor?

De todas maneras, algún conocimiento brotará de su lectura, por inverosímiles que parezcan.

No pido a mis innúmeros lectores (no pasan de nueve) que se desmonten de este *Clavileño* como lo hizo Sancho del suyo; al menos que, como Quijote, con él experimenten haber visitado poco conocidas regiones y épocas en las vastedades del devenir de la humanidad.

***El concepto de texto definitivo no corresponde
sino a la superstición o al cansancio.***

Jorge Luis Borges

Derroteros cruciales

Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. (...)

Génesis 1, 10

En la alta mar, en la confusión de los tiempos, fraguaba el perdido antecesor común universal¹ (LUCA en inglés Lost Universal Common Ancestor).

I

5000 años antes de Cristo.

El arca de madera de gofer² con aposentos en ella, recubierta con brea por dentro y por fuera, con una eslora³ de 300 codos⁴, una manga⁵ de 50 codos y un puntal⁶ de 30 codos, se estremeció súbitamente; el primero en advertirlo fue Noé, el nieto de Matusalén, luego sus hijos Sem, Cam y Jafet.



¹ Primigenia aparición de la vida en el mar.

² Madera bíblica presumiblemente cedro o ciprés.

³ Longitud del buque o embarcación.

⁴ Antigua medida bíblica, aproximadamente 45 cm.

⁵ Anchura máxima de un navío.

⁶ Altura del casco del buque.

Noé ordenó, puesto en pie en lo alto, sobre la cubierta del tercer piso del arca, a su esposa, a sus hijos y a las mujeres de estos que entraran en la embarcación: ¡las fuentes todas del gran abismo se habían abierto y cataratas caían de los cielos!

La sensación de flotar provocó una desconcertante sinfonía de aullidos, balidos, bramidos, barritares, rugidos, gritos, gorjeos, chillidos y zumbidos de toda laya, emitidos por los animales limpios y los que no eran limpios, de las aves y de todos los que se arrastran sobre la tierra, que habían entrado en el arca de dos en dos, macho y hembra, junto con Noé y su familia.

El diluvio duró cuarenta días y las aguas levantaron el arca, y esta flotaba por encima de la tierra, y tanto arreciaron y aumentaron las aguas que después de haber cubierto los montes todos, subieron todavía 15 codos más.

II

Domingo 14 de abril de 1912

Bien atrás había quedado el puerto irlandés de Queenstown, último recalo del moderno trasatlántico; sus 46 000 caballos de fuerza, generados por grandes calderas, movían las 3 colosales hélices propulsoras que alejaban el navío a una velocidad de 21,5 nudos⁷ por hora del enclave portuario, adentrándolo en el Atlántico, parecía una cita entre el portentoso Titanic y el mítico Atlas.

Semejando un edificio de cinco plantas, el Titanic, sumiso bajo las órdenes del experto capitán Charles Edward Smith, con 2584 pasajeros, se enfilaba hacia la promisoría ciudad de Nueva York, en la oriental costa norteamericana.

El ingenio naval, con una eslora de 269 metros, una manga de 28,20 metros y un calado⁸ de 10,50 metros, provisto de doble fondo y casco

⁷ Velocidad de una embarcación o navío, aproximadamente de 1 milla.

⁸ Medida vertical de la parte sumergida del buque.

dividido por mamparos en 16 compartimientos, surcaba el océano, lleno de luces, bajo un cielo despejado, frío y titilo de estrellas; en su interior los pasajeros se divertían.

Los de primera y segunda clases, comían y bebían o cantaban y bailaban; los de tercera, hacían lo que sus bolsillos atinaran.



Ricos y pobres, estos últimos en mayor número, proyectaban los derroteros a seguir en sus vidas para cuando la Estatua de la Libertad, sola en su isla de Bedlow, con su antorcha en alto, a manera de símbolo iluminador, cubriera con su figura el buque, pero a la vez, presagiara la buena fortuna de los inmigrantes que arribarían a la Babel de acero y cemento.

En la sala de juegos el director de la compañía naviera White Star Line, J. Bruce Ismay, y el constructor del navío insumergible, el ingeniero Thomas Andrews, tiraban, despreocupadamente, los naipes sobre el verde tapiz de la mesa mientras charlaban sobre las bondades del trasatlántico y el establecimiento de un nuevo record de velocidad en esta oportunidad, cuyo registro marcaría pauta en los venideros viajes de la compañía, enlazando así la vieja Europa con Norteamérica.

En la popa de la embarcación, entretanto, dos jóvenes, recién conocidos, pero ya tomados de la mano, tanta había sido la mutua atracción, mientras observaban la ancha y blanca estela espumosa provocada por el girar de las hélices del buque sobre las apacibles olas, se contentaban

con arrojar escupitajos, cada quien más lejos en sostenida porfía, mientras se contaban sus cuitas sentimentales.

Ella, Rose DeWitt, hermosa muchacha prometida en casamiento, más por penurias económicas familiares que por amor, a un ricachón, también pasajero en el barco, rechazaba abiertamente los requiebros amorosos del caballero; él, Jack Dawson, desconocido pintor pero vivaz buscavidas, seducido por la joven desde el momento mismo en que esta se lanzaba al mar, en desesperado intento suicida, frustrado por su casual pero oportuna presencia en la popa, de la mera contemplación visual, comenzaron a besarse, tímidamente al principio, ahora de manera ardiente.

III

Primavera de 1861

Las violentas sacudidas del Maelstrom hicieron crujir el doble casco de acero formado de placas superpuestas con remaches y tornillos, separados por compartimientos de lastre, en tanto la hélice de 6 metros de diámetro, puesto a toda máquina el motor eléctrico del sumergible, le imprimió un giro de rotación tan rápido que lo alejaba de este Caribdis noruego a la fantástica velocidad de 50 nudos por hora.

De esta manera el Príncipe Dakkar supo conjurar el peligro que amenazaba con la zozobra y hundimiento del navío, paradójicamente por él diseñado y construido para la navegación submarina en el océano mundial.

Repuesta la escasa tripulación del submarino, con su capitán a la cabeza, del avatar náutico enfrentado, el espolón triangular de 2 metros de lado, cual erizado puerco espín, afloró a la superficie del mar.

Abierta la escotilla de la torreta de mando, el Príncipe Dakkar y dos auxiliares suyos irrumpieron al frío aire exterior, inspiraron profundamente y exhalaban pequeñas volutas de aliento casi congelado y, bajo el halo de luz amarilla que proyectaba el reflector de cubierta,

examinaron minuciosamente todas las estructuras externas del sumergible, al no apreciar daño alguno descendieron por la escalerilla, cerraron la escotilla y el capitán dio la orden de sumersión.

El Nautilus, que así se llamaba el submarino, con sus casi 60 metros de eslora y 8 de manga, inició el llenado de sus tres tanques de lastre para inmersiones estáticas, como esta que ahora llevaban a cabo; ya inundadas, la mole metálica de 1356,48 toneladas de peso neto, ahora mucho más pesada, comenzó a hundirse lentamente hasta alcanzar la profundidad de 16 000 metros.



El Príncipe Dakkar, sobrino del sultán Tipu Sahib (1751-1799), gobernador de Mysore, en la India, enemigo declarado de la corona británica, al igual que su tío, masacrada su familia, había jurado combatir a los ingleses doquiera que estuviesen, en tierra o mar.

Como hombre refinado y culto, tomó del poema homérico el pasaje donde el ingenioso Odiseo, aqueo lleno de ardides, entabla una conversación con el cíclope Polifemo, haciéndose llamar Nadie, engañoso patronímico empleado como argucia evasiva en pos de lograr su libertad y la de sus compañeros de encierro en la gruta del cíclope. Es entonces que el Príncipe Dakkar comienza a titularse como Capitán Nemo, en clara alusión al término griego (memoria) pero esta vez, más que para ocultar su verdadera identidad de sus adversarios, para no olvidarlos en su encrespado odio.

En tanto el submarino Nautilus surcaba las profundidades del mar, el Capitán Nemo había convocado a sus más allegados colaboradores a una reunión: el naturalista francés Pierre Aronnax, el arponero canadiense Ned Land y al redimido pirata Ayrton Ben Joyce.

La mortecina luz que pendía de un mamparo de la pared del submarino arrojaba largas sombras unidas a los cuerpos de los convocados.

Sentados en derredor de una mesa metálica donde, sobre su superficie, aparecían la bitácora del sumergible, dos brújulas, un sextante, un largo telescopio, dos binoculares y mapas y cartas náuticas, los cuatro hombres trazaban el plan de ocasión, luego de vencer al vertiginoso Maelstrom, muy simple: bajar en latitud norte y aproximarse a las rutas marítimas de los buques mercantiles británicos en su trasiego hacia América o Europa.

Como estrategia para evitar encuentros no deseados con buques de guerra norteamericanos o ingleses, el Nautilus navegaría sumergido durante el día y en las noches emergería para continuar su derrotero bajo la luz de la luna.

De esta manera, abandonando las costas noruegas, sus fiordos y el traidor torbellino, el submarino se encontraría en un punto del océano Atlántico, en las coordenadas 41° 46' de latitud norte y 50° 14' de longitud oeste, muy cerca de las costas norteamericanas.

Llegado al lugar exacto correspondió, en esa noche estrellada, al arponero Ned Land realizar la guardia de observación desde la emergida torreta del sumergible.

IV

25 de junio de 1905

El moderno acorazado ruso modelo pre-dreadnought⁹ tras infructuosos intentos de acercamiento a la marinería y oficialidad rusas, en Odessa y

⁹ Tipo de acorazado cuyo nombre proviene del vocablo inglés *dreadnought* por ser el primero construido con tales características.

Rumanía, buscando apoyo al amotinamiento que días antes, con cierto éxito habían librado contra las autoridades navales imperiales, bajo el mando de Afanasi Matushenko, líder inspirador de la revuelta, enrumba ahora su proa hacia el Mar Mediterráneo, luego de cruzar el estrecho de Bósforo bajo un intenso bombardeo de la artillería turca, a la que respondió adecuadamente; con sus máquinas a toda potencia, atraviesa las Columnas de Hércules y penetra en las aguas libres del océano Atlántico.

Con sus majestuosos 115,52 metros de eslora, con manga de 22,3 metros, un calado de 8,2 metros, y un desplazamiento de 12 500 toneladas, avanza impetuoso sobre las olas.



Los buques que le cruzan ponderan el armamento que sobre su cubierta exhibe: cuatro cañones de 305 milímetros, dieciséis cañones de 152 milímetros, catorce de 75 milímetros, cinco tubos de torpedos de 300 milímetros y dos torretas de observación y disparo.

Las dos turbinas que tiene le imprimen una velocidad de 16 nudos por hora, gracias a los 11 300 caballos de fuerza que generan.

Su tripulación está integrada por 18 oficiales y 712 números, entre marineros e infantes de guerra. Al frente de ella se encuentra el contumaz rebelde de Matushenko.

Cualquier observador del navío podría decir que se encontraba en zafarrancho de combate, y así era.

La rudeza extrema en el trato, los bestiales castigos y el hambre imperante a toda hora, a que estaban sometidos los hombres del Potemkin, todo ello sumado al pesimismo originado por la derrota de la flota rusa en la guerra ha poco sostenida con Japón, barruntaban un amotinamiento contra la oficialidad del acorazado.

La chispa incendiaria de la cólera marinera fue la comida servida a los infantes y marinos del buque, cuyas malolientes bandejas contenían carne podrida de ratas.

Los embravecidos hombres de mar arrojaron su contenido por sobre la borda del navío, con sus cuchillos en manos amenazaron a los cocineros y, los más decididos, empuñando sus fusiles con las bayonetas caladas, encerraron en dos camarotes a la alta oficialidad del acorazado.

Consolidado el levantamiento en el navío de guerra con el apoyo mayoritario de infantes y marineros, más la solidaridad mostrada por las tripulaciones de otros barcos de la flota rusa, también sometidas a iguales vejámenes, y la escasa resistencia presentada por la oficialidad de aquellos buques, es entonces que el popular líder de la revuelta, Matushenko convoca a sus principales seguidores al puente de mando del Potemkin, con el propósito de celebrar una reunión entre los complotados para determinar el futuro inmediato de todos.

A la misma acuden José Dymtchenko, Iván Beshov y un joven grumete muy dado a hilvanar historias y fotografiar con su cámara de trípode, caja y manga, cuanto lugar visitaba, llamado Sergio Einstein.

Degustando una exquisita cena elaborada con verduras frescas, trufas, caviar y vodka, servida por solícitos cocineros, los cuatro hombres charlaban sobre el porvenir del navío y de sus vidas.

Preparado el samovar y bebido el té, desplegaron sobre la mesa, otrora utilizada por el capitán Eugenio Golikov, muerto en la insurrección por los rebeldes, un gran mapa del Mar Negro, su estrecho del Bósforo, su cercanía al Mar Egeo y con este, la proximidad del Mediterráneo, el mare nostrum de los romanos, aguas donde fue derrotado el turco por Don

Juan de Austria en la legendaria Batalla de Lepanto , así como el Peñón de Gibraltar y el enclave hispano de Ceuta y a la vista, el océano Atlántico.

Mil ideas bullían en sus cabezas.

Observando el mapa y cartas náuticas, midiendo con sextantes y compases el sol y el plano cartográfico, calculaban dónde se encontraban, cuánto tardarían en llegar a las costas estadounidenses, qué recepción les dispensarían sus autoridades, si llegaban, a pesar de la animosidad de otras potencias europeas dispuestas a echarlos a pique.

Al fin, sin mayores contratiempos, puesto en acción el plan, en pocos días, se internaron en la alta mar atlántica.

Atrás quedaron las imágenes inolvidables de la ciudad portuaria de Odessa en cuyas escalinatas el pueblo los había recibido como héroes, lleno de admiración; la matanza perpetrada contra los reunidos por las tropas cosacas las que, caladas sus bayonetas y en marcial marcha, descendiendo las escalinatas, calzando altas y lustrosas botas, masacraban a la población; la dantesca escena del cochecito de bebé que, con el infante en él, raudo, descendía las propias escaleras y su madre , antes de morir de un balazo, desesperada alargaba su brazo para detener el vehículo, y la del pobre hombre de piernas amputadas, que cual mítica quimera, apoyado en sus brazos, intentaba escapar del fuego y el acero cosacos; también la indiferencia exhibida por las autoridades rumanas, país que algunos de los amotinados eligieron para permanecer y, a la postre, apresados y devueltos a Rusia, donde serían juzgados y condenados a muerte.

¡Las ensoñaciones encantaban a los marinos rusos sublevados, soliviantadas sus esperanzas de libertad y, en la propia medida, su aborrecimiento a la autocracia de Nicolás Romanov, el "padrecito" zar de todas las Rusias!

V

Ned Land en su atalaya sumergible atisbaba todo el horizonte, su vista de marino acostumbrado al avistamiento de ballenas, escudriñaba en derredor de su punto de observación.

Mientras se frotaba las manos entumecidas por el frío de la noche, creyó haber visto un cetáceo, pero, esta vez, un cetáceo descomunal mas el humo que salía de su dorso le reveló a las claras que se trataba de un buque cuyas columnas de humo, procedente de sus calderas, expelía al aire.

Despertada su curiosidad para con el pabellón del navío, urgió al timonel del Nautilus que lo acercara lo más posible al gran buque; a poco menos de dos millas, echó al agua el pequeño bote con capacidad para doce tripulantes que siempre permanecía unido al sumergible por un cable, y haciéndose acompañar de ocho remeros, enfiló la proa del bote hacia el barco.

El vigoroso ritmo impuesto por los marineros, acostumbrados a tal faena, a los remos y el chapaletéo de las palas de estos arcaicos medios de propulsión marinera, llamó la atención de los dos vigías que, desde lo alto del trasatlántico apostados prudentemente en la observación de icebergs dado la latitud en que navegaba el Titanic y su frecuencia de aparición, también atisbaban el horizonte. Estos desde su elevada altura sobre el puente de cubierta, establecieron breve y fluido diálogo con el arponero canadiense.

Luego a instancias del arponero, fue tirada una escalerilla sobre la borda del barco y por ella trepó ágilmente Ned Land.

Fue recibido por el primer oficial del Titanic, de guardia esa noche, William Murdoch, estrecharon sus manos y luego de la salutación e identificación de los dos hombres de mar (el astuto canadiense, por supuesto, falseó la suya), no tardó mucho en conocer que el barco que había abordado era inglés, la odiada nacionalidad del Príncipe Dakkar.

Pretextando apuro en regresar a su velero al paio por tener el trinquete desarbolado, Ned Land se despidió del oficial inglés y, a grandes paletadas, el bote retornó al Nautilus.

El Capitán Nemo, conocedor de lo que sucedía, impaciente por el regreso de sus hombres, al conocer las nuevas reportadas por el arponero, ordenó la inmersión del sumergible y, con toda la potencia de sus máquinas, lo enfiló hacia el trasatlántico con la aviesa intención de embestir con el espolón de su vehículo submarino un costado del navío de la pérfida Albión.

VI

Con el diablo metido en sus cuerpos, Rose y Jack abandonaron la popa del Titanic, descendieron apresuradamente varias escalerillas y llegaron a la más profunda sentina del trasatlántico, ubicada bajo la línea de flotación del buque.

Inesperadamente, con cierta aprehensión, Rose le preguntó a Jack si él no era aquel asesino en serie de los bajos fondos londinenses, sobrenombrado el Destripador, cuya criminal fama en la barriada de Whitechapel tenía sobre ascuas a Scotland Yard y al mismísimo residente de Baker Street 221-B; el joven se limitó a sonreírle diciéndole que pronto sabría si él era o no ese asesino.

La espaciosa sentina devenida en amplio almacén estaba ocupada por una decena de modernos vehículos de combustión interna, de entre los cuales sobresalían un Ford modelo T y un Graf&Stift, modelo Double Phaeton del año 1910, ambos descapotados y sus asientos recubiertos con pieles de bisonte y armiño.

Las caricias entre los jóvenes amantes arreciaron; para prolongarlas hallaron púdico refugio en el asiento trasero del Graf&Stift.

Rose, cual delicada flor que desprende sus pétalos, se despojó de sus vestidos y se entregó a Jack.

Los cuerpos desnudos yacían fundidos en uno solo; los amantes en el paroxismo del sexo, con rítmicos movimientos pélvicos, los subían y bajaban en armoniosa cadencia sensual, entre quejidos y suspiros, soltando las riendas de los potros del deseo.

Próximos a la meseta del placer carnal, boca con boca, pubis contra pubis, manos crispadas y entrelazadas entrañablemente, estas con aquellas; súbitamente, son sustraídos del éxtasis de la íntima comunión sexual por un horrisono chillido de aceros que se entrecruzan, uno que rasga por la penetración en otro.

Se trataba del espolón del Nautilus que como una navaja había hendido el casco del Titanic.

La incisión se desplazaba desde la proa a lo largo de 90 metros en la banda de estribor del buque; cinco de sus compartimientos se llenaron, casi de inmediato, de agua de mar, el mamparo que dividía el sexto del quinto compartimiento era estanco hasta la cubierta, de modo que ya con el quinto inundado, el buque se hundiría más a proa y el agua pasaría al sexto: ¡el Titanic se hundía!

El pánico cundió desde la cubierta del navío hasta las profundidades de sus sentinas.

Intuyendo el peligro, Rose y Jack, apenas cubriendo sus partes pudendas, lograron alcanzar la cubierta principal; en ella reinaba el caos.

¡Sólo se disponía de 1178 capacidades en los botes salvavidas, pero solo accederían a ellos 711 personas de las 2584 que estaban a bordo del barco insumergible!

¡Se perderían 1873 vidas!

La norma de abandono del buque averiado era “mujeres primero, hombres después, si aún queda sitio”.

La tripulación del Titanic se comportó valientemente; su capitán Charles Edward Smith, se pegó un tiro en la sien, ¡tanta era su vergüenza!

El navío se hundía de proa cada vez más, mientras la popa se empinaba al cielo mostrando sus enormes hélices hasta la fractura del casco en dos.

Finalmente, el océano a todos devoró.

En lontananza, el Capitán Nemo, desplegados sus anteojos binoculares, contemplaba con regocijo el hundimiento del Titanic.

Luego fue la calma, la superficie del mar se sembró de decenas de objetos inanimados, de cuerpos sin vida y de náufragos que luchaban por las suyas.

El Nautilus tomó, por órdenes de su capitán, rumbo a aguas templadas del Atlántico norte.

VII

Las autoridades norteamericanas por consideraciones políticas se negaron a conceder asilo a los tripulantes del acorazado Potemkin y, reabastecido de agua, alimentos y combustibles, abandonó la rada neoyorkina con su proa internándose en aguas del Atlántico.

Atrás quedaba la Estatua de la Libertad y los sueños de los marinos rusos insurrectos, ahora vueltos a la realidad.

Y rompió a llover, llovía a cántaros sobre la cubierta del Potemkin.

Matushenko reunió a los principales encartados de la revuelta, Dymtchenko, Beshov y el hiperbólico Einstein para, puestos de común acuerdo, decidir el plan a seguir.

Con los mapas y cartas náuticas desplegados sobre la mesa de trabajo en el puente de mando del acorazado, hacían cálculos y pronósticos sobre las posibles variantes del plan.

Sopesaron concienzudamente enrumbarse con el navío a una potencia europea, quizás Francia, Italia o Gran Bretaña, solicitar asilo político a sus autoridades y abandonar el acorazado para su incautación por dichas autoridades.

Einstein sugirió navegar hasta el país del sol naciente, Japón y hacer tales ofrecimientos, pero la hidalguía nacional de sus marinos no aceptaría tal destino considerado humillante, dado la derrota sufrida por Rusia en su guerra con aquel país asiático.

Todas fueron desestimadas al no alcanzar consenso entre los miembros de la cédula rectora del levantamiento armado.

Matushenko propuso hundir el Potemkin a la altura de las costas del Mar Negro como acto simbólico de renuncia a la rendición ante las autoridades zaristas, y que, hundido el acorazado, cada quien decidiera su destino personal regresando a la patria madre o asilándose en un país vecino.

Por unanimidad fue aprobada esta moción; poco después los marineros, formados en la cubierta del acorazado e informados por Matushenko de la decisión tomada cuyas palabras fueron escuchadas con la gravedad del momento, no tardaron en ser secundadas por tres prolongados ¡hurra!, salidos con vehemencia de las gargantas de los jóvenes y viejos hombres de mar rusos.

Los aguaceros diluviales no cesaron en todas las jornadas de la travesía marina.

Se hallaba el Potemkin a la altura de las Islas Azores cuando un grumete de guardia, apostado en lo alto de su mirador, creyó percibir en medio de las columnas de agua que se precipitaban desde los cielos al mar, una mole metálica que avanzaba a toda velocidad al encuentro del acorazado.

La singular embarcación daba la impresión de estar semihundida puesto que apenas se insinuaba su proa y el resto de su cubierta permanecía bajo las saladas aguas; a pesar de ello, el insólito navío no acababa de hundirse, por el contrario, se proyectaba como una saeta en dirección al casco del Potemkin el que impactaría por su banda de babor si no era detenido.

El timonel, advertido del intruso naval que se aproximaba, aferrado al timón lo rota energicamente en busca de un giro del acorazado a estribor, para evitar la colisión entre ambas embarcaciones, pero la inercia del movimiento del Potemkin lo mantuvo en su trayecto y el impacto, aunque atenuado un tanto, inevitable, abrió un boquete de tres metros en el casco del navío ruso.

El sagaz Matushenko intuyó que el acorazado había sido atacado por un enemigo desconocido: ciertamente, el espolón del Nautilus se proponía hundir el barco que, con su bandera arriada, el Capitán Nemo había tomado como inglés.

Sin pérdida de tiempo, uno tras otro, de los cinco tubos de torpedos del acorazado, salieron disparados otros tantos artefactos explosivos autopropulsados, tres de los cuales impactaron en el sumergible que ya giraba en redondo para rematar a su víctima marítima. Sendas explosiones suspendieron el rumor de la noche, acallando por unos instantes los torrentes de agua.

El Nautilus con su Capitán Nemo o Príncipe Dakkar y su tripulación, se hundió en el Atlántico.

Cupo el honor a Sergio Einstein recoger para la historia en sus instantáneas fotográficas el hundimiento del desconocido navío y, con sus dotes histriónicas comparar el combate sostenido con aquella batalla naval acaecida en este propio lugar el 9 de septiembre de 1591, conocida como Batalla de Flores, donde se enfrentaron las escuadras inglesa y española, comandadas, respectivamente, por los almirantes Thomas Howard y Alonso de Bazán, donde el primero salió derrotado.

¡Quizás este hecho histórico fue recordado por el Príncipe Dakkar, a manera de consuelo, en sus últimos minutos de vida, mientras se hundía en las profundidades del Atlántico con su sumergible y su tripulación!

La urgencia del momento impuso, entonces, determinar cuánto daño había causado al acorazado el inesperado ataque.

Mecánicos y carpinteros navales de inmediato se dieron a la tarea de tapar el boquete abierto en el casco; la incisión, aunque no tan prolongada, sí permitiría la entrada del agua marina a raudales y si no se contenía, provocaría el hundimiento precoz del Potemkin.

Por lo pronto, un improvisado tapón hecho de una soga de pertinente longura y calibre, recubierta de basto paño embreado, fue colocado en la grieta, a manera de una larga salchicha.

Contenida de esta manera la entrada de agua, luego los mecánicos soldaron planchas de acero sobre la cicatriz del casco, apuntalándolas con gruesas vigas de madera. Con el remiendo, el buque podía continuar su derrotero sobre el mar muchas millas náuticas más.

Pero este no fue el mayor daño provocado sino la pérdida de casi todo el combustible fósil, arrastrado por el ímpetu del agua; tan grave era el asunto que en pocas horas el acorazado quedaría a la deriva en medio del océano.

La lluvia no cesaba, tanto llovía que los marineros del Potemkin experimentaban la sensación de que el pesado navío se elevaba al unísono con el agua, como si flotara en una bañera a punto de desbordarse.

Así transcurrieron muchas jornadas; las provisiones alimentarias fueron racionadas, se doblaron los turnos de guardia, los días se confundían con las noches; en el oscuro horizonte no se divisaba promontorio ni tierra alguna en ninguno de los puntos cardinales.

Un día, o una noche, el oficial de guardia en el puente de mando de cubierta, vio una paloma que sobrevolaba unos arrecifes cercanos; en su deriva, el acorazado Potemkin encalló apresado entre las paredes de un angosto pasadizo excavado en las entrañas de una elevación volcánica: las aguas comenzaron a descender.

VIII

El pertinaz goteo sobre su espaciosa frente y la fetidez proveniente de los planos inferiores del arca, despertaron a Noé.

La cubierta del arca y, posiblemente, sus paredes y fondo, pensó, requerirían de un retoque de brea, ¡tan prolongada había sido su exposición al agua de mar!

En cuanto al mal olor causado por las excretas de los animales encerrados, solo se imponía su limpieza.

Llamó a sus hijos Sem, Cam y Jafet en sus aposentos y les ordenó acometer de inmediato la higienización de los corrales y jaulas.

Mesándose su larga y blanca barba, observó en derredor y percibió grandes maderos que flotando sobre las tenues olas se acercaban al arca: ¡cuánta fue su sorpresa al reconocer cuerpos humanos, hinchados por la putrefacción que sobredimensionaba, aún más, sus tallas!

Uno a uno reconoció a los gigantes Ajimán, Sesay y Talmay, hijos de Anac, todos malévolos hombres; pero había otros cadáveres que no identificó, tan depravados como aquellos, se trataba de los titanes Océano, Ceo, Crío, Hiperión, Iapeto y Cronos y de sus hermanas las titánidas, nombradas Tea, Tetis, Temis, Mnemosina, Febe y Rea, tan descomunales como sus hermanos en tallas y maldad.

Un último cuerpo putrefacto llamó la atención del patriarca, enorme como los otros, pero con un solo ojo sobre su frente cuya cuenca ocular estaba vacía; se trataba del cíclope Polifemo que parecía observarle, aunque no tuviera ojo.

Ahora Noé meditaba que al ser borrados de la faz de la tierra todos los hombres malos, su encierro en el arca estaba próximo a concluir; las aguas del cielo, efectivamente, se amansaban y las de la tierra, se retraían.

Esperó unos días y envió un cuervo, el cual salió y estuvo yendo y viniendo, hasta que las aguas acentuaron su descenso; luego, dejó salir a una paloma para ver si las aguas se habían retirado aún más de la faz de la tierra, pero al no hallar donde posarse, porque las aguas todavía cubrían la tierra, extendió su mano y tomándola, la hizo entrar en el arca.

Esperó otros siete días y volvió a enviar la paloma fuera del arca y al atardecer la paloma volvió con una hoja de olivo en su pico: Noé entendió que las aguas se habían retirado de sobre la tierra.

Todavía esperó siete días más y volvió a enviar la paloma, pero esta no regresó jamás al arca.

En un montículo no muy lejano del arca, tres famélicas personas observaban el vuelo de la paloma, una de ellas la derribó de certera pedrada: Jack Dawson; la saliva humedeció las bocas de Rose DeWitt y del Capitán Nemo.

IX

Todos los tripulantes del acorazado ruso Potemkin, avezados hombres de mar, no podían creer lo que sus ojos veían: el agua descendía de hora en hora como si el tapón de una bañera fuese tirado de golpe.

Los marinos congregados en cubierta, sus manos crispadas sobre las barandillas, temían el desplome del navío hacia el precipicio que poco a poco se profundizaba con la retirada de las aguas. Pero no, ¡el acorazado, inamovible, estaba firmemente encajado en un desfiladero de rocas volcánicas!

Matushenko, Dymtchenko, Beshov y Einstein examinaron las cartas náuticas y cartográficas de que disponían, amén de los mapas que estaban a su alcance, pero... ¡no tenían la menor idea de dónde se encontraban!

Nunca antes habían conocido de una retirada del mar como corceles espantados; sabían del flujo y reflujo de la marea, ¡pero no de una pleamar sobrenatural como esta!

Buscando y rebuscando en mapas, consultando la brújula, atisbando en el horizonte con binoculares y haciendo observaciones solares con el sextante, de entre todo esto, un viejo marino, de repente, sostuvo que el navío se hallaba en un punto medio entre el Mar Negro y el Mediterráneo, cuyas aguas recobrarían el contorno de sus costas con su mantenida retirada.

Pero, cómo explicar la encalladura del acorazado en una cadena montañosa: ¡Imposible!

Las provisiones alimentarias ya escaseaban en el navío cuando Matushenko dispuso enviar una patrulla de exploración por los alrededores del promontorio, con órdenes precisas de internarse en los derriscos montañosos para hallar un sendero que los condujera a alguna aldea cercana y, sobre todo, cazar cabras u otros animales para alimentar a los marineros atrapados con el encierro orográfico del Potemkin.

El inquieto Sergio Einstein, con su trípode a cuestas se unió a los expedicionarios; pasaron las horas y tras infructuosas peripecias montañosas, regresaron exhaustos los hombres al acorazado. El informe rendido fue preciso y cortante.

Los verticales precipicios enclaustraban a la tripulación del acorazado ruso a permanecer entre montañas, sin posibilidad alguna de abandonar los encumbrados lugares.

¡Se hallaban en las alturas del Monte Mayor del Ararat, a una altitud de 5165 metros sobre el nivel del mar, punto orográfico fronterizo entre Irán y Turquía!



Los días pasaron, la hambruna se enseñoreó sobre los marinos del acorazado Potemkin, destinado para el mar, pero ahora casi tocando el cielo, en tanto que Matushenko, Dymtchenko, Beshov y Einstein se disputaban, con otros marinos, las ratas que pululaban en las bodegas del navío ruso, encallado en las áridas faldas del Ararat.

Atlas y Caupolicán

I

Era de los Olímpicos y de los Titanes, antes del Hombre.

Se alistaba el hijo de Jápeto, viejo titán que moraba junto a Cronos¹⁰ en los confines de la tierra y del mar, y de la ninfa¹¹ Clímene, hermano de Prometeo, Epimeteo y Menecio, llamado Atlas¹² o Atlante a cumplir con el castigo que le había impuesto Zeus; milenios más tarde, inmortalizado por el aeda Homero en el Canto I de su poema épico *Odiseo*, califica al joven titán, hacedor de la punible hazaña, como *aquel que conoce todas las profundidades del ponto*¹³ y *sostiene las grandes columnas que separan la tierra y el cielo*, en clara alusión a su penitente destino.

La olímpica punición respondía a que el joven titán, con denodado empeño había hecho causa común con los suyos en la prolongada revuelta de once años contra los Olímpicos, estallido conocido como Batalla de los Titanes; la causa primigenia de los bandos en pugna había sido que el titán Cronos había provocado el derrocamiento de su propio padre, Urano, dios del Cielo y gobernante del Universo, castrándole y arrojando sus testículos al mar, secundado por su madre Gea, divinidad de la Tierra y, a partir de este hecho, los Olímpicos, guiados por Zeus y seguido por Hestia, Hera, Deméter, Hades, Poseidón, Estigia y sus hijos, declararon la guerra a los titanes, generación anterior de divinidades, entre cuyas filas se encontraban, además de Atlas, Cronos, el principal instigador de la rebelión, acompañados de Ceo, Crío, Hiperión, Jápeto, el padre de Atlas y su hermano Menecio.

Transcurrida poco más de una década, el triunfante bando de los Olímpicos, dividió el botín de guerra entre ellos de la siguiente manera: el dominio del cielo fue concedido a Zeus, el del mar a Poseidón y el del

¹⁰ Dios mitológico griego, padre de Zeus, Poseidón, Hades, Artemisa y Hestia, también divinidades mitológicas.

¹¹ Divinidad femenina mitológica griega subalterna de los dioses mayores, que moraba en ríos y lagos.

¹² En griego antiguo *αταξ*, el portador, de *τλάω* *tláô*, portar, soportar.

¹³ Nombre dado por los griegos a las vastas extensiones de tierra al noreste del Asia Menor, actual Turquía.

inframundo¹⁴ a Hades, en tanto que los derrotados titanes fueron encerrados en el Tártaro¹⁵, en lo más profundo del inframundo.

No obstante, varios titanes no fueron encerrados en el inframundo, Atlas entre ellos, a los que Zeus destinó otro tipo de castigos.



Con peculiar ensañamiento del señor del Olimpo, Atlas fue condenado a sujetar los cielos por toda la eternidad, a manera de compensación a Urano, el dios del cielo, toda vez que la bóveda celeste se había derrumbado sobre la tierra, tras la conflagración entre Olímpicos y Titanes, debido a la cruenta lucha librada bajo aquella.

II

Cumbres Meridionales Andinas, a mediados del Siglo XVI.

Los aspirantes miraban de soslayo el enorme tronco de dura y pesada madera, tirado cuan largo era, en el centro del círculo trazado por los cuerpos de fornidos jóvenes, venerables ancianos y empenachados caciques mapuches, erróneamente denominados por los conquistadores europeos “araucanos”, todos convocados por Colo Colo, el más respetado de entre estos últimos, a la lid para la elección del toqui¹⁶ de las tribus familiares, coaligadas en lucha contra el colonialista español don Pedro de Valdivia y sus tropas, pero sin consenso de jefatura principal.

¹⁴ Etimológicamente significa “mundo de abajo”, en alusión al “más allá”, lugar donde moran las almas de los muertos.

¹⁵ Lugar del inframundo, lleno de sufrimientos y tormentos eternos.

¹⁶ Jefe militar araucano de una comarca en estado de guerra.

Caupolicán, uno de los dieciséis caciques de la junta guerrera enfilada al enfrentamiento de la invasión hispana, se encontraba entre los aspirantes, por derecho propio, como señor principal de Pilmaiquén, lugar de riscos y despeñaderos donde había nacido, hombre dotado de gran fortaleza física y valor a todo trance.

La prueba eleccionaria convino en que aquel que sostuviera el tronco por más tiempo sobre sus hombros, sería elegido toqui mapuche en la bravía Araucanía.

Uno a uno, sobrepujando en sudorosos afanes al anterior, los vigorosos caciques probaron suerte: el empinado Paicaví, osado, fue el primero en medir tensiones corporales, sostuvo el tronco seis horas; le siguió el altivo Elicura, quien solo resistió nueve horas; Purén, el gigantesco mapuche, solo medio día en el intento; le siguió en suerte Ongolmo, corto de estatura pero de piernas gruesas como el propio tronco y brazos nervudos, estuvo más de medio día con el leñoso estípite sobre sus hombros; otro coloso mapuche, Tucapel, de amplio tórax y cargadas espaldas, lo retuvo durante catorce horas; por último, entró en liza el corpulento Lincoyán, quien alzando el tronco como si fuera una caña y atravesándolo sobre sus musculosos hombros, alcanzó las veinte horas, número casi imposible de superar.

Cuando todos creían victorioso a Lincoyán, y sus partidarios se aprestaban a festejar su inminente liderazgo, se presentó como postrero competidor Caupolicán, el cacique de Pilmaiquén, cuyo retrato describe Alonso de Ercilla y Zúñiga¹⁷ en su poema épico *La Araucana*, bajo estos términos:

Noble mozo de alto hecho, varón de autoridad, grave y severo, amigo de guardar todo derecho, áspero y riguroso, justiciero, de cuerpo grande y relevado pecho, hábil, diestro, fortísimo y ligero, sabio, astuto, sagaz, determinado, y en casos de repente, reportado.

¹⁷ Poeta y conquistador español (1533-1594) cronista épico de la llamada Guerra de Arauco librada entre mapuches y conquistadores españoles.

Muy cerca del dichoso tronco, Caupolicán lo miró de soslayo, midiéndolo con su incisiva vista y, puesta en tensión su admirable musculatura, de un tirón lo colocó sobre sus fornidos hombros, cual pluma de cóndor: luego acaeció lo inexplicable.



III

En el punto más elevado del Monte Olimpo, en su prístina e inmaculada ágora¹⁸, Zeus, el que mora y trueno en lo alto, seguido muy de cerca por su séquito de deidades, entre las que destacaban sus aliados en la guerra contra los titanes, Hestia, Hera, Deméter, Hades, Poseidón, Estigia y Urano, con aureolas de triunfo y ánimo punitivo, aguardaban por el discurso de aquel, el de voz amplia y árbitro supremo, cuyas palabras sentenciarían al titán Atlas; y así fue: altivo y todopoderoso, condenó al hijo de Jápeto y Clímene, a mantener la tierra separada del cielo por la infinita eternidad.

Escuchada por los presentes la decisión del soberano que lanza el rayo, los incondicionales sonrieron plácidamente, en tanto que el rostro del reo permanecía impasible.

El musculoso titán, con todo su cuerpo en tensión, liberado por los guardianes de las cadenas que le apresaban hasta ese momento, presto a recibir del castrado Urano la arqueada bóveda celeste, fijada sobre un eje, puesto de pie en toda su estirada estatura, cuando se iniciaba la entrega del cielo de unas cansadas manos a otras penitentes, los circundantes

¹⁸ Plaza pública griega.

podieron apreciar que el joven titán flaqueaba en sus esfuerzos, se empequeñecía en la propia medida en que el traspaso celeste se consumaba, amenazándolo con sepultarlo en toda su magnitud y peso.

Zeus, ensoberbecido, supuso que se trataba de embelesos y hechizos prodigados por Calipso, la hermosa hija del condenado Atlas, para salvarle, a pesar de estar en su remota isla de Ogigia, lugar a donde iría a zozobrar, milenios más tarde, un astuto aqueo, llamado Odiseo, caro al propio Zeus; pero de inmediato, para evitar el desplome de la bóveda celeste, ordenó a Hércules, asistente en la ocasión, que la sostuviera entre sus brazos, hasta tanto se sobrepujara esta contingencia, faena inesperada para el semidiós, a sumar a sus doce famosas tareas encargadas por el rey de Micenas, Euristeo, a modo de expiación de sus crímenes familiares.

Así pues, el hijo bastardo de Zeus y Alcmena cargó para siempre, sobre sus robustos hombros, la bóveda celeste en aquellos aciagos días, hecho que desmiente la leyenda, transmitida oralmente de milenio en milenio hasta nuestros días, donde se recrea el incidente suscitado entre el condenado titán y el bastardo semidiós, acerca de ciertas manzanas de las Hespérides¹⁹, cuando Atlas fue burlado por el segundo, al cargarle Hércules un momento la bóveda celeste y devolverla al titán bajo el pretexto de acomodarse con una almohada para estar más cómodo en la fatigosa labor, oportunidad en la que el semidiós emprendió una veloz carrera para burlar a Atlas; en esta ocasión, el hijo de Alcmena no pudo echarse a correr.

En el ínterin, cuando por orden del dios más poderoso se auxilió a quien todos tomaban por Atlas, empequeñecido inescrutablemente para el largovidente y los concurrentes del Olimpo, las nereidas²⁰ dieron cuenta al soberano que se trataba de un hombre mortal, de cierta complexión física, ataviado con extraña vestimenta, de rasgos indianos, piel cobriza,

¹⁹ Ninfas que cuidaban un maravilloso jardín de manzanas en un lejano rincón situado cerca de la cordillera del Atlas en el norte de África.

²⁰ Divinidades griegas menores, también conocidas como ninfas.

ojos pardos, sobre su frente un penacho de plumas y que exclamaba, en lengua nunca antes oída en los contornos del Hélade: “Soy el toqui Caupolicán”.

A pesar de toda la omnisciencia del supremo soberano del Monte Olimpo, Zeus no sabía qué pensar del extraordinario suceso ni qué hacer con tan diminuto mortal.

IV

Apenas había levantado Caupolicán el macizo tronco y se disponía a colocarlo sobre sus espaldas, cuando todos los concurrentes observaron que el aspirante a toqui, poco a poco, se agigantaba hasta alcanzar una estatura colosal, más alzada que el promedio del pueblo mapuche; su piel de color oliváceo se transmutó en otra blanquísima, como la leche de alpaca; su pelo negro y lacio, devino en rubio y ligeramente ondulado, el tinte de sus ojos pasó de pardo a azul y su vestimenta, despojada del habitual poncho, ceñido con el chumpi y la chuspa²¹, se convirtió en alba túnica.

Atónitos, el venerable Colo Colo, los respetados ancianos y los aspirantes a toqui Paicaví, Elicura, Purén, Ongolmo, Tucapel y Lincoyán, espectadores del insólito hecho, no tenían respuesta alguna al fenómeno ocurrido ante sus ojos; poco después, el más sabio de entre ellos, Colo Colo, reflexivo, pausadamente explicó a todos que se trataba de una elocuente manifestación solidaria de los espíritus de Ngenechén, Ngenmapu, Ngen-ko y Ngen-kütral, es decir, el ser espiritual superior mapuche y sus señores de la tierra, del agua y del fuego, coaligados en su lucha contra el conquistador español, quienes habían enviado a este extraño ser para derrotar a los atrevidos intrusos del monarca hispano.

Atlas, repuesto de su asombro, libre de la condena de Zeus, entonces, satisfecho, se dio a la tarea de recorrer la abrupta cordillera de Los Andes, topónimo de origen quechua *Anti*, cuyo significado es cresta

²¹ Bolso que cuelga del hombro.

elevada, envidiando que no llevase su nombre, como en tiempos antaños, habían nombrado a otra región montañosa en el septentrión africano marroquí.

La desaparición de Caupolicán permitió que un antiguo sirviente de Pedro de Valdivia, un mapuche llamado Lautaro, deviniera en toqui del irredento pueblo y liderara la lucha contra los conquistadores españoles.



Hércules y Sansón

I

Etolia, noreste de la península helénica, Año 5226 antes de Cristo.

El sopor canicular sumía a Hércules en una plácida modorra, acentuada por los dedos de Deyanira que, una y otra vez, recorrían el blondo cuero cabelludo del semidiós, mientras yacía acostado en una estera de lana cubierto con su piel del león de Nemea y las fauces de aquel abiertas, que usaba a modo de yelmo, dejado a un lado; tan placentera era la sensación experimentada que a su memoria retornaron, vívidamente, escenas gloriosas y vituperables de sus andanzas en tierras de dioses y mortales.

De tal suerte, recordó los matrimonios que había concertado a lo largo de su vida: el primero de ellos con Mégara, hija mayor del rey Creonte, cuyos hijos comunes, llamados los Alcides, mató en un ataque de locura provocado por su archienemiga divina Hera, crimen cuya expiación le costó enfrentar doce colosales tareas sobrehumanas, impuestas por el rey de Micenas, Euristeo, en obediencia a la voluntad de la consorte de Zeus, a las que partió provisto de una espada que le dio Hermes, Apolo un arco y flechas bien afiladas, adornadas con plumas de águila, Hefestos un peto de oro y Atenea una túnica; el segundo enlace fue con la princesa lidia Ónfale, a la que fue vendido como esclavo, a manera de compensación por la muerte de Ifito, un tebano a quien, supuestamente había robado sus yeguas, delito no probado; el dinero de su venta fue entregado a los huérfanos del tebano; tiempo después, la princesa lo puso en libertad, como muestra de agradecimiento por haber salvado a su pueblo de un dragón; el último matrimonio fue el que sostenía con la inefable Deyanira, hija de Éneo, cuyo vientre parió cuatro varones y una hembra nombrada Macaria, su única hija de tantas uniones carnales que sostuvo a lo largo de su vida.

Pensamientos más turbios nublaron sus sueños al recordar quiénes fueron sus auténticos padres: Hércules era hijo del dios Zeus y de la tebana Alcmena.

El que truena en lo alto yació con Alcmena tras adoptar la apariencia de Anfitrión, el marido de ésta, soldado tebano ausente del hogar a causa de la guerra que sostenía su país con Atenas. Por puro designio divino, Anfitrión regresó del campo de batallas tarde en la propia noche y Alcmena quedó embarazada de gemelos: uno, bastardo del dios y otro mortal, de Anfitrión, bautizados Hércules e Ificles.

El adivino Tiresias, sabio que veía el porvenir, fue consultado por el burlado marido y, en suave susurro, le murmuró al oído:

—Tu mujer va a tener un hijo de Zeus. Y ese hijo será el hombre más fuerte de la Tierra. Todo el mundo admirará sus proezas.

Anfitrión abandonó al adivino lleno de confusión.

En la noche en que los gemelos nacieron, Hera, concedora del adulterio de su marido, logró convencerlo para que prestara juramento a un miembro de la casa de Perseo, hijo suyo habido con Dánae, cuya promesa imponía que el niño que naciera aquella noche, sería un gran rey.

Habiendo Zeus juramentado, Hera ralentizó el parto de Alcmena provocando al mismo tiempo, el nacimiento prematuro de Euristeo haciendo así que fuese rey en lugar de Hércules; logrado su propósito, Hera permitió que Alcmena pariese sus gemelos: uno de los niños, Ificles, era mortal, mientras que el otro era el semidiós Hércules, como es sabido.

Hércules²² fue su nombre de bautizo en un intento de ganarle la simpatía de Hera. Tiempo después, la implacable diosa envió dos serpientes venenosas a la cuna donde el niño dormía; el semidiós estranguló con sus manitas a los dos ofidios y fue hallado por la nana jugando con sus cuerpos flácidos como si fueran juguetes de trapo.

Hércules recibió con su hermano Ificles clases de música y con un boyero se adiestró en el arte de manejar el arco; la indisciplina y la rudeza le acompañaron desde entonces.

²² El nombre griego fue el de Heracles.

Muy joven protagonizó una doble hazaña: mató un león que ocasionaba estragos en los rebaños de la región y se casó con Mégara, su primera esposa, hija del rey Creonte de Tebas, en tanto su medio hermano, Ificles, se casaba con la hija menor del propio monarca.



La unión de Hércules con Mégara provocó su desgracia personal.

Poseso de una locura inducida por Hera, Hércules mató a sus hijos y a dos sobrinos. En castigo por estos abominables hechos, la sibila²³ de Delfos le dijo que tenía que acometer diez afanosos trabajos o tareas que dispusiera el rey Euristeo, el hombre que había usurpado su trono, a modo de expiación de sus crímenes. Hércules, valeroso, intrépido y astuto venció en todos ellos triunfalmente, y ya creía en la redención de sus faltas cuando Euristeo, a pedido de Hera, estimó que en dos de sus tareas había fallado, en razón de la ayuda que otros le prestaron, y le asignó otros dos, quizás más difíciles de cumplir. Hércules no se amilanó y, otra vez, el éxito le premió. Los descomunales trabajos fueron: la captura del sanguinario león de Nemea, al que estranguló, le arrancó su piel invulnerable y con ella se vistió; matar la hidra de Lerna, especie de serpiente de muchas cabezas y, en tanto las cortaba, su amigo Yolao quemaba los cuellos cercenados, para que de la carne quemada no rebrotase otra cabeza, además con la hemolinfa de la hidra, Hércules

²³ Pitonisa, vidente, adivina o anunciadora del porvenir.

envenenó sus flechas; el apresamiento del jabalí de Erimanto, animal que, exhausto, lo capturó, lo ató con cadenas, se lo cargó sobre los hombros y regresó a Micenas; la persecución infatigable de una de las cinco ciervas de Cerinia, provistas de pezuñas de bronce y cuernos de oro, consagradas a la diosa Artemisa, herida ligeramente de un flechazo de Hércules, tras lo que le amarró las patas y, como era su costumbre, se la echó sobre sus espaldas y la llevó a Euristeo; la limpieza de los establos de Augías, nunca antes limpiados, causa de un tufo intenso de podredumbre y, ayudado nuevamente por Yolao, desvió los ríos Alfeo y Peneo, cuyos caudales vertiginosos arrasaron con todo el estiércol de los establos; expulsión del lago Estínfalo de unas aves con pico, garras y plumas de bronce que atacaban a los seres humanos lanzándoles desde el aire sus plumas de bronce, Hércules se auxilió de unas castañuelas divinas para ahuyentarlas del monte donde se guarecían, al salir la bandada, las abatió con certeros flechazos; la captura vivo del toro de Creta el que recorría este territorio arrojando fuego por sus narices y devastando todo a su paso, Hércules se trabó en dura lucha con el bóvido y lo derrotó, luego lo condujo a Micenas; para atrapar las yeguas de Diomedes, devoradoras de hombres, el semidiós se valió de una treta mediante la cual los equinos se comieron a su dueño y se amansaron, luego las unció al carro de Diomedes y las condujo a Micenas; el arrebató del cinturón de oro de Hipólita, la reina de las amazonas y su entrega al rey Euristeo, para este empeño, se hizo acompañar de Yolao, Telamón, Peleo y Teseo, al ver a Hércules, la reina quedó prendada de su masculinidad y accedió a entregarle el cinturón como prenda de amor, pero la aviesa Hera metamorfoseada en amazona, desencadenó una trifulca entre los recién arribados y las amazonas y Hércules creyéndose traicionado, mató a Hipólita, y llegado a Micenas, entregó el cinturón; robar los bueyes rojos de Gerión, monstruo de tres cabezas, seis brazos y tres cuerpos unidos por la cintura, tenido por el hombre más fuerte del mundo, requirió de su astucia y de la certera puntería de sus flechas disparadas discrecionalmente sobre el monstruo y los suyos, matándolos y retornando con los bueyes a Micenas; robar las manzanas de oro del jardín custodiado por las celosas Hespérides, cuya ingestión

proporcionaba la inmortalidad al hambriento frugívoro, devino en búsqueda del jardín y luego, aconsejado por Prometeo, a quien había liberado de su suplicio, prometió no arrancarlas con sus propias manos sino por medio de Atlante, y cuando este, engañosamente las entregó a Hércules, el semidiós arrancó a correr, burlando así la zancadilla que aquél quería tenderle en relación con el sostén de la bóveda celeste; por último, la duodécima tarea, la más riesgosa, consistía en apresar en lo más profundo del Hades y llevarlo a Micenas el can Cerbero, perro con tres cabezas y cola de serpiente que guardaba la entrada del infierno e informado de que el dios de los infiernos le permitiría llevarse el perro si conseguía dominarlo sin ayuda de armas, y así lo hizo: Hércules atrapó el perro infernal con sus fuertes manos y lo llevó a Micenas, el rey Euristeo al verlo corrió aterrorizado en busca de refugio; luego, Hércules restituyó el can en su puesto donde aún aguarda por nosotros.

Así transcurrieron los primeros años de Hércules en su ajetreada vida de semidiós, exaltada por sus portentosas hazañas, repasadas en sus ensoñaciones junto a su tercera esposa, la hermosa y celosa Deyanira.

II

Valle de Sorec en Canaán, Año 1125 antes de Cristo.

Los dedos de la filistea surcaban la abundante cabellera del hebreo; sus bucles se deshacían con el paso, una y otra vez, hacia arriba, hacia abajo, de las yemas dactilares, tornando, una y otra vez, a su natural ensortijamiento; el nazareno, en el regazo de la mujer, se sumió en un adormilado sopor, cada vez más profundo.

Soñó que los suyos habían olvidado los beneficios que Yahvé les había deparado desde su fuga de Egipto, al entregarse desenfrenadamente a la idolatría, razón por la que fueron castigados a esclavitud, primero, por más de veinte años, bajo Jabin, el rey de los cananeos; luego habían venido a poder de los madianitas, en el que lloraron bajo su yugo una penosa servidumbre; más adelante, durante diez y ocho años permitió Yahvé que estuviesen los israelitas como esclavos de filisteos y amonitas

en pena de su execrable pecado, y ahora, por esta mala correspondencia habían sido entregados a los filisteos, donde gemían desde hacía cuarenta largos años.

Su sueño lo remontó a su más tierna infancia, cuando su padre, nombrado Manoa, de la tribu Dan, nazireo²⁴ o nazareo de profesión entre los suyos, sentado sobre sus piernas, le narraba que su esposa, su madre, era una mujer estéril, a la cual se le apareció un Ángel del Señor, que le dijo: - Sé que eres estéril y careces de hijos; mas es cierto que concebirás y parirás un hijo; pero te advierto, que no bebas vino ni sidra, y mucho menos comas carne de animal inmundo, porque has de concebir y parir un hijo en cuya cabeza no ha de tocar navaja alguna, pues ha de profesar desde su infancia el instinto de nazireo de Dios, y este ha de ser quien ha de libertar a Israel del poder de los filisteos.

Rememoró en su inconsciente sopor que al escuchar las palabras de su padre no podía entender nada de su elevado designio. Y un día, Manoa y su mujer vieron cumplido lo que Yahvé les había prometido con su nacimiento, a quien pusieron por nombre Sansón²⁵; desde entonces, el Señor le había colmado de bendiciones.

Sumido en sus ensoñaciones, recordó que apenas con diez y ocho años dio muestras de su apostura, gallardía y fortaleza cuando, acompañando a sus padres a la ciudad de Timnat, alcanzó a ver una hermosa doncella, hija de padres filisteos, de quien se enamoró perdidamente. Y volviéndose a casa dijo a sus padres que se la obtuviesen por esposa.

Así mismo, el recuerdo sonrojó su sueño ante el bien intencionado reproche paterno: - ¿Es posible, hijo, que habiendo entre nosotros las hijas de tus hermanos y compatriotas has de querer casarte con una mujer hija de los filisteos, gente incircuncisa?

²⁴ Hombres hebreos consagrados a Yahvé.

²⁵ En hebreo significa Sol.

Arrepentido ahora en la nube vaporosa del sueño, escuchó la voz de su padre al acceder a su irracional petición; de tal manera, los padres pasaron en compañía de su hijo a Timnat con ánimo de pedir la novia a sus progenitores.

Y he aquí que, solapado en sus recuerdos, da un salto en el regazo de Dalila, quien teme que su amante haya despertado y, presta, oculta bajo su túnica la navaja que esgrimía en sus manos, y de nuevo mesa dulcemente los cabellos de su esposo; pero este retorna en su bruma de ensoñaciones al encuentro con la fiera que le retaba cuando, padres e hijo, luego de un reposo en un viñedo cercano, de repente les acomete un terrible león, haciendo ademanes de quererlos despedazar a todos.

Pero, luego que lo vio venir rugiendo hacia ellos, Sansón la embiste animoso, y luchando cuerpo a cuerpo, cogiéndole entre sus brazos, le hace pedazos como si fuera un tierno corderillo. Así supo el valiente judío que hazaña tan extraordinaria no podía haberla ejecutado de no asistirle el Espíritu del Señor.

Su mente dibujó el asombro de sus padres quienes, admirados del hecho, daban gracias a Dios que los hubiese librado de aquella fiera por los esfuerzos de su hijo.

A seguidas asaltaron su memoria las imágenes del día de su casamiento con la joven filistea. Bien dispuestas las cosas, al pasar por el sitio donde había despedazado el león, se le antojó ver el cadáver de aquella fiera cuando advirtió que de sus fauces salían muchas abejas, las que habían hecho en ella un panal de miel del cual cogió una parte que comió junto a sus padres.

Llegados a la casa de la escogida, los agasajos a los novios se prolongaron por varios días. En uno de estos convites, y estando de sobremesa, propuso Sansón a los convidados una adivinanza para que se la descifrasen, y les dijo que con tal que la resolviesen les prometía

treinta vestidos con sus túnicas y capas, y que les daba de término siete días para que discudiesen pero que, si no alcanzaban a descifrarla, ellos les habían de dar los mismos vestidos; convinieron todos en ello muy regocijados y le pidieron la propusiese pronto.

El enigma fue este: *Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura.*

Mientras esto recordaba en sus sueños, una sonrisa se insinuaba en los labios del dormido, pero ahora, con nuevos recuerdos, la sonrisa se transmutaba en un rictus de dolor.

Así recordó que cinco días habían pasado sin que ningún filisteo hubiese podido resolver el enigma. Llegaba el séptimo día en que finalizaba lo convenido, y los filisteos afrentados por no poder dar con la respuesta, se valieron de una artimaña, que fue incitar a su mujer para que por medio de los cariños de esposa se lo sonsacase a Sansón y después se los participase.

Negada la novia, dijéronle, asimismo: - ¿Por ventura el habernos convidado a tus bodas ha sido para despojarnos de nuestros vestidos y, juntamente dejarnos corridos y vencidos de un hebreo?

Con estas amenazas fue convencida la mujer de Sansón, y se vio obligada a poner en práctica lo que le pedían sus paisanos y deudos.

Se fue a Sansón triste y llena de lágrimas, quien luego que la vio, le preguntó cuál era la causa de su llanto. Ella sagaz y astuta le dijo: - Aun no tenemos ocho días de casados y ya manifiestas odio y poco cariño hacia mí.

Sansón que hasta el momento ignoraba los fines que llevaba semejante propuesta, le dijo: - Habla, esposa mía, y dime todo tu sentir.

Ella respondió: - ¿Qué más quieres expresar tu poco afecto para conmigo, que no te dignas a revelarme a mí, que soy tu esposa, el problema que propusiste a los varones de mi pueblo?

Reviviendo en sueños su enojo, Sansón accedió ante tantos ruegos y tantas instancias inoportunas con fingidas lágrimas que, molesto en extremo, se lo vino a decir el día sétimo. Ella, que no deseaba más que se lo soltase de su boca, al punto que lo oyó, pasó a referírsele a los suyos.

Llegó el tiempo señalado del plazo y juntos todos para resolver la adivinanza, se la descifraron a Sansón diciéndole: - ¿Qué cosa más dulce que la miel, y qué cosa más fuerte que el león? A lo cual no tuvo qué responderles Sansón; pero sospechó que su mujer se las había revelado.

Moviendo involuntariamente su cabeza, cuyo giro sobresaltó a Dalila, ante recuerdos alevosos, irritado contra su mujer de entonces, resolvió dejarla y marcharse a casa de sus padres; y volvió a hundir la testa en el regazo de Dalila para tranquilidad de esta.

Convulso, vino a su sueño su marcha hasta Ascalón lugar donde mató a treinta hombres, arrebatándoles sus vestidos para dárselos a los que fraudulentamente le habían acertado en el enigma.

De esta rememoración pasó a otra cuyo tránsito contrajo su atlética musculatura. Así, pasados unos días de aquella acción, recordaba Sansón que partió en busca de su mujer, pero ya había sido dada en matrimonio por sus padres a otro hombre.

Entonces, enfurecido y enojado, les dijo: - Desde hoy no tienen para qué culparme el que declare guerra contra los filisteos, y así dispónganse, que he de ser su azote.

Con satisfacción, su inconsciente memoria develó secuencias de violentos episodios cuyas escenas repasó en su sueño.

Se fue a los montes y cazó hasta trescientas zorras, a las cuales ató en sus colas unos haces de paja y poniéndoles fuego, las azuzó por todos los sembradíos de los filisteos, que en breve quedaron reducidos a ceniza, listos ya para su siega.

No paró aquí el daño pues el fuego de las espigas se comunicó a las cercanas viñas y olivares, en los que provocó una gran devastación.

Descubierta la autoría de Sansón, entonces los filisteos, montados en cólera, fueron a la casa del que fuera suegro del hebreo y, vivos, lo quemaron con su hija.

No bastó a Sansón este castigo, pues les dijo que ellos también habían sido culpados en incitar a su mujer a que le sonsacase la respuesta. Y así dijo que hasta que se vengase completamente de ellos, no habría de parar.

En este momento de sueño, Dalila pudo ver que la frente de Sansón se perlaba con gotas de sudor; en tanto, en su febril cerebro se sucedían con frenesí otros hechos violentos.

Los filisteos juntando gente fueron contra los de Judá con ánimo de resarcir los daños y prender a Sansón. Empezaron a devastar las cultivadas tierras, y viendo los de Judá el vandalismo de los filisteos, les enviaron emisarios, pidiéndoles razón de por qué les asolaban sus bienes; respondieron que venían a satisfacer los daños que Sansón les había hecho, y que en tanto que no lo entregasen atado y preso, no desistirían de hacer todos los estragos posibles: los israelitas le prometieron darles satisfacción.

Recordó Sansón que aquellos varones de Judá se le acercaron en su refugio de la cueva de Elam y sin oponer resistencia a los emisarios, sostuvieron la conversación que, palabra a palabra, rememoró:

- Es posible, Sansón, que estando nosotros subordinados al poder de los filisteos, te hayas atrevido a hacer con ellos semejante estrago.

A lo cual respondió:

- Yo he hecho según y cómo lo hicieron conmigo.

- Pues no tiene remedio – respondieron los emisarios-; a nosotros es debido darles satisfacción, porque no nos arruinen las tierras, y esto ha de ser cumpliéndoles lo que nos piden, que es que te entreguemos a ellos atado y preso.

- Convengo en ello - respondió Sansón - pero antes júrenme que no me habrán de matar. Afirmaron que no harían tal; solo prenderle y entregarlo a los filisteos.

Entregado, atado de pies y manos, los filisteos con suma algazara y vocerío le salieron al encuentro, gozosos de tener ya en su poder a Sansón y hacer con él un cruel escarmiento. Pero este empezó a forcejear, y de improviso rompió todas las ligaduras y cogiendo una quijada de un asno, que se hallaba entre sus pies, dio con tal fuerza y cólera contra los filisteos, que hizo una masacre muy grande y mató mil de ellos, habiendo los demás huido con suma precipitación.

En las profundidades de su cerebro, Sansón agradeció a Yahvé de que así se hubiese librado de sus enemigos.

Como se había fatigado tanto, la pelea le provocó una sed terrible, y volviéndose a su Señor, le dijo: - Concediste, Dios, a tu siervo esta gran victoria; muero de sed; no permitas, Señor mío, que caiga en manos de estos incircuncisos, tus enemigos.

Y entonces de la homicida quijada que había arrojado y tenía allí cerca, brotó agua, con que apagó su sed, lugar desde entonces conocido entre los judíos como *la fuente de quien clamó*.

Después de todo esto, rememoró, se fue a Gaza, donde vio una ramera, que hacía trato de sí y de su casa, y Sansón se entró en ella.

Supiéronlo los filisteos y al punto dispusieron modo para prenderle. Dejaron que llegase la noche y luego lo encerraron en aquella casa con mucha gente armada; reforzaron las puertas de la ciudad, poniendo en ellas su guarnición con ánimo de que cuando Sansón saliese por la mañana, dar todos contra él y matarle.

Con sigilo, Sansón durmió solo hasta la media noche, e impuesto de lo que pasaba, salió silenciosamente como pudo a aquella hora. Se fue a las puertas de la ciudad para salir; y habiéndolas visto tan bien cerradas con cerrojos y candados, procuró desquiciarlas lo que ejecutó con prontitud, echándolas al suelo, y cogiéndolas al hombro (tan vívida resultó esta rememoración que, dormido como estaba, comenzó a jadear del esfuerzo realizado entonces, para sobresalto de Dalila) y huyó con las puertas a un monte aledaño a Hebrón, sin que ninguno de los centinelas se hubiese atrevido a oponérsele ni ofrecerle resistencia.

Su dormida faz se ruborizó al recordar que, establecido en el valle de Sorec, le había cobrado cariño a una mujer llamada Dalila, a quien, de cuando en cuando, visitaba; y determinaron, ahora, los príncipes de los filisteos valerse de esta mujer para poder agarrar en sus manos a Sansón, y así se concertaron con ella para que con cariños, le engañase y supiese de él en qué consistía tener tamañas fuerzas, y cómo podrían vencerle y cogerle preso; para lo cual llegaron a ofrecer a la infidente, si conseguían lo que le pedían, cada uno de ellos mil cien dineros. Se confabuló con ellos Dalila y empezó a poner en práctica lo encomendado.

Por tres veces lo hizo infructuosamente, siempre bajo pródigas caricias. En cada una de ellas, admirada de las descomunales fuerzas de Sansón deseaba saber en qué estaba su inusual fortaleza y en qué consistía, que por bien que le ataban, rompía con mucha facilidad las ligaduras. Sansón le respondió, en cada una de ellas, engañosamente.

En la primera, que con tal que le atasen con siete cuerdas de mimbre verde, no seco, sino un tanto húmedo, quedaba con las fuerzas regulares de otro cualquier hombre.

En la segunda que, si empleaban, para sujetarle, nueve cuerdas nuevas que no hayan sido utilizadas nunca antes, de esta suerte quedaría en el mismo estado que los demás hombres.

En la última ocasión, Sansón repuso que, si le entretejían con una tela siete trenzas de su cabeza y estas las aseguraban contra la estaca de un telar en tierra, todas sus fuerzas se desvanecerían.

En todas ellas, a manera de comprobación, Dalila exclamaba: - ¡Filisteos sobre ti, Sansón! - y el nazireo, con suma facilidad quebraba las ataduras practicadas por la conspiradora.

Frustrada en tercera ocasión, Dalila le reprochó a su amante:

- Tú dices que me amas, pero mal se conoce cuando tu corazón dista tanto de mí. Por tres veces me has engañado, no queriendo decirme la causa de tu fortaleza - insistía continuamente Dalila, no dejándole un instante sin importunarle sobre ello y entonces Sansón, cansado por sus porfiados ruegos, por fin le dijo:

- Has de saber que jamás se ha puesto navaja sobre mi cabeza porque soy nazireo, esto es, consagrado a Dios desde el vientre de mi madre; por cuanto, si llegase a faltarme el pelo en mi cabeza, en aquel instante mismo me faltarían las fuerzas que me asisten y quedaría solo con las regulares que gozan los demás hombres.

Quedó satisfecha Dalila de lo que le había manifestado su esposo; se fue a los príncipes de los filisteos y les aseguró que ya sabía la causa de la fortaleza de Sansón; que le diesen lo que le habían prometido y se los entregaría sin ninguna de sus fuerzas.

Recibido el dinero que le ofrecieron, aguardó ocasión propicia que viniese Sansón a su casa para poner en práctica lo que había prometido a los filisteos.



Y así, un día Sansón fue en busca de reposo y Dalila le hizo que se recostase sobre su regazo, comenzó cálidamente a mesar su melena y, cuando le vio muy dormido, le cortó con la oculta navaja numerosos, largos y apretados mechones de cabellos.

Consumado el corte de pelos, lo despertó abruptamente, simulando lo que otras tres veces había hecho con él, gritándole:

- ¡Filisteos sobre ti, Sansón! -

III

Deyanira desconfiaba, con toda razón de la fidelidad conyugal de su consorte Hércules, cuyas aventuras amorosas, si no sobrepujaban las heroicas, las igualaban.

Proverbiales fueron los rumores fundados que circulaban en todos los reinos aqueos, por él visitados, de haber copulado con las cincuenta hijas del rey Tespio, habidas con su esposa Megamede, quienes temiendo que pudieran contraer matrimonios inapropiados, decidieron que cada una de ellas tuviera un hijo con Hércules, que por entonces se dedicaba a la captura de un león a petición del monarca, razón por la que se alojó en el palacio real durante cincuenta noches seguidas.

En su primera noche, el rey Tespio le dijo socarronamente: - Puedes tener a mi hija mayor Procris como tu compañera de lecho-. Pero cada noche de los cincuenta días visitaba la alcoba del semidiós otra de sus hijas, hasta que se acostó con el medio centenar de princesas: ¡hijo de Zeus, al fin y al cabo!

Algunos exagerados sostienen, no obstante, que las gozó a todas en una sola noche, con excepción de una que rehusó sus abrazos y permaneció virgen hasta su muerte, devenida en sacerdotisa. A pesar de ello, Hércules había engendrado a cincuenta y un nietos del hospitalario rey Tespio con las hermanas de la devota, como sabemos, pues Procris, la mayor, le dio dos mellizos, y la hermana menor otra pareja.

También habían llegado a los oídos de Deyanira que su marido mantuvo relaciones homosexuales, de larga data, con Yolao, su compañero de aventuras y auriga, y, presumiblemente con el propio rey Euristeo, aquel que por encargo de Hera le había impuesto los descomunales trabajos.

Todo ello perturbó sentimentalmente a la bella esposa del hijo de Zeus y Alcmena.

En cierta ocasión, Hércules fue con Deyanira al torrentoso río Eveno, en plena creciente, y encontraron allí un barquero llamado Neso, un centauro, quien alegaba estar autorizado por los dioses para cruzar transeúntes de una orilla a otra, servicio que ofreció a los esposos a cambio de una pequeña retribución. Hércules accedió y pagó a Neso el precio fijado para que transportara a Deyanira a la otra orilla, en tanto él lo cruzaría a nado; entonces, arrojó su arco y su clava al otro lado del río y se sumergió en la turbulenta corriente fluvial.

Neso, en vez de cumplir lo pactado, echó a correr con Deyanira en sus brazos; luego la arrojó a tierra e intentó violarla.

Los gritos de socorro de Deyanira alertaron a Hércules de lo que ocurría; se apresuró a recoger su arco, apuntó cuidadosamente y el pecho de Neso fue atravesado por una flecha con plumas de águila, disparada por el héroe desde casi mil metros de distancia.

Antes de morir, Neso, conocedor de los desvaríos amorosos de Hércules, se arrancó de un tirón la flecha y le susurró a Deyanira: - Si mezclas el semen que he derramado en la tierra con la sangre de mi herida, le

añades aceite de oliva y untas la poción al chaleco de tu marido, no volverás a tener motivos para quejarte de su infidelidad-.

Deyanira se apresuró a recoger los ingredientes de la receta, guardándolos, sin decirle a Hércules una palabra del asunto.

Días más tarde, Hércules oficiaba un culto en los altares del panteón olímpico, vertiendo vino y arrojando incienso en las llamas cuando de pronto gritó como si le hubiera picado un escorpión: el calor del fuego había derretido la ponzoña de la sangre de Neso contenida en el chaleco, extendiéndose por los brazos y piernas del semidiós, abrasándole las carnes.

El dolor, insoportable, lleno de angustia, le hizo derribar a puñetazos los dos altares; en vano intentó arrancarse el chaleco, pero tan pegado estaba a la piel que se le salían las carnes y dejaba los huesos al descubierto. Su sangre burbujeaba como si estuviera hirviendo.

Para calmar el intenso padecimiento, se arrojó de cabeza en un río próximo, pero la ponzoña le quemaba aún más.

Enajenado, Hércules recorrió la montaña cercana y arrancaba los árboles a su paso; nadie se atrevía a acercársele hasta que, retorcido de angustia, a puro gritos, Hércules llamó a su amigo Hilo, presente entre los espectadores del nefasto acontecimiento, y le pidió que lo arrancara de allí para morir en soledad. Hilo lo llevó a las estribaciones del monte Eta en Traquis, región predestinada por el Oráculo de Delfos como el escenario para la muerte del hijo de Zeus y Alcmena.

Cuando Deyanira supo lo acaecido con su esposo, horrorizada de su falta, se ahorcó, según otros, se hirió con una espada en su tálamo nupcial. El último pensamiento de Hércules había sido castigarla antes de morir, al repasar lo ocurrido en el río Eveno, pero cuando Hilo le aseguró que Deyanira era inocente, como lo había probado su suicidio o intento,

musitó su perdón y manifestó el deseo de que Alcmena, su madre, y todos sus hijos se reunieran para escuchar sus últimas palabras.

Pero era demasiado tarde, sólo pudo revelar la profecía de Zeus, ahora cumplida, a Hilo: *Ningún hombre vivo podrá matar nunca a Hércules; un enemigo muerto será su ruina.*

Hilo le pidió instrucciones a Hércules, y este en los estertores de la muerte, le dijo: - Jura por la cabeza de Zeus que me llevarás a la cima más alta de esta montaña, y allí me quemarás, sin lamentaciones, en una pira de ramas de encina y troncos de acebuche.

Hilo prometió cumplir con el último deseo del moribundo.

Cuando todo estuvo preparado, Yolao y sus compañeros se retiraron a una breve distancia, mientras Hércules subía a la pira y ordenaba que la encendiesen. Pero nadie se atrevía a obedecerle, hasta que un pastor eolio que pasaba por allí ordenó a Filoctetes, hijo de Peante, rey tésalo, que hiciera lo que pedía el moribundo. En agradecimiento, Hércules legó a Filoctetes su aljaba, arco y flechas, y cuando las llamas comenzaron a lamer la pira, extendió su piel de león en la plataforma formada en la cima y se tendió, con la clava como almohada, con un aspecto tan feliz como el de un huésped enguirnaldado rodeado por copas de vino. Del cielo cayeron rayos de Zeus que inmediatamente redujeron la pira a cenizas.

Los rayos habían consumido la parte mortal de Hércules. Ya no tenía parecido alguno con Alcmena, sino que, como una serpiente que ha mudado su piel, aparecía con toda la majestad de su padre divino. Una nube lo ocultó a la vista de sus compañeros, mientras, entre truenos, Zeus lo transportaba en su carro de cuatro caballos al cielo, donde Atenea lo tomó de la mano y lo presentó solemnemente a los otros dioses.

IV

Ignoraba Sansón que Yahvé se había apartado de él, y acudieron los filisteos y fue preso por ellos; lo llevaron consigo y lo primero que

hicieron fue sacarle los ojos, atarle muy bien y cargado de cadenas, lo encerraron en la cárcel. Se valían de él para moler en una tahona, para no matarlo de golpe, sino acabar con su vida poco a poco con una muerte prolongada, porque estaban rabiosos por los muchos daños que les había hecho.

Le duró a Sansón bastante tiempo el sufrimiento de su prisión y su trabajo esclavo hasta que le volvieron a renacer los cabellos y a recuperar sus fuerzas perdidas.

Ocurrió el hacer los filisteos unas grandes fiestas a su dios Dagón en agradecimiento de haberle puesto en sus manos a su odiado enemigo; se congregaron en su templo a ofrecerle víctimas y espléndidos banquetes, exclamando en sus brindis:

- Dagón ha hecho que Sansón nuestro enemigo haya caído en nuestras manos: sea alabado y honrado.

Concluidos los banquetes lo sacaron de la cárcel y lo llevaron al templo, donde multitud de filisteos se burlaba de él y le hacían mil escarnios y afrentas. Al dejarlo por un rato llamó al lazarillo que le guiaba, y le dijo que lo arrimase a las dos grandes columnas que había en el templo de Dagón, que le sostenían.

Así lo hizo el lazarillo, en tanto que todos daban un rato de treguas a su escarnio hasta volver otra vez a mofarse de Sansón.

Acudieron al templo a estas fiestas todos los príncipes filisteos con infinidad de gentiles, de todos sexos y condiciones, que se contaban hasta tres mil, agolpados en varios sitios del santuario pagano.

Cuando más alegres y alborozados estaban los filisteos esperando a que se les entregase a Sansón, él invocaba el nombre de Yahvé, diciéndole:

- Dios y Señor mío, acuérdate de mí, y devuélveme, Dios mío, ahora las antiguas fuerzas para que yo me vengue de estos mis enemigos y tuyos, y tome venganza de ellos por los ojos que me han quitado.

Y agarrándose de las dos columnas que mantenían todo el edificio del templo, dijo: - Muera yo aquí con todos los filisteos.

Sacó las columnas de sus quicios y al pronto vino todo el templo a tierra, y con él murieron todos los filisteos, sepultados entre sus escombros.

Así dice la Escritura Sagrada, que mató más filisteos muriendo que viviendo.

Vinieron después sus deudos y compatriotas, y tomando su cuerpo le llevaron a enterrar al sepulcro de su padre Manoa, enclavado entre Sorá y Estaol; el héroe había sido el décimo tercer juez de Israel durante veinte años.

Este fin tuvo Sansón, el nazireo judío y azote de los filisteos.

V

En el Olimpo, morada de Zeus.

Zeus se felicitó de que su hijo favorito se hubiera conducido tan noblemente en su martirio y endilgó el siguiente discurso a todas las divinidades:

- La parte inmortal de Hércules – proclamó - está a salvo de la muerte y pronto lo recibiré en este plano bendito. Pero si aquí a alguien le aflige su divinización, tan merecida, ese dios o diosa debe aprobarla, ¡les guste o no! Todos los olímpicos asintieron y Hera decidió soportar el insulto, enfilado directamente hacia ella, porque ya había ordenado castigar a Filoctetes por su generosa acción en el encendido de la pira mortuoria de Hércules.

Zeus había destinado un escaño dentro de los Doce Olímpicos²⁶ para ser ocupado por su hijo, pero estaba indeciso en cuanto a quién expulsar del selecto club de dioses para hacerle lugar. El que truena en lo alto, ingenioso como era, convencería a Hera para que adoptara a Hércules mediante una ceremonia de alumbramiento, es decir, simulando que estaba de parto, luego mostraría al recién nacido a la comunidad de dioses como hijo suyo. Si su divino plan resultaba exitoso, Hera consideraría a Hércules como su hijo y, quién sabe, si lo llegaría a amar como amaba a Zeus y lo casaría con su bella hija Hebe.

¡Ni qué decir que todos los inmortales asintieron con el soberano!

Con estos planes en su regia testa, Zeus fue en busca del cuerpo inmortal de su hijo que yacía oculto en el carro que lo había conducido a lo más alto de las cumbres del Monte Olimpo; le tendió su mano y del artefacto descendió, envuelto en harapos polvorientos, un hombre fornido, de tez cetrina y piel olivácea, de pelo lacio enmarañado, cubierto de polvo, con las cuencas de sus ojos vacías, magullado, lleno de contusiones y morados, que sin quejarse, se hacía guiar auxiliado de un burdo cayado de pastor de ovejas en una de sus manos, en la otra agarraba con fuerza una quijada de asno, y que hablaba en una lengua no conocida por los dioses presentes en el ágora palaciega: se trataba de Sansón, el hijo de Manoa, el nazireo y azote de los filisteos.

En medio de la estupefacción divina, una carcajada retumbó en el Olimpo, la de Hera.

Zeus sumió al extraño en lo más profundo del hades, donde sufre desde entonces.

En el Edén, morada de Yahvé.

²⁶ Además del propio Zeus y de su esposa y hermana Hera, la docena la completaban Poseidón, Ares, Hermes, Hefestos, Afrodita, Atenea, Apolo, Artemisa, Hestia y Hades.

Al sepulcro de Sansón fue a buscarle el Ángel de Yahvé, removi6 la piedra que solapaba la gruta mortuoria, le tendi6 la mano al cuerpo del nazireo, lo arranc6 de la cripta donde yacía y lo llev6 consigo a las alturas, donde fue recibido por el Se6or, en lo m6s alto del cielo.

Yahvé escudri6 el rostro chamuscado del reci6n llegado, el llamado azote de los filisteos; cabellos que una vez habían sido blondos, ahora se retorcían sobre sus ejes pilosos, ennegrecidos; del cuerpo atlético del advenido se desprendían colgajos purulentos de una piel, en otro momento blanca, muy blanca, ahora enrojecida por sangre coagulada, quien sostenía, en sus anchos hombros y vigorosos brazos, amuletos en clara alusi6n a Dag6n, el dios pagano de los filisteos: solo el Se6or de los Cielos entendi6 las palabras que la lengua del extra6o pronunciaba, nunca antes escuchada en el recinto celestial desde los tiempos del derrumbe de la Torre de Babel.

Entonces, altivo, Yahvé le dijo:

- ¡Tú no eres Sans6n, el hijo de Manoa, ni eres un nazireo del pueblo hebreo!**
- ¡Tú eres el hijo del dios pagano de los aqueos, Zeus!**
- ¡Te condeno a morar por la eternidad en lo m6s profundo del infierno!**

Desde entonces, sin la compa6a del can Cerbero, el fantasma inmortal de Hércules se pasea por el Seol²⁷ entre los pútridos muertos, con el arco tenso y la flecha ajustada en la cuerda; del hombro le cuelga un tahalí de oro amenazadoramente adornado con leones, hidras, ciervos, toros, jabalíes y escenas de cruentas batallas.

²⁷ El infierno judío, también conocido como Abad6n.

Josué y Odiseo

I

Valle del Jordán, año 1210 a.C.

Cuarenta mil hombres armados, bajo las órdenes de Josué, el hijo de Nun, cruzan el río Jordán y se dirigen a la polvorienta llanura de Jericó.

Por temor a los hijos de Israel, la ciudad de Jericó estaba cerrada, muy bien cerrada por su alta muralla, ladinamente burlada por dos espías, que, asistidos de una infidente, ramera de profesión, nombrada Rajab, logran escudriñar en el interior amurallado.

Jehová, el Señor, imparte sus instrucciones al hijo de Nun:

Todos tus guerreros deben rodear la ciudad y caminar alrededor de ella una vez al día, durante seis días, acompañados de siete sacerdotes, portando bocinas hechas de cuero.

En el séptimo día tus guerreros darán siete vueltas a la ciudad, en tanto los sacerdotes tocarán sus bocinas.

Cuando se deje escuchar el toque prolongado de las bocinas, todo el pueblo debe lanzar gritos a viva voz; entonces la muralla de la ciudad se vendrá abajo y Jericó será tomada.

Cumplidas como fueron las instrucciones del Señor, los guerreros con Josué al frente, los sacerdotes con sus estrepitosas bocinas y el pueblo con sus alaridos, aguardaron, anhelantes, el desplome de los muros.

En ese instante, un oscuro agujero los succionó a todos; un alucinante vértigo los sumió en la inconciencia.

II

Colina de Hissarlik, en las costas del Asia Menor; año 1090 a.C.

Las cóncavas naves de muchos bancos, fondeadas en oculta ensenada, con centenares de aqueos de hermosas grebas a bordo, esperan por la señal para orzar y retornar al escenario de lucha.

Corría el noveno año de la guerra trabada entre argivos y teucros, la muerte arrebató héroes, de uno y otro bando, como Patroclo y Héctor; pero las inhiestas murallas de Ilión, inexpugnables, auguraban la prolongación indefinida del bélico conflicto.

Cundía el desaliento entre los aqueos cuando el paciente divinal Odiseo, rey de Ítaca, hijo de Laertes y de Anticlea, esposo de Penélope y padre de Telémaco, ideó la estratagema de simular la retirada de los suyos a la mar en sus naves, habiendo construido antes con el carpintero Epeo un colosal caballo de madera, aparentemente abandonado por los sitiadores en las cercanías de la ciudad acosada.

Los teucros, a la vez sorprendidos, recelosos unos y confiados otros, contemplan desde lo alto de sus muros el impresionante equino; luego, decididos, lo arrastran hasta la acrópolis.

El caballo estaba en pie, y los teucros, sentados a su alrededor decían muy confusas razones y vacilaban en la elección de uno de estos tres pareceres: hender el vacío leño con el cruel bronce, subirlo a una altura y despeñarlo, o dejar el gran simulacro como ofrenda propiciatoria a los dioses; esta última resolución debía prevalecer, porque era fatal que Troya se arruinase cuando tuviera dentro aquel enorme caballo de madera donde estaban ocultos los más valientes argivos, prestos a causar estrago y la muerte entre los teucros.

Llegado el momento, guiados por Odiseo, el fecundo en ardides, Menelao y Neoptolemo, el hijo queridísimo de Aquiles, a quien el propio Odiseo con sus ojos apreció que al joven no se le mudaba el color de la linda faz, ni que se secase las lágrimas de las mejillas, sino que le suplicara al rey de Ítaca con insistencia que le dejare salir del caballo, y acariciando el puño de la espada y la lanza, que el bronce hacía ponderosa, meditaba males contra los teucros; los argivos ya se descolgaban de la hueca

emboscada cuando sus oídos percibieron un agudo zumbido que los anonadaba, y fueron tragados por un negro vórtice.



III

Repuestos del estupor, la multitud de gentes, de guerreros y sacerdotes, encabezados por Josué, penetraron como alud volcánico en la ciudad, acuchillando a su paso, a un lado y a otro, a todos, sin distinciones de edad y sexo.

Antes de cortar el cuello de los tres últimos prisioneros, Josué escuchó que se hacían identificar como Príamo, rey de Troya, su hijo Paris, y Helena, la concubina de este; con un gesto, apresuró la ejecución.

Poco después, Josué, el hijo de Nun, escaló a lo más alto de una atalaya y, al contemplar los amontonados escombros de la que fuera la imbatible muralla de Ilión y el vasto mar azul que se extendía por todo el horizonte, pensativo, quedó asombrado de los insondables caminos del Señor.

IV

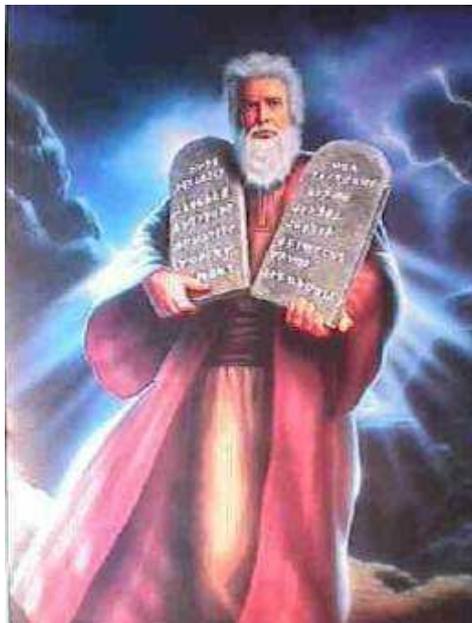
Odiseo, Menelao y el resto de los asaltantes, revestidos de hermosas grebas, recuperados del transitorio vahído, espadas en manos, exterminaron a todos los habitantes de la amurallada ciudadela; corrieron en busca del viejo rey Príamo, del seductor Paris y de la adúltera Helena, mas no los encontraron.

En su lugar hallaron a una ramera en pleno oficio, llamada Rajab, quien alegó, para salvar su vida, que ella les había ayudado a tomar la ciudad, gracias a su infidencia; de nada le valió: fue herida por las crueles espadas de bronce; otros muchos más cayeron hasta que finalmente, aniquilada toda la población, el último sobreviviente del holocausto sostuvo con tenacidad que él era el rey de Jericó; de poco le sirvió su corona: fue traspasado por aguzados bronces.

Un victimario se colocó la corona sobre su cabeza.

Exhaustos por la matanza, el paciente divinal Odiseo y el atrida Menelao, perplejos, se miraron el uno al otro; en derredor, escudriñaron el horizonte: no se veía ni una nave de muchos bancos, ni siquiera, una gota de agua de mar.

En el centro de la plaza pública de Jericó se erguía un descomunal caballo de madera, con su vientre despanzurrado y azotado por el viento polvoriento del desierto.



Cayo Julio César y Archiduque Francisco Fernando

I

Roma, salón de reuniones adyacente al anfiteatro de Pompeyo; día 15 (idus) de marzo de 44 a. C.

El cónsul Cayo Julio César entra en el recinto y se sienta en el lugar de honor, como corresponde a su investidura; para la fecha, el Senado había sido convocado, al político le apremia partir para la campaña militar contra los partos.

La noche anterior, mientras cenaba con Lépido, su leal comandante de legiones, y otros amigos cercanos, César había formulado una interrogante inquietante, ¿cuál era la mejor clase de muerte?

Luego de escuchar las opiniones de sus interlocutores, los desconcertó con la suya: *una muerte rápida e inesperada*.

Recogido en la alcoba nupcial, su esposa Calpurnia, soñó que le veía con numerosas heridas, arrojado sobre un charco de su propia sangre.

Al amanecer, Calpurnia, encarecidamente, le rogó que no asistiera a la reunión senatorial.

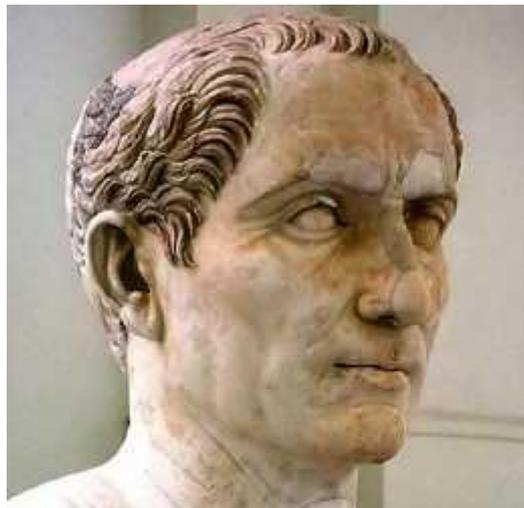
Ignorado el riesgo, por infundado según César, a pesar de la enturbada atmósfera política dominante en Roma, donde decididos adversarios conspiraban en silencio, imputándole ser la primera cabeza de un gobierno despótico, usurpador de las libertades ciudadanas, a reinstaurar en una República democrática, si el éxito acompañaba a los complotados, cuyas esencias verdaderas percibían al pacificador de las Galias como un líder popular, amenaza cierta a los privilegios de los aristócratas; más con todo, Cayo Julio César penetró en el gran salón senatorial y ocupó su curul.

Al instante, se le acerca uno de los conjurados, en tanto que un grupo de ellos, rodea el sillón ceremonial.

La vanguardia asesina la integran los senadores Cayo Casio y Marco Bruto, partidarios de Pompeyo, el militar y político sedicioso, derrotado por Julio César, quien había perdonado la vida a los dos primeros; les acompañan Décimo Bruto, Cayo Trebonio, Tulio Címbber, Publio Casca y Cornelio Cinna, los más connotados de entre más de sesenta senadores traidores.

Dada la señal convenida, todos extraen de sus togas las homicidas dagas, y comienzan a hender el aire, prestos a herir y matar.

En el preciso instante en que son descargados los golpes fatales, un intenso chorro de luz enceguece a los criminales y, en vilo, son levantados hasta desaparecer.



II

Sarajevo, 28 de junio de 1914.

Ronroneando el motor del automóvil marca *Graf&Stift*, modelo *Double Phaeton* del año 1910, descapotado, con sus ilustres pasajeros reposados en sus asientos, el Archiduque Francisco Fernando, de la Casa Real Habsburgo-Lorena, heredero de la corona del Imperio Austro-húngaro, y su esposa, la Duquesa Sofía de Chotek, enlazados matrimonialmente bajo reglas morganáticas, se desplaza plácidamente por las adoquinadas calles de Sarajevo.

En las fechas, por pura coincidencia, se trenzan la celebración del decimocuarto aniversario del matrimonio de la feliz pareja (ella se encuentra nuevamente embarazada); pero también, se conmemora un nuevo aniversario de la anexión de Bosnia-Herzegovina (tinglado étnico y religioso de serbios, bosnios, cristianos y musulmanes), al imperio, y consecuentemente, manifestado por simpatizantes o detractores, de acuerdo con su credo nacionalista y confesional.

En la noche anterior, alojados en el Hotel *Bosna*, en las cercanías de Sarajevo, agasajados por la alta oficialidad del ejército y de la nobleza locales, la pareja había compartido con estos.



La visita de Su Alteza Imperial y Real a la provincia, pretendía fortalecer las tirantes relaciones de la corona austro-húngara con los ciudadanos de Bosnia-Herzegovina, llena de resentimientos hacia el linaje imperial de los Habsburgo.

Temprano en esa mañana, luego de visitar escuelas y orfanatorios, la Duquesa Sofía se rencuentra con su esposo para continuar el placentero periplo ciudadano: por ellos aguardaban miembros de la organización extremista serbia, conocida como *Mano Negra*, apostados a lo largo de calles y plazas de la capital provincial; los conjurados habían planeado la eliminación física del Archiduque.

Un primer intento del magnicidio ocurre cuando, en las cercanías de un puente, un separatista lanza una bomba al coche imperial en marcha; en

un acto de valentía, antes de que estalle, el heredero al trono arroja hacia atrás el artefacto explosivo, el que, al impactar con la calle, estalla, hiriendo a miembros de la comitiva acompañante y a simples espectadores del suceso.

Interesado por la suerte de los lesionados, Su Alteza Imperial se encamina al hospital donde fueron atendidas las víctimas del atentado; concluida la corta visita, nuevamente embarca en su automóvil, al lado de su asustada esposa.

Mas quiso el destino, o la pura casualidad, que el chofer del vehículo, confundido en su ruta, al dar marcha atrás para enrumbarse, es observado en sus giros por el más joven de los extremistas serbios, apenas un adolescente, llamado Gavrilo Princip.

El extremista deja la taza de café que bebía, se encamina hacia el coche, empuña su revólver y coloca su dedo índice en el gatillo.

Son las once de la mañana del domingo 28 de junio de 1914.

De pronto, se volatiliza el homicida en un halo negro que desciende sobre su cabeza, y desaparece.

III

Vuelto a su conciencia, Gavrilo Princip, echó una ojeada al extraño lugar en que se encontraba; apreció un vasto salón, una estatua de mármol, numerosos escaños, unos ocupados y vacíos otros, aquellos por hombres vestidos con largas togas talaras y calzados con sandalias; todos le miran horrorizados.

A seguidas, reparó en un hombre que permanecía inalterado, en medio de tanta confusión, sentado en una silla privilegiada; aquel hombre, de edad que frisaba los sesenta años, de recia complexión, cara redonda, ojos negros y vivos, de pronunciada calvicie que intentaba ocultar atrayendo sobre la frente el escaso cabello de la parte posterior de su cabeza, vestido con una laticlavia guarnecida de franjas que le llegaban hasta las manos, a su vez, lo escudriñaba.

Princip mantenía en alto su brazo derecho, apuntando su revólver a este hombre.

La difuminación de los siete senadores y la súbita aparición de Gavrilo, había promovido gritos de espanto en el salón; afuera se hallaban a la espera de la conclusión del cónclave senatorial el también cónsul, Marco Antonio, y el amigo más íntimo, de escaramuzas y cama, de Julio César, Nicomedes, quienes, atraídos por el escándalo desatado, se precipitan en el interior del recinto, temerosos de una tragedia.

Sobrecogidos, aquilatan la presencia de un joven, estrafalariamente vestido, que, en actitud amenazante, apuntaba hacia el César un extraño artefacto metálico, a todas luce, peligroso.

Corajudos como eran, se abalanzan sobre Princip; el dedo índice de su mano derecha, convulso, aprieta una y otra vez el gatillo: una bala penetra entre los arcos superciliares de Cayo Julio César; al desplomarse, musita: *¿Tú quién eres, hijo mío?*, todo en griego, presumiendo la procedencia del extraño sujeto.

La muerte le sobreviene rápida e inesperada.

El otro proyectil rebota contra una columna y se hunde en el mediastino de Nicomedes.

Marco Antonio con su *sica* ultima al extremista serbio Gavrilo Princip.

Por paradojas del tiempo, se perdió la auténtica frase de Cayo Julio César al expirar en los idus de marzo.

IV

El chofer del auto imperial, todavía no recobrado de las intensas emociones vividas en los últimos minutos, extraviado en las callejas de Sarajevo, ahora solo atina a dar un brusco frenazo ante la repentina irrupción de siete figuras humanas que, cuchillos en manos, se arrojan sobre el *Graf&Stift* en marcha.

Los espectros, no menos desconcertados que los pasajeros y conductor del vehículo real y de los curiosos agolpados en las aceras, vestidos con largas togas viriles y crispados dedos atenazando los mangos de los cuchillos, se miran, atónitos, unos a otros y a todos.

El chofer hace sonar la bocina y los aparecidos se despeñan en bandadas, internándose en las calles aledañas; en eso, se escucha el tropel de caballos cuyas herraduras hacen trepidar los adoquines; se trataba de un piquete de húsares de la guardia imperial, acantonada en Bosnia-Herzegovina, escoltas obligados del Archiduque Francisco Fernando.

Los siete togados, unos gordos y amantes del lujo, y otros pálidos y enjutos, todos de estilo de vida sedentaria, no logran escapar de los montados húsares; apresados, son conducidos al cuartel.

En él son interrogados; poco sacaron en limpio sus captores, salvo su notoria participación en el intento magnicida y la extravagancia de sus apelativos: Cayo Casio, Marco Bruto, Décimo Bruto, Cayo Trebonio, Tulio Címber, Publio Casca y Cornelio Cinna.

Celebrado el juicio sumarísimo, al día siguiente son ahorcados.

Exhaustivamente fue probado la perpetración de los delitos de lesa majestad, en grado de tentativa, y consumados, los de conspiración y sedición, por sus evidentes nexos con la organización extremista serbia *Mano Negra*.

Al menos, por esta vez, fue sofocada la chispa incendiaria de la primera conflagración universal.

Napoléon Bonaparte y Erwin Rommel

I

Pirámides de Egipto; 20 de julio de 1798.

La ascendente carrera militar de Napoleón Bonaparte estaba a punto de registrar una nueva victoria para las armas francesas.

A los éxitos alcanzados en Italia y Austria, sumaría ahora la conquista de Egipto.

La Francia de los pentarcas del Directorio (1795-1799), anhelante, aguardaba por noticias.

Los señores Directores, desacreditados un tanto, observaban con recelos la creciente popularidad del joven general corso, pero también temían la presencia británica en el oriente levantino, razones que impulsaron la campaña en el norte de África: por un lado, alejar al ambicioso general de la capital francesa, y por el otro, mantener a raya a los ingleses en tan ricos territorios.

El aristócrata “cambiacasacas” de Talleyrand, y el mismo Napoleón, se encargaron de convencer al pusilánime Directorio para que diese soldados, dinero y barcos para aquella peligrosa empresa.

El 19 de mayo de 1798 zarpó la flota invasora integrada por 350 embarcaciones, 30,000 hombres bien pertrechados y numerosa artillería de variado calibre; todo el ejército al mando del General en Jefe: Napoleón Bonaparte.

Sorteando las dificultades de un mar surcado incesantemente por barcos de guerra de *la pérfida Albión*, bajo las órdenes del Almirante Horacio Nelson, enemigo contumaz de los franceses, al fin las tropas napoleónicas desembarcan en las costas egipcias, en la playa de una pequeña aldea de pescadores llamada Marabu, el 2 de julio de 1798; luego, los soldados avanzan hacia Alejandría, importante ciudad no muy distante del punto de arribada, y tras breves horas de escaramuzas, cae la

urbe en manos napoleónicas, hasta entonces enclave colonial de la *Sublime Puerta*, bajo la égida del Sultán de Constantinopla, capital entonces del Imperio Otomano.



Repuestas las tropas, Napoleón decide internarse en el sur del país, en pleno desierto del Sahara egipcio.

Sus soldados, en marchas forzadas, cubren decenas de kilómetros bajo los sufrimientos de la sed, el hambre y las tórridas temperaturas.

El enemigo, los mamelucos, especie de milicia organizada por los *beys* o gobernantes turcos, se bate en retirada ante el empuje de las huestes comandadas por el Gran Corso.

Con la salida del sol, el día 20 de julio de 1798, se decidirá el destino de Napoleón y sus soldados, y de los mamelucos, y de todo Egipto; la batalla se libra entre la aldea de Embabeh y las altivas Pirámides faraónicas, en el Valle de los Muertos.

Antes de trabar el combate final, Napoleón Bonaparte habla a sus fieles soldados, y exclama su siempre recordada frase:

¡Soldados! ¡De lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan!

Una estruendosa ovación cierra la escena.

Caladas las bayonetas, desplazados los cuadros, los infantes parten decididos al fragor de la lucha a muerte; por sobre sus cabezas silban los proyectiles disparados en andanadas por sus cañones, que caen sobre el enemigo.

En ese preciso instante, se levanta en el árido horizonte una gigantesca tromba de arena y en torno suyo, horrísonas descargas eléctricas se desatan con furia.

II

El Alamein, norte de África, 1943.

El tronco del cuerpo de un alto oficial de la *Wehrmacht*, se asoma en la torreta del pesado tanque alemán, tipo *Henschel*, cuyo gran cañón apunta hacia el horizonte, camuflado en la duna moldeada a capricho del viento del desierto.

El oficial escudriña la línea del frente con sus binoculares.

La aviación de reconocimiento le ha informado del movimiento envolvente de tropas británicas que intentan estrechar el cerco que atenaza las posiciones alemanas, ahora en franca desventaja estratégica.

El militar en cuestión es el Mariscal de Campo Erwin Johannes Eugen von Rommel, hijo de un maestro de escuela, con una carrera brillante desde la Primera Guerra Mundial, la que termina con el grado de comandante, y al comienzo de la Segunda, ya con el grado de General Mayor en 1939, condecorado con la *Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro*, impuesta por el mismísimo Adolfo Hitler, por su hazaña militar de romper la histórica *Línea Maginot*, clásica obra defensiva francesa, es ahora miembro de la cúspide militar alemana, apodado por los suyos el *Zorro del Desierto*, y hasta ha poco, ha hecho morder la derrota a los ingleses, a su vez, llamados, en clara alusión a su precaria situación bélica, las *ratas del desierto*, perseguidas por aquél.

Los británicos, en exitosa contraofensiva, desde la toma de Tobruk, en el norte libio, dirigidos por el también Mariscal de Campo Bernardo Montgomery, apresuran la derrota del alemán, cuyas fuerzas carecen de combustible, municiones, agua y alimentos, arrinconados en El Alamein.

La ilusión de apoderarse de los pozos petroleros del sur de Alejandría va a quedar como mera quimera. La derrota en El Alamein pudiera significar la pérdida del norte africano para el Tercer Reich.

Luego de celebrar un conciliábulo con los oficiales de su Estado Mayor, imparte la orden de romper el cerco británico, y en consecuencia, sus aviones salen en misión de combate, la artillería comienza a vomitar metralla sobre los ingleses, en tanto los tanques de la Séptima División *Panzer* de su *Afrika Korps* aceleran el rugido de sus motores, se ponen en marcha e inician la contraofensiva; detrás, centenares de soldados: el *generalfeldmarschall* Von Rommel desata una nueva *blitzkrieg* en las desérticas dunas del norte egipcio.



Hitler había ordenado la resistencia hasta el último hombre.

Una repentina pero violenta tormenta del desierto corta los movimientos emprendidos por las fuerzas alemanas.

III

El sombrero bicornio lleno de arena del desierto, depositada en sus alas, y los ojos irritados, no contuvieron al Gran Corso para reasumir la dirección del golpe principal en el combate presto a comenzar.

De pronto, un extraño zumbido le hace mirar las alturas, y en ellas descubre una enjambrazón de gigantescos pájaros que expulsan sus deyecciones cloacales a tierra, enrumbadas a las desplegadas tropas invasoras; mas no se trata de bostas plumíferas sino de bombas inglesas arrojadas por aviones contra la infantería; a seguidas, extraños ruidos ensordecen el viento del desierto: ahora se trata de blindados británicos que, a mansalva, masacran a los soldados franceses.

Ante tanta devastación y muerte, Napoleón abandona su pose habitual, empuña su sable y arremete contra el enemigo: ¡está sorprendido de los artilugios, subterfugios y artificiosos fuegos de los mamelucos que diezman a sus aguerridos soldados!

De pronto, de un estrambótico carruaje ronroneante, bajan cuatro fornidos hombres, vestidos con atuendos inusuales para la guerra, lo lanzan contra el general del Directorio y, ya reducido, es conducido a la presencia de un jefe que se hacía llamar Mariscal Montgomery.

¡Malditos ingleses!, suelta la imprecación cuando escucha hablar en la lengua de Shakespeare a sus detentores: ¡había salido por lana mameluca y fue trasquilado por los ingleses!

No se podía explicar lo sucedido.

Cuando apareció un intérprete, Montgomery lo estimó como un alienado mental, dadas las estupideces que manifestaba; en todo caso, un loco al frente de una banda de forajidos, y lo entregó en custodia a dos oficiales suyos, nombrados, en honor a sus ilustres bisabuelos, Little Arthur Wellington y Little Horacio Nelson, que juntos a Montgomery luchaban contra el *Zorro del desierto*; presentados ambos oficiales, Napoleón se estremeció al escuchar tales patronímicos.

Como si fuera poco, por decisión del Mariscal inglés, el *Gran Corso* fue remitido a un sanatorio mental enclavado en una remota islilla llamada Santa Elena.

Pero lo que más sorprendió a quien pudo haber sido cónsul o emperador de Francia (lo impidió su ausencia al golpe de Estado de 18 de brumario, es decir, el 9 de noviembre de 1799) fue que no veía en todo su derredor en la línea del horizonte las Pirámides faraónicas, testigos ahora de su descalabro: ¡Se hallaba a 250 kilómetros al norte, en un punto conocido como El Alamein!

IV

La masacre fue espantosa; *el Zorro* esperaba una resistencia feroz de las *ratas del desierto*, que como tales, sucumbirían al raticidio de la división blindada *Panzer* del *generalfeldmarschall*.

Literalmente arrollados por aviación, tanques, artillería pesada e infantería germanas, los soldados muertos o heridos y sus corceles en iguales condiciones, anegaban con su sangre las arenas del Sahara.

Tripulando su tanque *Henschel*, von Rommel detuvo sus orugas y descendió de él; dos hechos llamaban poderosamente su genio militar de gran estratega.

Acercándose a los cadáveres descubrió que el traje de camuflaje de los soldados ingleses resultaba anacrónico, provisto de bombachos sus pantalones, de largos gorros, a manera de caperuzas, cubriendo sus cabezas y elevadas polainas hasta casi las rodillas, pero lo más asombroso, no vio ninguna ametralladora ni fusil de recarga al costado de los muertos, sino largos mosquetes de un solo tiro y sables curvos orientales.

Se preguntó: *¿Qué mala pasada me juegan los pérfidos hijos de Albión?* Quedó sumido en profundas cavilaciones, pero no halló respuestas.

Se detuvo a contemplar el horizonte: en lontananza se levantaban las siluetas recortadas de las Pirámides de Gizeh.



¡Estaba a 250 kilómetros al sur de El Alamein!

El destino le había jugado una mala pasada: ¡Se perdió el atentado a Hitler, conocido secretamente como *Operación Walkiria*, preparado por el coronel Klaus von Stauffenberg, pero conservaba la vida!

Abraham Lincoln y John Kennedy

I

Washington, capital de los Estados Unidos de América; 14 de abril de 1865.

El 9 de abril de 1865, el General de los Ejércitos del Sur, Robert Edward Lee, definitivamente derrotado, depona las armas ante el General de la Unión, Ulises Simpson Grant, y con ello termina, de manera formal, la Guerra Civil de Secesión en los Estados Unidos de América.

Casi tres años antes, el decimosexto Presidente de esta nación, Abraham Lincoln, hijo de una familia de cuáqueros y abogado de profesión, el 22 de septiembre de 1862, había proclamado la libertad de todos los esclavos en el territorio norteamericano; la proclamación de emancipación de los negros, prende la chispa secesionista.

Dos días después de la rendición del General Lee, el Presidente Lincoln pronuncia su último discurso público, cuya esencia reconciliadora entre el Norte integracionista y el Sur secesionista, busca la reconstrucción del país; pero el resentimiento anida en los cerebros sureños, alimentado por la sed de venganza.

El 14 de abril de 1865, el Presidente Lincoln celebra la que sería su última reunión ministerial con sus Secretarios de gabinete.

Temprano, esa noche, junto a su esposa Mary Todd y una joven pareja de invitados a la Mansión Ejecutiva (como se le conocía entonces a la hoy llamada *Casa Blanca*), asiste a una función en el Teatro *Ford*.

Allí, mientras permanecía sentado en su sillón del palco presidencial observando la representación dramática en las tablas, se aprovechaba de las penumbras de la línea de luces del proscenio un fanático de la causa secesionista, actor dramático venido a menos, oriundo del estado de Virginia, John Wilkes Booth, quien, amargado por la derrota del sur, subrepticamente, pistola en mano, penetra en el palco y dispara contra la

cabeza del Presidente una bala redonda; luego, salta bruscamente al escenario, sujeto del telón del proscenio, el que se desgarró y lanzó pesadamente el cuerpo de Booth al piso; exclama en alta voz, en latín: **¡Sic semper tyrannis!**

En medio del caos imperante, Booth desaparece; cojea porque tiene una fractura provocada por el brinco.



De súbito, su cuerpo se esfuma; luego, reaparece, mas no es él.

El Presidente en agonías, es trasladado a una casa ubicada frente al Teatro *Ford*, donde recibió los auxilios médicos de Charles August Leale: muere en la mañana del día 15 de abril de 1865.

II

Ciudad de Dallas, Texas; viernes 22 de noviembre de 1963.

El avión presidencial, *Air Force One*, despliega el tren de aterrizaje poco antes de las doce del día.

En él viajan el presidente John F. Kennedy, su esposa Jacqueline Lee Bouvier y la comitiva de políticos que le acompaña.

Adormilado en su asiento, el Presidente soñaba con una rubia despampanante, actriz de Hollywood, famosa por compartir papeles

estelares con Tony Curtis y Jack Lemmon en la película *Algunos prefieren quemarse*, que, en su cumpleaños del 19 de mayo, le había cantado *¡Happy Birthday, Mister President!*

Pero también, el trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América, John Fitzgerald Kennedy, sueña con ganar las elecciones presidenciales de 1964. El estado de Texas presupone 24 votos compromisarios para la campaña; si logra la mayoría de ellos, su adversario en las urnas no podrá aspirar a la victoria.

Pero Dallas es considerada una ciudad hostil al Presidente; no se trata de un viaje de placer sino de seducción de electores.

En la losa aeroportuaria lo recibe el vicepresidente Johnson; los automóviles aguardan por la partida, en caravana, hacia el *Trade Mark*, enorme vestíbulo donde el Presidente pronunciará un discurso.

Los vehículos se ponen en marcha; el presidencial es el segundo, un automóvil marca *Lincoln* (¡Oh paradojas, fabricado por la *Ford Motor Company!*); tras él, los demás.



Kennedy y su esposa ocupan el asiento trasero, él, a la derecha; el auto no tiene capota corrida. La marcha es lenta.

Son las doce y media cuando la caravana deja la calle Houston y gira a la izquierda para tomar la calle Elm; un almacén de libros escolares, se levanta haciendo esquina con las dos calles.

La comitiva acaba de entrar en la calle Elm y el almacén de libros se halla detrás del vehículo presidencial y a su derecha, cuando se escuchan tres disparos: son las 12:34 p.m.; los disparos han sido efectuados desde lo alto del almacén de libros.

El presidente Kennedy recibe heridas de bala en el cuello y en el cerebro, estallado en pedazos. Es llevado de urgencia al Hospital Parkland.

El magnicida, un tal Lee Harvey Oswald abandona el inmueble y escapa.

En el techo quedó abandonado un rifle de fabricación italiana, de la Segunda Guerra Mundial, marca *Mannlicher-Carcano*, provisto de mirilla telescópica.

III

Todavía atontado por la violenta caída y la inconciencia en que le había sumido el vaho que lo envolvió, John Wilkes Booth intenta incorporarse: un fuerte dolor le tortura una de sus piernas; ahora recuerda, que luego de haber disparado al presidente Lincoln, se había precipitado desde el palco presidencial en el teatro hasta el proscenio.

Miró en derredor y vio una multitud que con asombro le observaba su extraña vestimenta, de levita ajustada, chaleco, alto sombrero de copa y botines, pero, sobre todo, el arma humeante que sostenía con su mano.

Un coche policíaco se detuvo en la acera donde se agolpaban los curiosos, se abrió paso entre ellos el agente que conducía, y al reparar en el raro individuo que intentaba ponerse de pie, vestido como un hippy, presunto fan de un cuarteto británico de melencidos que se empinaba a la fama en los Estados Unidos, sospechó de inmediato que presumiblemente este era el que había disparado contra el Presidente Kennedy hacía unos pocos minutos.

Tippit, que así se llamaba el policía, desenfundó su pistola, maniobra que no pasó inadvertida para Booth; este, no esperó y volvió a disparar su revólver; Tippit cayó al suelo, muerto.

A duras penas puesto de pie, Booth se adentra en un cercano cine, que toma por teatro (¡tanto amaba a las tablas!) y queda sorprendido al ver imágenes en movimiento, proyectadas contra una tela blanca; se extasiaba en ellas, cuando rudas manos lo arrancan de su laxitud contemplativa: lo esposan y, a empujones, es conducido a la estación de policía y encerrado en un calabozo.

Las autoridades policíacas deciden trasladar a Booth-Oswald a la prisión del condado, maniobra que simulan, por razones de seguridad, con un furgón vacío para desviar la atención de periodistas y curiosos que se amontonan en el recinto policial, pero Booth sería trasladado por otro itinerario, en un coche de la policía.

Al iniciarse la operación, Booth entra en el ascensor con las manos esposadas y custodiado por dos agentes.

El ascensor desciende al sótano del edificio; el vehículo cautelar no se encuentra en el sitio convenido pero numerosas cámaras de televisión y reporteros de prensa esperan por la apertura de la puerta.

Al abrirse la puerta del elevador, los flashes de cámaras fotográficas y las televisivas, recogen para la historia lo que acontecería en ese momento.

Booth no entendía lo que estaba ocurriendo; estaba atontado por las intensas luces que lo enceguecían y la multitud delirante, hacinada en el sótano.

En medio de la algarabía, irrumpe un hombre de entre la confusión, y, con un revólver en la mano, se lanza sobre Booth y le dispara a quemarropa: Booth se desploma, herido mortalmente por un tal Jack Ruby.

El crimen fue observado por veinte millones de telespectadores.

Horas después, en el interrogatorio, Jack Ruby confiesa que había disparado contra John Wilkes Booth porque sabía que era un asesino presidencial en serie; lo había reconocido cuando, hojeando un libro de historia de este país, vio su fotografía en una de sus páginas, donde se le identificaba como el magnicida de Abraham Lincoln en 1865.

Jack Ruby sostuvo durante todo su encierro en prisión (murió poco después a causa de un sorpresivo cáncer) que no se arrepentía de haber matado al asesino de dos presidentes norteamericanos.

¡Parece que tenía razón!

Entre carceleros y presos, Jack Ruby fue considerado un enajenado mental.

IV

Lee Harvey Oswald no entiende qué le ha pasado; se halla en una oscura calleja lateral a un vetusto edificio en cuyo frontispicio se lee Teatro *Ford*; aprecia nerviosismo en las personas que salen precipitadamente de su interior.

Repentinamente, dos hombres embozados lo suben a un caballo y todos escapan a galope.

Es a partir de este momento en que comienza la persecución de los complotados en el asesinato del Presidente Lincoln.

Los tres jinetes alejados prudencialmente de la escena del crimen, detienen sus cabalgaduras e intercambian pareceres sobre la ruta a seguir.

Uno de los embozados escudriña detenidamente el rostro de Oswald y, súbitamente, le espeta a su cofrade de magnicidio: *¡Este no es Booth!*

Picando sus espuelas, lo abandonan; con su habitual sangre fría, Oswald, en solitario se encamina, guiado por sus oídos, a lo que le parece ser un nudo ferroviario.

Efectivamente, luego de trotar un breve tiempo, una locomotora de vapor, expeliendo gruesas volutas de humo escapado de su voluminosa caldera, se ponía en marcha, tirando de ocho arrastres cargados de troncos de abedul y arce; Oswald que tantos *western* había visto en los cines de Nueva Orleáns y de Dallas (entre una y otra ciudad, tuvo 22 domicilios y 12 colegios diferentes), de ahí su afición por los fusiles y los hechos

violentos, arrima su caballo a uno de aquellos, abandona el corcel y trepa a lo alto del maderamen, se acomoda lo mejor que puede y emprende, sin saberlo, un largo viaje hacia la orilla izquierda del Misisipi-Misuri, donde el tren dejará su carga de maderos con destino al sur del país.

Y así discurrió su tiempo; ya en un paquebote provisto de sendas ruedas con paletas, ubicadas a babor y estribor de la embarcación para su impulsión, corriente abajo en el majestuoso río, escondido como polizonte en la bodega del navío, extrajo de su pantalón un pequeño texto que había sustraído del almacén de libros escolares, mientras esperaba el paso de la caravana presidencial por la *Plaza Dealey* para perpetrar el atentado contra el Presidente Kennedy.

Antes de comenzar su lectura, reflexionó sobre todo lo que había vivido en las últimas horas; sacó en claro que alguien más había disparado sobre el Presidente, e intuía, inexplicablemente, que lo anómalo de su situación respondía a un plan concebido por la Agencia de Seguridad Nacional o por la Agencia Central de Inteligencia, o por ambas, para hacerlo desaparecer una vez consumado el asesinato.

Desechó estas presunciones y se dio a la lectura del libro.

En su prólogo se citaban unas palabras pronunciadas por el Presidente Abraham Lincoln el día en que conoció a Harriet Elizabeth Beecher Stowe, la autora de la novela:

¡Así que tú eres la pequeña mujer que escribió el libro y ha iniciado esta gran guerra!

El Presidente tenía razón: la autora de *La cabaña del tío Tom* solo medía un metro y cincuenta centímetros.

Lee Harvey Oswald se leyó el libro de un tirón; quedó tan impresionado con el cruel tratamiento ofrecido a los esclavos africanos que, secuestrados, fueron traídos a América, razonamiento que oprimió su corazón; y poco después de haber desembarcado en la ciudad de Nueva

Orleáns, preguntó a los paisanos dónde podría encontrar la cabaña del tío Tom.



Gilberto Girón y Luis Capeto

I

Playas de Manzanillo, en la costa sur del oriente cubano; abril de 1604, A.D.

La partida punitiva descendió rauda hacia la playa.

Iba delante el famoso capitán Gregorio Ramos, con su espada en la cinta, y en la diestra, una lanza; le seguían: Jácome Milanés, con su alabarda y por morrión una montera de paño azul; el portugués Miguel de Herrera, con un gran botafogo y espingarda; Gonzalo de Lagos, pasó con la punta que tenía; con él Martín García, con un chuzo; Gaspar Mejía, con una espada corta; el bizarro Juan Guerra, con un puñal y al hombro una partesana; el Narigudo Reyes Gaspar, con cota milanese y un escudo de cabeza de manatí; Gaspar Rodríguez, con machete en el cintón pendiente; Diego con Baltasar de Lorenzana, cada uno con su punta; Pedro Vergara, con su aguijada al hombro y dos cuchillos; Bartolomé Rodríguez, con espada, broquel y gran puñal; Miguel Baptista, pasó con gravedad y peso; Hernando con Antonio de Tamayo, cada uno con su lanza y su cuchillo; pasaron Miguel y Luis de Salas y Juan Merchán, armado de su herrón bien amolado; Gaspar, el flaco de Araujo, con un gran templón; Palacios y Medina, armados de machete y dardos; Rodrigo Martín, el indio gallardo y Melchor Pérez, con su aguda punta, más cuatro etíopes de color de endrina.

Hablóle en estos términos el capitán del escuadrón cristiano a los suyos:

Amigos que con armas me acompañan en esta ocasión para vengar el agravio que a nuestro Obispo hicieron estos herejes, y por nuestra mano Dios quiere que se castigue tan grande atrevimiento:

¡Santiago, cierra España!

Dicho esto, cual leones tras de gamos, con el capitán Gregorio Ramos al frente, salen los insulares.

Del otro lado, apercebido del ataque, el capitán Gilberto Girón tira desde la borda un batel al agua, y baja con veintiséis infantes armados, saltan en tierra, hollan la menuda arena y disparan balas; el pirata con la espada en la mano, volviendo en sí como valiente, arremete contra los vengadores.

Acométense entre ambos escuadrones, con tanta furia, ímpetu y bravura, como suelen los leones.

Mas, ¿por qué combaten con tanta fiereza insulares y *perros del mar*?

El monopolio comercial impuesto por la metrópoli española a sus colonias americanas desata el contrabando mercantil, al margen de la ley, pero con pingües dividendos.

La villa de Bayamo florece al amparo de transacciones comerciales ilícitas, de tal manera que, las autoridades eclesiásticas de la fidelísima Isla de Cuba intentan trasladar su catedral hacia dicha villa.

Por otra parte, los gobernantes civiles y militares coloniales de la ínsula, impuestos del trasiego comercial prohibido en la zona, determinan eliminar a todos los contrabandistas isleños.

Es entonces que el obispo Don Fray Juan de las Cabezas Altamirano interpone sus buenos oficios entre el gobernador Pedro de Valdés y los contrabandistas bayameses, para aplacar pacíficamente el sucio negocio.

En sus gestiones, el prelado es retenido, a manera de rehén, por el capitán francés, luterano por demás, Gilberto Girón, quien alega las deudas no saldadas por los clérigos locales en sus tratos de contrabando.

El secuestro del obispo atemoriza a los contrabandistas bayameses, encajada la probable delación de sus turbios manejos con el *perro de mar*.

Gregorio Ramos, uno de los principales implicados, reúne a sus correligionarios y emprenden la persecución del capitán galo.

Gilberto Girón, Señor de la Ponfiera, tuerto del ojo izquierdo, cruzado su rostro por una horrible cicatriz del arco superciliar hasta el pómulo, oculta tras un parche que escondía la cuenca ocular vacía, es un bucanero muy dado a estos menesteres; sus incursiones caribeñas de asalto y contrabando lo identifica con los *perros del mar*, jauría integrada, además, por piratas, corsarios y filibusteros, que asolaban las costas antillanas.

El fragor de la pelea entre contrabandistas y *perros* se prolonga; mas toca a estos últimos cargar con la peor suerte.

Arengaba el capitán Girón a los suyos cuando, de pronto, en medio del choque de aceros, el francés se encuentra, frente a frente, con un colosal negro llamado Salvador Golomón; se miden y se embisten; el francés con su espada, el africano con machete y lanza.

Gilberto Girón, cansado y ofendido de un negro con vergüenza; y viéndole el buen negro desmayado, sin que perdiere punto en su defensa, hízose afuera y le apuntó derecho, metiéndole la lanza por el pecho.

Mas no la hubo sacado cuando al punto el alma se salió por esta herida, dejando el cuerpo pálido y difunto.

Los contendientes, al ver la caída del Señor de la Ponfiera, unos, los franceses, se dan a la desbandada; los otros, los persiguen con saña y los matan.

Jadeantes, Gregorio Ramos y los suyos, contemplan al negro Salvador Golomón; a sus pies, yace tendido el cadáver del bucanero luterano Gilberto Girón, Señor de la Ponfiera, sin parche su ojo izquierdo, revela una horrible cuenca ocular vacía.

El capitán Ramos toma el machete ensangrentado de Golomón, lo levanta; una luz seráfica se refleja en el acero, y lo precipita al cuello del luterano con certero tajo, decapitándolo; luego la cabeza de Gilberto Girón es *enclavada en la punta de una lanza.*



El escuadrón de contrabandistas cristianos abandona la purpúrea arena de la playa de Manzanillo.

II

París, Plaza de la Revolución; 23 de enero de 1793.

Los goznes chirriaron luego del tintineo de las llaves del carcelero.

Con voz grave llamó al reo:

¡Ciudadano Capeto, prepárese que llegó la hora!

Un hombre de 39 años de edad, desaliñado, se incorpora en el camastro.

Un piquete de infantería, con las bayonetas caladas, custodia al prisionero. Lo arrastran hasta el patio central de *El Temple*; aquí Capeto es subido a un carruaje descubierto, tirado por caballos y conducido a la Plaza de la Revolución parisina.

A lo largo del itinerario es víctima de escarnios, escupitajos y abucheos de la muchedumbre que se agolpa para observarlo; otros, se limitan a contemplarlo, enmudecidos; se persignan.

Atrás quedaba la vieja fortaleza medieval, con sus altos muros, levantada por los caballeros de la Orden de los Templarios en el año 1240; en ella Luis Capeto había permanecido desde el 13 de agosto de 1792.

Su arresto, ordenado por la Convención, se había producido semanas antes, cuando compraba vituallas en una tienda, en la que la dependiente le reconoció cuando pagaba con monedas de plata, estampadas con el rostro del monarca.

Efectivamente, se trataba de Luis XVI, el rey de Francia, el nieto de Luis XV, aquél que había pronunciado la célebre frase: *¡Después de mí, el diluvio!*, mientras se divertía con Madame Du Barry en la cama.

La borrasca del 14 de julio de 1789 no le sorprendió, a pesar de su retiro en Versalles.

Había subido al trono en 1774 y encontrado un país agotado por las guerras imperialistas de su antecesor, Luis XIV, aquel soberano que, supuestamente, había exclamado *el Estado soy yo*, cuando en verdad, en su lecho de muerte dijo: *Me voy, pero el Estado queda*; más los desmanes de su abuelo.



Fracasado en sus intentos de reorganizar el reino, le encomienda la hacienda pública al suizo Jacques Necker, esperando un milagro, pero era demasiado tarde: las mechas jacobinas y girondinas, ya encendidas, están prestas al gran estallido.

Sus maniobras dilatorias frente a la revuelta popular, nada pueden refrenar: el *Tercer Estado* o el *Estado Llano*, borra los estamentos de la caduca nobleza y del clero: es tiempo de Revolución.

Los nobles empujan a Luis XVI contra la Asamblea Nacional, ahora devenida en Asamblea Constituyente, órgano de gobierno; en apariencias, se abre un compás de espera entre realistas y revolucionarios, con la promulgación de la primera Constitución francesa el 14 de septiembre de 1791, a cuyo tenor pervive la monarquía, pero frenada por esta ley.

Mas las contradicciones entre el rey y la nobleza, de una parte, y de los revolucionarios burgueses de la otra, tensan las cuerdas sociales del país; ahora surge la radical Convención, encabezada por el abogado Maximiliano Robespierre, quien acusa al monarca de traición, lo enjuician y lo condenan a muerte.

Luis Capeto, en su triste itinerar por calles y plazas parisinas, piensa en todo esto; recuerda a sus padres, el delfín Luis y María Josefa de Sajonia; fluye a su memoria el matrimonio concertado por estos con los padres de María Antonieta, el emperador Francisco I y María Teresa de Habsburgo; en la propia prometida, a la que amó apasionadamente; sonrío recordando su operación de fimosis y los recelos de aquella en cuanto a su virilidad, demostrada con la vasta prole engendrada entre ambos: la primogénita María Teresa, a quien siguieron Luis José, Luis Carlos y María Sofía Helena Beatriz.

Fugaces acuden a su cerebro las imágenes de su coronación en la Catedral de Reims, el 11 de junio de 1775, y su visita el propio día, a un colegio donde un escolar desconocido, llamado Maximiliano Robespierre, le leyó un discurso escrito en latín, alabándole. ¡Quién iba a decirlo! ¡Ese niño, 18 años después, lo condenaría a muerte!

La oleada revolucionaria burguesa arremete contra la familia real, la que temerosa, prepara la fuga del país. Ya en ciernes el plan de escape, se frustra al ser sorprendidos cuando abandonaban el Palacio de Varennes, el 20 de junio de 1791. Retenidos desde entonces, la pareja real y su séquito viven en condiciones denigrantes, virtualmente como prisioneros hasta que Capeto ingresa en *El Temple*.

Los contornos de la Plaza de la Revolución parisina se perfilan; en el medio de ella, el cadalso levantado.

La guillotina, concierto de fisiología, instrumento musical y artesanía letales, nacida de las manos de un fabricante de pianos, un carpintero y el médico José Ignacio Guillotin, altiva, relumbraba en el sol de la mañana.

Afirmaban estos ingeniosos creadores que el ajusticiado solo experimentaría un ligero cosquilleo en la nuca: Luis Capeto estaba muy cerca de comprobarlo.

A las 10 a.m. del 23 de septiembre de 1793, ya sobre el cadalso, Luis Capeto, otrora rey de los franceses durante 18 años, acopiando fuerzas, intenta dirigirse a la multitud que se congregaba para presenciar el macabro espectáculo, pero el redoble de tambores apaga su voz; el verdugo acomoda el cuello real en la muesca de la guillotina, la hoja de acero, liberada, se desliza rápidamente y cae sobre la nuca del reo; al unísono, con la caída de la cabeza, cortada limpiamente, al cesto, los presentes aprecian un fulgurante cometa que, raudo, cruzaba el firmamento parisino.



Con la muerte de Luis XVI, su hijo Luis Carlos, de 8 años de edad, se convirtió en rey *de jure* de Francia, con el nombre de Luis XVII.

De entre los concurrentes, se encontraban dos figuras trascendentes para la historia de Francia: el primero, un joven oficial del ejército, de

nacimiento corso que, pocos años más tarde expresaría: *¡Se acabó la Revolución!*

Le daría un golpe de Estado.

Presenciaba el ajusticiamiento sin exteriorizar emociones.

El otro, un radical revolucionario jacobino, apodado *el Graco*, en franca rememoración de los hermanos plebeyos romanos, que acabaría como estos, asesinado por sus correligionarios.

Se regocijaba con la ejecución del noble.

III

La victoriosa partida de bayameses entra en Yara, donde está el rescatado obispo Juan de las Cabezas Altamirano; *híncanse de rodillas los contrabandistas ante el prelado, como hijos de bien a la obediencia, y él, como padre, muestra clemencia; los levanta del suelo y a todos los abraza reverente y da las gracias del heroico hecho*

Luego, todos se encaminan a Bayamo.

Ya en la villa, el cabildo y los regidores, con todas las demás personas, *también los frailes y la clerecía, los salió a recibir con alegría.*

Va delante el capitán Gregorio Ramos, *llevando la cabeza de Gilberto, y se fue al templo de la Virgen sin mancilla a dar gracias a la Madre e Hijo, de la nueva victoria y regocijo.*

Apercibido como estaba Blas López, el sacristán de aquella villa, al observar la comitiva que se aproximaba al sagrado recinto, fijó sus ojos en la cabeza enclavada en la punta de la lanza y, estupefacto, gritó:

¡Esa no es la cabeza de Gilberto Girón! ¡Gilberto Girón era tuerto!

El capellán conocía muy bien al Señor de la Ponfiera con quien había sostenido entrevistas, a nombre del clero bayamés, intentando justificarle la dilación en el pago convenido con el francés por la compra de mercancías de contrabando.

Entonces, se preguntaron todos los concurrentes: ¿a quién pertenecía aquella cabeza?

Desestimada la aseveración, y dando por las calles un paseo, llegaron a la plaza dedicada, donde, en un alto palo, el rostro feo pusieron de aquella alma desdichada.

¡Era la cabeza de Luis Capeto!

Tiempo después, un canario cantó con notas épicas tal acontecimiento, intentando con sus bastas estrofas, mitificar el escandaloso contrabando de los bayameses.

IV

El lúgubre séquito, a hurtadillas había logrado recuperar el cadáver de Luis XVI, o mejor, del ciudadano Luis Capeto, para su inhumación.

Vencidas las reticencias de las autoridades que se oponían a cualquier tipo de honra fúnebre para con el ajusticiado, entregaron el cuerpo decapitado y luego la cabeza, a quienes lo habían requerido.

Llegado al suburbio citadino de Saint Denis, en el propio París, la procesión se dirigió a la Basílica de igual nombre.

Ya bajo sus arcadas y en la cripta que guardaría los restos mortales del ciudadano-monarca, del humilde ataúd fueron separadas las mortajas que cubrían el ensangrentado cuerpo; con sumo cuidado, manos piadosas intentan unir la desgajada cabeza al cuerpo acéfalo.

Primero, descubren el cuerpo, lo asean lo mejor que pueden y lo cubren con basto paño de lino; luego, al descubrir la cabeza, un grito retumba en la acústica catedralicia: la cabeza del ajusticiado presenta su cuenca ocular izquierda vacía, surcada la piel, con horrible cicatriz, desde el arco superciliar hasta las cercanías de las comisuras labiales del mismo lado: ¡No era la cabeza de Luis XVI o Luis Capeto!

El espanto se adueñó de ellos.

¡Era la cabeza del *perro de los mares*, Gilberto Girón, Señor de la Ponfiera!



Nerón Claudio y Adolfo Hitler

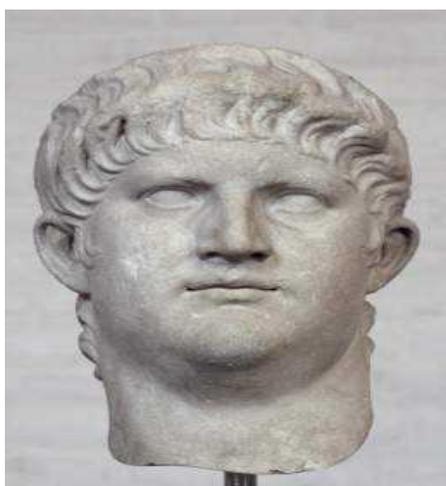
I

Casa campestre a cuatro millas de Roma; 9 de junio del año 68 n.e.

Las legiones de Vindex y de Galba, acantonadas en las Galias y la Hispania, respectivamente, sublevadas contra el emperador, en marchas forzadas, estrechan el cerco sobre Roma.

Después de catorce años de desgobierno, de crímenes y de orgías, la soberana figura de Nerón Claudio César Druso Germánico Enobarbo (este último patronímico, distintivo de la prosapia familiar con hombres portadores de luengas *barbas rojas*; Nerón no tenía barbas, se afeitaba casi todos los días, elemento piloso que facilitó su deceso), arriba a su postrer día.

A pesar de los venturosos presagios insinuados por la aparición de dos cometas durante su gestión imperial, ahora Nerón, acompañado de su fiel secretario, Epafrodio, huye hacia una casa de campo situada entre las vías Salaria y Nomentaria, en las cercanías de Roma, que un liberto amigo le ofrecía como refugio.



Vestido con basta túnica (se había desembarazado de su comprometedor toga imperial) y los pies desnudos, montó a caballo, envuelto su cuerpo en un manto viejo, la cabeza cubierta y un pañuelo tapándole el rostro, sustrayéndose a miradas indiscretas.

Pensaba encontrar al general Galba en su avance hacia Roma, arrojarse a sus pies y pedirle perdón.

Además de Epafrodio, otras tres personas componían su comitiva; detenidos en la casa campestre de Faón, el liberto, para reponer fuerzas, Nerón platicó, nerviosamente, con sus interlocutores.

Con ellos repasó episodios de su agitada vida: así, comenzaron sus rememoraciones con la sorprendente noticia de la muerte de su antecesor, Claudio, acaecida catorce años atrás (las lenguas viperinas afirmaban que Nerón había ordenado su asesinato: no se pudo comprobar), y, él, joven inexperto, de diecisiete años de edad, buscó refugio entre la soldadesca de palacio, y aclamado por esta, fue llevado en hombros hasta el Senado, donde no rehusó halago alguno; con una amplia sonrisa, y la aquiescencia de los presentes, recordó los juegos juveniles y las fiestas circenses en las arenas del Coliseo romano, que prodigó a raudales, para solaz de sus súbditos cuando estos veían a cristianos despanzurrados por las fieras o convertidos en teas ardientes, amarrados a los postes enclavados en el suelo; sus logros políticos, también afloraron en sus mentes, cuatro veces elegido como cónsul (¡un magnífico registro para su corta carrera que quedaría trunca a los 32 años de edad!), antes de ser emperador, y por siempre, su distinción de senador vitalicio; en la rememoración colectiva, no podía eludir las calumnias vertidas por sus adversarios políticos contra su impoluto honor, lenguas tendenciosas que lo involucraban en los asesinatos de su queridísima madre Agripina, de su primera esposa Octavia, del hermano de esta, su cuñado Germánico (¡si llevaba hasta su nombre!), de su segunda esposa, Popea Sabina y hasta de su preceptor intelectual, Séneca y del senador Clodio Tráseas: todos ellos, puros infundios; pero dejando atrás estos hechos, ahora traía a su mente su pasión por el arte, su instrucción musical que lo consagraría como gran cantante operático, a pesar de su débil voz ronca, los delirantes aplausos que le prodigaban , a las buenas o a las malas, cinco mil hombres adiestrados en las diferentes maneras de aplaudir, debidamente remunerados o amenazados, que se le unían en sus apariciones públicas como solista;

en medio de la conversación, los amigos derivan, en sus añoranzas, hacia los pérfidos comentarios suscitados en ocasión del incendio de Roma, quizás provocado por alguna cocinera imprudente que había dejado encendidas las brasas de carbón mientras chismeaba con algún vecino; para limpiar esta mácula incendiaria sobre su conciencia, había ordenado, entonces, prender candela a los barrios más pobres e insalubres de la capital del mundo mediterráneo, pero con la sana intención de reconstruirlos de manera más confortable, a propósito de las construcciones, remodeló su Casa Dorada que distaba mucho de encontrarse en buenas condiciones cuando estalló el incendio, pero antes, contemplando el pavoroso panorama devastador de las llamas, su vena poética se despertó y entonó, acompañado de su lira, la *Caída de la Troáde*, con sincera consternación, ¡tanta era su admiración por Homero y Odiseo!; pasaron revista, también, a sus años mozos y sus bellaquerías, cuando se cubría su cabeza con un gorro de liberto, deambulaba a altas horas de la noche por las callejas de las *Siete Colinas* (¡claro, seguido de cerca por su guardia personal, por si acaso!), y asaltaba y hería a los transeúntes desprevenidos que a esa hora encontraba; también, con sorna cómplice, quienes le acompañaban, compartieron las debilidades del César en sus preferencias sexuales, cuando les contaba el placer que experimentaba al cubrirse con pieles de fieras, lanzarse a la arena del circo y olfatear los órganos reproductores de los hombres y mujeres atados a postes, en espera de la muerte (no obstante, no manifestó a los contertulianos sus entregas al liberto Doríforo, a quien servía de mujer...); con sumo placer rememoró su imitación al rapto de Europa por Zeus, encarnado en un toro, cuando, a la rehén polaca, nombrada Ligia, la ató sobre el testuz y los cuernos de un descomunal uro y lanzó al ruedo al criado de aquella, el hercúleo Ursus, para su rescate; lograda la hazaña, no quedó más remedio que liberar a los esclavos, aclamados por el pueblo.

Estas andanzas íntimas, retrospectivas, fueron interrumpidas por el paso veloz de corceles animosos que se acercaban a la casa; eran jinetes que

tenían la orden de Galba de apresar, vivo, a Nerón Claudio, para su enjuiciamiento, hasta ese instante, el César romano.

Epafrodio, Faón y Sporo, tres de sus acompañantes, intentaban infundirle valor en el acto suicida de Nerón, pero el emperador-artista vacilaba.

A manera de vana esperanza dilatoria, uno de aquellos recibió el correo que portaban los jinetes recién llegados al jardín de la casa; cerró la puerta de un tirón, sin revelar la presencia del perseguido a sus perseguidores, y le leyó a Nerón el mensaje contenido en la misiva: decía que el Senado le había declarado enemigo de la patria y le hacía buscar para castigarle, de acuerdo con las leyes romanas antiguas.

Nerón tragó en seco; preguntó en qué consistía este suplicio, y al conocer su crueldad (¡no menos que la suya!), apresuró su muerte: ayudado de Epafrodio, se hundió en la garganta la sica; su mano se aferraba a la lira.

La sangre, a borbotones, manó de su cuello, inundó sus cuerdas vocales, pero, aseguraron los presentes, que antes de expirar, exclamó:

¡Qué muerte para tan grande artista!

Mucho tiempo después, Epafrodio sostenía que solo él escuchó verdaderamente las últimas palabras pronunciadas por Nerón Claudio, dichas después de su celeberrima expresión; según él, fueron estas:

¡Ars longa, vita brevis!

En esa fecha, 9 de junio del 64, corrían los días de Nonas del antiguo calendario romano, y se cumplía otro aniversario del asesinato de Octavia, su primera esposa: ¡pura coincidencia!

La exhalación del último hálito de vida de Nerón Claudio fue solapada con una gran conjunción astronómica nunca antes vista.

II

Berlín, 30 de abril de 1945.

El Ejército Rojo machacaba, inmisericordemente, a cañonazos las defensas berlinesas. La toma del Reichstag se produciría en poco tiempo; el Mariscal Zhúkov, y Stalin, tras él, lo exigían.

En la recámara más profunda, a 15 metros, del *führerbunker* del Canciller del Reich, cuando este se disponía a dar el tiro de gracia a su esposa Eva Braun, comprobó, para suerte de sus sentimientos, que no era necesario apretar el gatillo: su cuerpo yacía tendido sobre el sillón donde había fracturado, de un mordisco, la ampolleta de cianuro; el veneno actuó rápidamente.

Hitler sopesó que la bala destinada a su mujer, ahora, le pondría fin a su propia vida.

Tomó asiento en una poltrona, suspiró hondamente, llevó la punta de su pistola *Lügger* a su sien derecha, repasó su vida, antes de apretar el gatillo.



A su consternado cerebro llegaron las imágenes de sus padres: Alois, que por las azotainas que le prodigaba de niño, lo odiaba, y su madre Klara, fallecida en 1907, a causa de cáncer que un médico judío no supo curar; sus padres y amigos más íntimos le llamaban, cariñosamente, Adi,

pero le agradaba sobremanera, por lo que significaba, el apelativo de Adolfo: un lobo pero no noble, como sugería el nombre, sino fiero; ahora las imágenes se vuelcan en los campos de batalla de la Gran Guerra de 1914-1918, su herida en una pierna y su ceguera temporal a causa de gases tóxicos lanzados por los anglo-galos, pero también su ascenso a cabo del ejército prusiano alemán, y con este grado militar ínfimo, sus condecoraciones, dos veces, con la Cruz de Hierro, de segundo y primer grados, por su arrojo y valentía mostrados en el fragor del combate; luego la oprobiosa capitulación germana bajo la ignominia del Tratado de Versalles; reviven en su mente, al unísono de su actividad como espía del menguado ejército alemán de postguerra, el despegue de su carrera política, su ingreso en el Partido Obrero Alemán en 1919 y su posterior conversión, gracias a su empuje, en el Partido Nacional Socialista de Alemania, causa que consideró suya por entero; así mismo, evoca su iniciativa al tomar como emblema de su nueva organización política la cruz gamada o *Hakenkreuz*, cuyas banderas tremolarían en toda Europa y el norte africano, e imitar al dictador italiano Benito Mussolini con su altivo saludo militar, como muestra de exigida cortesía a él a partir de entonces; sus intentos de sedición y toma violenta del poder político que, fracasados, lo conducen a la prisión y se hermana con Herman Goering, Martin Bormann, Joseph Goebbels y Rudolf Hess; entreabiertas risueñamente sus comisuras labiales, rememora las reuniones celebradas en cervecerías con aquellos, cuando en 1923, fraguaban el golpe de Estado, popularmente sobrenombrado, “el golpe del Salón de Cerveza”, mientras saboreaban espumosas y ambarinas jarras del frío líquido; más tarde, le vino a su colete, su ingreso en el recinto carcelario, entorno apropiado para escribir su libro *Mi lucha*, manifiesto político antisemita y anticomunista; con semblante apacible, ahora recuerda su liberación y la calurosa acogida que le ofrecieron sus seguidores; momento grandioso que no puede ser olvidado, ni siquiera en estas circunstancias, fue cuando el Presidente Paul von Hindenburg le designa Canciller de Alemania; sus ojos relampaguean, le ha llegado el minuto de la consagración definitiva con tal nombramiento, desde ahora podrá desencadenar toda su estrategia, aplastar a judíos y bolcheviques,

ejemplo de ello, el incendio del Reichstag, imputado alevosamente al comunista búlgaro Jorge Dimitrov.

Atiborrado de emociones encontradas, en su cerebro bullen ideas contrastadas: su firme determinación de acabar de una vez y por todas, con el asunto judío: los campos de exterminio masivo de los fieles a Jehová; el ensanchamiento del espacio vital alemán o *Lebensraum*, corriendo todas las fronteras europeas, cueste lo que cueste; el establecimiento de alianzas político-militares con Italia y Japón, firmadas en los meses de octubre y noviembre de 1936; su bombardeo, en apoyo al Caudillo Francisco Franco, del poblado de Guernica, en 1937, a manera de escarmiento y demostración de fuerza; el simulacro de invasión polaca para, el 1 de septiembre de 1939, iniciar la segunda conflagración mundial, pero antes, haber logrado la amputación territorial de Checoslovaquia con el llamado Pacto de Múnich, con la tolerancia de las potencias europeas occidentales; sus planes de guerras relámpagos o *blitzkrieg*, su artero ataque a la Unión Soviética, el 22 de junio de 1942, a espaldas del Tratado Ribbentrop-Molotov, puesto en marcha con el *Plan Barbarroja*; por otra parte, reconocía su impulso a la construcción de un pequeño auto para los alemanes, pomposamente bautizado “coche del pueblo” o *Volkswagen*, en alemán, pero también los cohetes V-1 y V-2, destinados a bombardear Londres, desde el territorio continental; placentero, igualmente devino el recuerdo de las partituras originales del músico Roberto Wagner, a quien admiraba profundamente, que le fueron obsequiadas el día de su quincuagésimo quinto cumpleaños, entre ellas, sus preferidas: *Las Hadas* (él se consideraba un fauno), *La prohibición de amor* (se la hacía escuchar en unión de la esposa de turno), *El buque fantasma* (le recordaba su acorazado *Bismarck*, hundido por la flota británica), *El crepúsculo de los dioses* (en su música hallaba algo premonitorio) y *La Walkiria* (no le gustaba mucho por aquello del coronel tuerto que con el mismo nombre intentó matarlo en uno de sus cuarteles generales); también ocuparon sus recuerdos el inicio de sus descalabros militares en Moscú, en Stalingrado, en el Arco de Kursk, en el norte africano y la derrota de Mussolini, el avance incontenible de las tropas

bolcheviques desde los Urales y el desembarco aliado en Normandía, el 6 de junio de 1944, más el atentado contra su vida, perpetrado en uno de sus cuarteles, conocido secretamente como *Operación Walkiria*, preparado por el coronel tuerto Klaus von Stauffenberg; intuyó que el fin se aproximaba.

Para dejar a un lado tan pesimistas imágenes, recordó a las mujeres que había amado a lo largo de sus 56 años de vida: vio, en sus recuerdos, los rostros de Geli Raubal, de Unity Mitford, y de Inga Ley pero, volviendo a la dura realidad que le atenazaba, observó la cara de Eva Braun, le pidió perdón por el trato vejatorio a que la había sometido en vida, todavía con los ojos abiertos, lívida, tirada sobre el sofá donde se había envenenado minutos antes; así mismo, apresurando el minuto último, con dolor tuvo que matar de un disparo a su querida perra pastora alemana (¡cómo si no!), llamada *Blondie*.

No podía esperar más, tendría que tirar del gatillo o sería atrapado por los soldados soviéticos.

En tanto, en el espacio sideral, una extraordinaria conjunción de los planetas Rojo y Azul tuvo lugar; hacía mil ochocientos setenta y siete años que no se producía un evento de tal naturaleza, desgarrador de energía endógena, del uno hacia el otro.

III

Poco a poco se fue colmando de legionarios el jardín de la casa campestre donde Nerón Claudio se había quitado la vida.

Los soldados formaban parte de una cohorte de la Novena Legión al mando del general Galba, lanzada en persecución del prófugo.

La puerta principal del inmueble fue abierta por Epafrodio; sus manos manchadas de sangre, seguido por Faón y Sporo.

El centurión al frente de la tropa indagó por Nerón y el liberto Faón, lacónico, le respondió:

Su cadáver yace en la habitación contigua, con sus propias manos se degolló.

Incrédulo, el centurión hizo a un lado a los tres y penetró, junto a cuatro legionarios, en el interior de la espaciosa vivienda; buscó en uno u otro dormitorios, hasta que en el tercer intento una macabra escena lo detuvo en el umbral de la habitación: un hombre, una mujer y un perro, los primeros acostados en la cama, el animal, tirado a los pies de aquellos, todos sin signos aparentes de vida; el centurión, al lado de aquellos, encontró unos pergaminos, uno de ellos encuadernado con una gruesa tapa en la cual se leía *Mein Kampf* y el otro, de menos pliegos, que contenía una simbología extraña, donde un entendido podría leer *El crepúsculo de los dioses*; el soldado los recogió y los entregó más tarde a Galba.

Con detenimiento, ahora inspeccionó la escena de muerte: con su espada pinchó el vientre del perro, sin lograr reacción alguna, mas apreció un agujero en la cabeza del can, con sangre coagulada alrededor del orificio; terminó el examen volteando el animal con su espada, a modo de palanca; expuesto libremente su vientre, se percató que se trataba de una perra.

Luego dirigió su atención sobre la mujer, cuya lividez facial acentuaba la amarga sonrisa retratada en sus labios, en tanto que sus ojos entreabiertos, hicieron creer al centurión que lo miraba; no descubrió evidencia alguna de una muerte violenta por arma blanca o estrangulamiento.

Por último, examinó al hombre maduro, de incipiente calvicie y apretado mostacho bajo sus fosas nasales, tirado sobre la cama, con un orificio en su sien derecha, parecido al de la perra, cuyo origen no se explicaba, pero sobre todo, vestido con una extraña indumentaria compuesta de calzado de alta pala, hasta media canilla, unos calzones anchos a la altura de la rodilla y estrecho sobre los muslos, sostenidos por un cinto de cuero, y una sobrecubierta negra, alrededor de su tórax, de la cual pendía una condecoración a la manera de una pequeña cruz de hierro, como la que

los supersticiosos cristianos, perseguidos por el hombre que buscaban, enarbolaban en sus esotéricos cultos y plegarias.

Le bastó la inspección realizada para colegir que el cadáver de Nerón Claudio no se hallaba entre aquellos; intuyó una jugarreta de cómplices en los tres que aguardaban, confiados, por el regreso del centurión al jardín.

Presentes todos, el militar ordenó que fueran maniatados y conducidos a Roma de inmediato aquellos infelices, encubridores de la fuga del emperador Nerón Claudio Enobarbo.

Estupefacto, Epafrodio interpeló al centurión, de quien solo obtuvo la callada por respuesta, y éste, empujándolo hasta el dormitorio, le hizo contemplar los tres cadáveres que allí reposaban.

Epafrodio se desplomó sin fuerzas: el cuerpo ensangrentado de Nerón no estaba sino los cadáveres de un perro y dos personas desconocidas.

¡Perteneían a Adolfo Hitler, su esposa Eva Braun y su inseparable mascota *Blondie!*

IV

Otto Günsche, solícito ayudante personal del *Führer*, siguió, al pie de la letra, las instrucciones impartidas por éste.

Hitler, junto a su esposa Eva Braun, se había retirado a las 16 horas a su despacho; llevaba cápsulas de cianuro de potasio en sus bolsillos y una pistola *Lügger*, con su peine cargado de balas, aun cuando dos serían suficientes para consumar su intención.

Encerrados ya en el recinto, Günsche consultaba de cuando en cuando su reloj de bolsillo; las manecillas no se movían de una ojeada a otra.

Bien diáfanas fueron las instrucciones de Hitler: luego de su muerte, los cadáveres de Eva y el suyo, serían trasladados subrepticamente al exterior del bunker, y sepultados en un hueco, de entre tantos excavados por los obuses soviéticos, y rociados con doscientos litros de gasolina,

previamente dispuestos para este fin, los cuerpos serían acompañados de las partituras originales de Wagner, en particular *El buque fantasma* y *La Walkiria* y se les prendería fuego a todos: el *Reichsführer* quería a toda costa, que su cadáver y el de su esposa no experimentaran los merecidos escarnios que recibieron los de Benito Mussolini y su mujer.

Otto Günsche escuchó un disparo procedente del interior del aposento, tal como esperaba; supuso que Hitler se había suicidado y aguardó los quince minutos más largos de su vida, a petición del líder nazi, lapso interesado para que la muerte del suicida sobreviniera, si no había sido instantánea.

Escrupuloso, Otto, pistola en mano por si resultara pertinente dar un tiro compasivo en la cabeza de Hitler, manipuló el pomo de la cerradura, empujó la puerta y penetró en el despacho: no pudo creer lo que veía.

Como un enajenado, corrió en busca de Martin Bormann y Joseph Goebbels, los secuaces incondicionales del *Führer*, para compartir con ellos la increíble escena que se desarrollaba en las profundidades soterradas del bunker.

Bormann, Goebbels y Günsche vieron unos despojos humanos revestidos con burda toga oscura de basto tejido, las sábanas que lo cubrían, teñidas de un rojo escarlata, un profundo tajo en la garganta del cadáver que casi descuelga en cuajo la cabeza del tronco que le sostenía y una mano crispada asida a una lira: los cuerpos de Adolfo Hitler y Eva Braun no aparecieron por ningún recoveco en las sinuosidades de concreto del bunker, ni tampoco el de la fiel *Blondie*.

Solo el flemático Goebbels reaccionó: llamó a otros soldados de la fortaleza subterránea, quienes asombrados, cargaron el cuerpo de un hombre joven, con una incipiente barba roja, ensangrentado, aferrado a una lira y lo arrojaron en el hueco abierto por un obús; lo rociaron con abundante gasolina y los finos dedos de Goebbels tiraron, con precisión parabólica el cigarrillo que fumaba mientras estas operaciones se llevaban a cabo: una llamarada brotó del interior de la oquedad y un olor a

carne chamuscada impregnó la ya enturbiada atmósfera de Berlín, sobresaturada de pólvora.

¡Habían cremado el cuerpo de Nerón Claudio Enobarbo, miembro de la ilustre familia romana de los Julia, prosapia de emperadores!

Por su parte, Goebbels se retiró al bunker, su esposa mató a los hijos, luego ella se suicidó y aquel se pegó un tiro en la cabeza.

El preferido Martin Bormann tomó las de Villadiego, y hasta los días de hoy, no se ha sabido de él ni los *cazanazis* hebreos, encabezados por Simón Wiesenthal, han podido encontrarlo: ¡se lo tragó la tierra!



Juana de Arco y Mackandal

I

Poblado de Ruán, Francia; 30 de mayo de 1431.

El verdugo incendiario, con el brazo en alto sosteniendo la antorcha flamígera, aguardaba por la señal del duque Juan de Bedford y del obispo de Ruán, Cavahon de Beauvais.

Con un ligero movimiento asertivo de su mandíbula, el duque dio su consentimiento al obispo y este al verdugo, interpretado por el encapuchado como definitivo, descendió la antorcha y sus llamas hicieron crepitar la paja y la madera secas en torno al poste que se levantaba en medio de la Plaza du Vieux Marché.

El fuego trepó vertiginosamente hacia los pies de la *Doncella de Orleáns*, devorando su túnica y su cuerpo todo; los largos cabellos semejaban pabilos encendidos.

Como protagonista eminente de un episodio más en la llamada *Guerra de los Cien Años* (desde 1337 a 1475; en verdad debió ser conocido este conflicto bélico entre ingleses y franceses con aspiraciones hegemónicas al trono de Francia, como la *Guerra de los Cien Años y Pico*), Juana, la *Doncella de Orleáns*, se sentía traicionada por todos; en primer lugar por el rey Carlos VII, que tanto le debía su asunción al trono de Francia, al derrotar las tropas inglesas invasoras en 1429 y liberar la ciudad de Orleans; por sus compatriotas, los borgoñeses, que la hicieron prisionera y la entregaron a los ingleses, y en tercer lugar, por la Iglesia, con el obispo Cavahon de Beauvais, al frente, que la juzgó y condenó a morir en la hoguera inquisitorial, como hereje.

Su clarividencia le había anticipado este suplicio asumido con cristiana resignación, por su amor a la tierra patria.

Sabía que mientras apacentaba ovejas en Domrémy, la pastorcilla de trece años dialogaba, en sus visiones, con San Miguel y las Santas

Catalina y Margarita, cuyos hálitos divinos la impulsaban a luchar contra el invasor anglosajón.



Al narrar sus inusuales encuentros a Carlos VII, en su campamento de Chinon, de una postura escéptica, el monarca derivó a un convencimiento pleno del destino nacional francés, anticipado por la joven, a tal grado que la nombró *chef* de guerra, le armó y la hizo acompañar de un séquito militar.

Las victorias sobre los ingleses y apátridas, no se hicieron esperar: sucesivos éxitos en su campaña a lo largo de las riberas del Loire, liberaron varias ciudades, agigantando su mítica figura, particularmente, su triunfo aplastante sobre el inglés, duque Juan de Bedford, quien, estrepitosamente en fuga, buscó refugio en París.

Dichos triunfos le ganaron el sobrenombre de la *Doncella de Orleáns*.

El resto lo presintió: su delación y posterior arresto por los anglo-borgoñeses, en Compiége en 1430, su condena a muerte en la hoguera, según los autos del Tribunal del Santo Oficio, en Ruán, por hereje confesa.

Su piel achicharrada le ardía dolorosamente, el humo asfixiaba sus pulmones; la agonía se prolongaba más allá de lo esperado: deseaba morir.

Súbitamente, las cuerdas que la ataban al vil poste, reventaron; la multitud estalló en un grito de espanto.

Ese día, la actividad solar, como nunca antes, liberó energías infinitas.

II

Ciudad del Cabo, Saint Domingue; 20 de enero de 1758.

El negro cimarrón, manco de su brazo izquierdo hasta la altura del hombro, estaba adosado al poste de torturas.

Entonces el verdugo agarró con las tenazas un rescoldo del hornillo, lo hundió, una y otra vez, entre la hojarasca y las ramas secas amontonadas alrededor de los pies del manco; de sus orificios brotaron volutas de humo; el diminuto incendio, luego, encrespado en lenguas de fuego, subió hacia el cimarrón, abrasando sus piernas, su pecho, su brazo; llegaba a la cabeza del negro cuando las ataduras que lo sostenían al poste, cayeron, y el cuerpo de Mackandal, el esclavo, se espigó en el aire, agitó su muñón que no pudo ser amarrado, y en un gesto conminatorio, preñado de odio, aullando conjuros desconocidos y proyectando el torso hacia adelante, volando por sobre las cabezas de los presentes, gritó:

- ¡Mackandal sauvé!

En un recóndito lugar de la jungla africana, próximo a la costa occidental, en Sierra Leona, una partida de mandingas seguía afanosa las huellas del león herido; echado bajo la sombra de un baobab, el felino jadeaba de calor y dolor.

Uno de aquellos, atrevido, lanza en postura de ataque, se acercaba al animal cuando una malla trenzada con fibras vegetales, cubrió su cuerpo, fulminantes, cuatro congos, miembros de tribu enemiga, se abalanzaron sobre el joven, lo maniataron y, con una flexible pértiga lo ensartaron entre pies y manos, transportándolo hacia la cercana playa.

Fondeado muy cerca de la costa, un bergantín portugués de dos palos, hacinado de *bultos negros* en cubierta y bodega, se tragó a Mackandal,

que así se llamaba el mandinga; sujeto de cepos en tobillos y cuello, junto a otros infelices, en la fetidez de la bodega, cruzó el Atlántico y arribó al Nuevo Mundo.

La proa del bergantín hendía las tranquilas aguas de la bahía de Cabo Francés, en el pedazo de ínsula de Saint Domingue; desembarcada la mercancía, los tratantes negreros pusieron en venta a los hombres, mujeres y niños secuestrados de sus ancestrales tierras.

Mackandal fue comprado en la plaza pública de la villa por Monsieur Lenormand de Mezy, rico hacendado de la zona.

Como uno más de la cordillera de esclavos, llegó a la hacienda del señor De Mezy, enclavada en las cercanías de la Ciudad del Cabo, en la Llanura del Norte; se le destinó al corte y tiro de cañas de azúcar; meses después, pasa al molino de cañas, alimentando con mazos de dulces tallos frescos, las mazas trituradoras del trapiche.

Tanto en el corte como en el molino, Mackandal entonaba un canto monótono, ensalzando las batallas seculares libradas por su raza mandinga, la intervención de animales salvajes en sus combates, a favor de los suyos; la gloria de *Kankán Muza*, el hacedor del imperio mandinga...

En estos salmodios andaba cuando su brazo izquierdo fue apresado por la máquina trituradora, tiñendo de púrpura el guarapo; luego siguió el machete afilado, como terapia ortopédica.

Ahora Mackandal cuidaba de la vacada, llevándola en la mañana a pastar; en su diario deambular por los prados, se aficionó a examinar las plantas desdeñadas por los animales, a conocer sus efectos, con particular interés, el de los hongos.

A una solitaria anciana del monte, *Mamán Lois*, le mostraba la colección herbaria y fungosa que reunía; la experta, aprobaba o reprobaba la selección realizada, atendiendo a los efectos provocados por las hierbas y hongos.

Un día, Mackandal destiló una pócima de su colección, la probó con un perro, y el can, convulso, murió en pocos minutos.

Mackandal, para su coleteo, exclamó: *¡Ha llegado el momento!*

Como decir mandinga equivale a negro díscolo, revoltoso, demoníaco, Mackandal se fue al monte y logró reunir una partida de negros cimarrones; con ellos, el veneno comenzó a penetrar en haciendas, potreros y establos de la Llanura del Norte.

Mackandal, *el Señor del Veneno* arrollador, el mandinga que juró hacer correr sangre de los blancos hasta los arroyos, fue perseguido con obstinación.

Delatado por un esclavo fula, deforme y patizambo, Mackandal se unió, imprudentemente, como un participante más, en los días de aguinaldos y misas de gallos, en la celebración de la negrada en la hacienda Dufrené, por el nacimiento del primer varón de la casa del amo.

Los oídos blancos percibieron el clamor de la celebración de los negros, todas sus voces conjugadas en un canto aullando solemnemente sobre la percusión de los tambores.

Así fue apresado el mandinga cimarrón, asesino de blancos.

Avanzaba Mackandal hacia el suplicio: cintura ceñida por calzón rayado, cubierto de cuerdas y nudos, lustroso de lastimaduras frescas; así fue atado al poste de torturas.

Este otro día, la actividad solar, como hacía mucho, liberó energías infinitas, descomunales.

III

De entre las llamas que devoraban el poste donde yacía *la Doncella*, y la humareda por aquellas provocadas, irrumpió un extraño ser, de piel de ébano, con un brazo articulado a su hombro derecho, y otro, al menos así creyeron los que presenciaban el grotesco espectáculo, le colgaba, flácido, del bajo vientre.

Esta quimera antropomorfa, vomitada por el infierno, tenía su piel deshecha en colgajos supurantes, de los cuales brotaban ligeras columnas de humo y líquidos corporales; su hirsuto y ensortijado pelo, remedaba pequeñas brasas de carbón encendidas.

Con sus ojos abiertos, tan abiertos por el miedo, semejaban huevos fritos, miraba con espanto a quienes le observaban; todavía con fuerzas, arrebató al verdugo el cuchillo que sostenía en su cintura, y empuñándolo, repartió cuchilladas a un lado y a otro, hiriendo y matando a cuanto humano encontraba.

La desbandada tumultuaria, empujó al suelo al prelado Cavahon de Beauvais y al duque Juan de Bedford.

Mackandal, que no era otro el siniestro aparecido, holló con sus pies el abultado vientre del noble, cuyo esfínter anal, laxo por el apretón, dejó escapar gases malolientes; en tanto que, el brazo colgante del rebelde mandinga, exploró el cuerpo del prelado, desde los muslos hasta el rostro; el cimarrón, detenido de golpe en su carrera para orientar su escape, propició que su apéndice reproductor se balanceara, cual badajo de campana, sobre los ojos del obispo: el hombre de Dios, aquilató en aquel instante el monstruoso glande del negro africano, que como cabeza de serpiente en asecho, le amenazaba: se persignó y murmuró tres precipitados avemarías.

En eso llegaron cuatro alabarderos del duque, y con sus lanzas atravesaron al iracundo mandinga, mas éste, antes de desplomarse, clavó el cuchillo en el pecho del obispo.

Entonces fue la confusión; atónitos, los alabarderos miraron esfumarse a Mackandal, y en su lugar, un majestuoso pájaro negro, se remontó a los cielos, y con elevado techo emprendió vuelo hacia Saint Domingue, tierra insular americana, crisol de razas autóctonas y africanas, escenario de lo real maravilloso.

IV

El intento de Mackandal de escapar de las llamas se vio frustrado por diez soldados que montaban guardia alrededor del poste de torturas.

Metido en el fuego otra vez, el pelo encendido por una crecida llama, ahogaba sus postreros gritos; súbitamente un soldado cree percibir un cabello rubio en vez del hirsuto pelo ensortijado del mandinga, y los gritos, ahora débiles, no salidos de profunda y baja voz sino de otra atiplada, femenina, en francés imploraba por su vida.



Desconcertados, los soldados tiran el cuerpo y lo sacan del círculo infernal de lengüetas de fuego; sofocan las llamas que muerden la túnica y la piel de la persona, y, ¡oh, milagro!, se trata de una adolescente que no pasaba de la primera veintena de años.

Estupefactos con lo que ven y sin saber qué hacer, buscan a las autoridades.

De entre los presentes, escapan frases acusadoras de maleficio, magia negra o hechicería vudú.

Desoyendo las maledicciones proferidas, Juana de Arco bebió sorbos de agua que un soldado le ofreció; calmó un tanto la sed, y comenzó a narrar su historia.

Contó a los que se arracimaban en torno suyo, su apacible infancia en el terruño natal de Domrémy, sus tempranos diálogos con los santos; su

predestinación a luchar por la unidad nacional de los franceses, su investidura por el rey Carlos VII, y el liderazgo que ejerció sobre las tropas del monarca, las victorias militares obtenidas bajo su inspiración divina; por último, la felonía urdida en su contra, el encierro, las torturas a las que fue sometida por los encapuchados del Santo Oficio y, ahora, la pira incendiaria..., mas no se explicaba qué había sucedido y en qué lugar se encontraba.

Uno de los presentes, conmovido con la narración, tuvo el arrojo de identificarla como la *Doncella de Orleáns*; pronunció su apelativo en alta voz, se hincó de rodillas ante ella y rezó. *¡Un milagro!*, dijo consternado.

Otros, entre ellos Monsieur Lenormand de Mezy, sorprendidos con la conducta del colono, le imitaron en actitud y plegarias.

De pronto, sopesando el impacto causado en los curiosos la extraña metamorfosis del condenado en la hoguera, la ronca voz del prelado de la villa, fray Limonada, rompió el silencio imperante:

- ¡Deteneos! ¡Conservad la cordura! ¡Estamos en presencia de un hechizo del negro mandinga del diablo, que nos hace dudar de nuestros sentidos!

- ¡La Doncella fue quemada por hereje hace más de trescientos años y este, que aquí está, no es más que Mackandal, el negro cimarrón, el sacerdote vudú, que con su veneno aterrizó toda la Llanura del Norte, matando a nuestros colonos, ahora con nueva apariencia, pero con alma tan negra como su piel!

Por último, enardeciendo a sus feligreses, gritó a viva voz:

- ¡Este mandinga, hechicero del diablo, y los suyos, se juramentaron acabar con nosotros los blancos y fundar en estas tierras nuestras un imperio de negros!

- ¡Si el fuego no lo mató, lo hará la soga corrediza!

El odio irracional, reconquistado, se cebó en *la Doncella*; la punta de una soga, provista de lazo corredizo, fue tirada sobre una gruesa rama de

ceiba, y anudado al cuello de Juana; el otro extremo, agarrado por cinco hombres que, a la voz del canónigo, echaron a correr: el cuerpo de *la Doncella* fue levantado en vilo por el tirón; se retorció en espasmos de asfixia, hasta morir.

Todos miraron a la joven que se balanceaba al vaivén de la cuerda.

Recuperado de su debilidad temporal, con desprecio y complacencia, Monsieur Lenormand de Mezy, seguía con sus ojos las oscilaciones de la soga.

En París, en esta fecha de 1758, Año del Señor, un niño de cuatro años de edad, corría y jugaba alegremente en los jardines del Palacio de Versailles; su nombre, Luis Capeto, más conocido como Luis XVI.

Juana de Arco, la *Doncella de Orleáns*, había contribuido al surgimiento del Estado nacional francés, que aquel chiquillo, con su cabeza, transformaría definitivamente.



Mirón y Miguel Ángel

I

Ciudad-Estado de Atenas; año 450 a. C.

Día a día, se convencía que su taller de forjadura en bronce tenía que alejarlo del ágora citadina; una y otra vez, el aedo de turno volvía con su habitual cantilena de que un ciego, un tal Homero, según decían, era el culpable de componer estrofas altisonantes que ya Mirón, de tanto oírlas, se las sabía de memoria: los atridas Agamenón y Menelao, este último el marido burlado, convocan a los solidarios argivos para limpiar la afrenta, y, vistiendo hermosas grebas, surcan el ponto en cóncavas naves, liderados por el colérico Aquiles y sus mirmidones, acompañado de Odiseo, el fecundo en ardid; la emprenden contra la amurallada ciudad de Ilión y sus defensores, el rey Príamo, sus hijos Héctor y París, el seductor, y la adúltera Helena, causa del conflicto bélico desatado entre aquellos y los teucros; en fin, era cosa decidida: entregaría la escultura recién terminada a sus promotores y se mudaría a la periferia de la acrópolis ateniense.

Apagado el fuego y descargados los últimos martillazos sobre el bronceo cuerpo, Mirón se detuvo y, extasiado en su belleza, contempló con detenimiento su obra; en ese momento ignoraba que su nombre remontaría los siglos gracias a esta estatua.

Ya con cuarenta años de edad, asentado en Atenas, el centro cultural del mundo heleno, no olvidaba su infancia en la villa de Eleuteras, tendida entre los bordes fronterizos de Beocia y el Ática; recordaba a su único maestro, Agéladas, natural de Argos, quien con paciencia le enseñó a empuñar el pincel y el buril, como un pupilo más unido a Fidias y Policeto, sus amigos y futuros émulo en el arte de la estatuaria.

Pero Mirón descolló a puro tesón, a faenas diarias sin fin de trabajo y al autoestudio de sus predecesores y contemporáneos, en el arte y ciencia a la vez, de la forja de metales y el esculpido.

Sus tempranas obras recibieron el merecido reconocimiento en toda la Hélade; pero prefirió el bronceo metal a la piedra de mármol para estampar su impar maestría.

Muy alabados devinieron sus obras menores tales con su *Vaca*, su *Can*, su *Perseo*, el hijo de Zeus y Dánae, un sátiro con flauta, el dios *Apolo* y el semidiós *Hércules*.

Pero sus inquietudes artísticas lo entramparon para siempre en la forja de metales y la plasmación en ellos de las tensiones atléticas de aquellos que competían en los juegos panhelénicos de entonces; sus primeros intentos cuajaron en las fraguas de Ladas y Timantes Licino, héroes olímpicos.

De ellos brotó la inspiración para este que ahora culminaba.

Para él había posado un atleta que entrenaba con vistas a la próxima contienda estival deportiva; largas sesiones de trabajo, de poses y modelados antecedieron al momento final.

Mirón dio unos pasos alrededor de la estatua; la observó con detenimiento desde diferentes ángulos: sopesó que había logrado su propósito.



La estatua de bronce, de tamaño natural, apresaba en sus dos arcos cruzados una sensación de movimiento y tensión, en el atleta que tomaba

impulso con su cuerpo, para arrojar, lejos, muy lejos, de sus manos, un pesado disco.

Su *Lanzador de disco*, o mejor, como fue bautizado inmortalmente, *El Discóbolo*, subordinaba sus partes al todo escultórico; sin restarle audacia en la pose, exhalaba un ritmo trepidante; su rostro, en calma, pero los músculos faciales, y todo el cuerpo, denotan esfuerzo concentrado; en él se podía apreciar sus armoniosas proporciones corporales, en tanto fiel representación de las tensiones del cuerpo humano en movimiento.

Mirón estaba satisfecho; no obstante, se reprochaba la tenue sonrisa del atleta, réplica atávica, arcaica de sus predecesores en la estatuaria, que no pudo evitar; también le inquietaba la ausencia de emociones en la mente del broncíneo ser: el frío cuerpo irradiaba energía muscular, pero, ¡nada más!

Con este pesar entre pecho y espalda, cubrió, pudorosamente, con un velo al *Discóbolo*, apagó los candiles de aceite, y en penumbras, adelantó hacia la puerta. Se proponía avisar a sus amigos más allegados y colegas que con el despuntar de la aurora, la de rosáceos dedos, en el nuevo día, develaría públicamente la escultura.

En eso pensaba cuando un ligero temblor de tierra le hizo asir al marco de la puerta; de las entrañas del subsuelo emergieron ondas electromagnéticas.

Mirón, aguzó la vista: sobre el *Discóbolo* parpadeaban diminutas y fugaces fosforescencias, cuales fuegos fatuos; como lo apreció en la postura de lanzamiento del disco, sonrió, cerró la puerta y se alejó.

II

República de Florencia, Año del Señor de 1504.

Las gotas de sudor que perlaban su frente fueron barridas con un afeminado ademán de mano.

Casi cuatro años le tomó culminar la marmórea escultura que, ella sola, tal era su perfección, bastaría para inmortalizarlo.

Dejó a un lado el buriel con que había rematado una arista indeseada de mármol; se alejó de la escultura unos pasos, y la contempló.

Recordó cuando había iniciado sus estudios artísticos en el taller de Ghirlandaio, pocos años atrás, donde asombró a los aprendices y al propio maestro con su desbordado talento para la escultura y la pintura, escuela donde también se insinuó su amor por la anatomía masculina y con ella, su proclive tendencia a la homosexualidad.

Su arrogante temperamento, la perenne insatisfacción con lo surgido de sus manos, más sus preferencias sexuales acentuadas, lo conminaron a residir en Roma, y luego, intempestivamente, largarse a Florencia.

Con solo una veintena de años de edad, había sido contratado por un gremio de fabricantes florentinos del arte de la lana, para erigir esta escultura.

El basto mármol de Carrara que le fue entregado para acometer la obra, procedía de un bloque defectuoso, abandonado por más de cuarenta años a la intemperie; no le importó, sus manos maestras se encargarían de desbastarlo, domeñarlo y hacer surgir de su frialdad pétrea un asombroso personaje bíblico.

A partir de entonces, su escoplo y cincel no descansarían a lo largo de los días de casi cuatro años; con el esfuerzo físico desplegado, intentaba sublimar su orientación sexual: en su larga vida, amaría a muchos bellos jóvenes.

Poco a poco, del inerte bloque de mármol, se insinuaron rasgos anatómicos masculinos: una pierna izquierda se adelantaba a su par de la derecha, el brazo izquierdo, alongado hacia las alturas, se curvaba hasta que su mano se aproximaba al hombro; el brazo derecho, en franco descenso hasta que la palma de su mano tocara el muslo; el torso

masculino curvado, y la cabeza que sostiene mira a su izquierda, con los ojos fijos y el ceño fruncido.

El talento genial y la pericia manual de Michelangelo di Ludovico Buonarroti Simoni, hace cobrar vida en esta escultura al judío *David*.

Miguel Ángel, una vez más, decide echar un vistazo penetrante a su escultura, levantada sobre cuatro metros y nueve centímetros de altura, surgida de aquel estrecho bloque de mármol abandonado.

Su impresionante *David*, que así fue bautizado a partir de entonces, plasma el justo instante del héroe antes de blandir la honda y atacar al gigante Goliat, paladín de los filisteos.

Los ojos del escultor escudriñan y asientan el rostro desafiante del hebreo, su vista fija en un punto, su tensión contenida, sus labios en mueca de odio, sus aletillas nasales muy abiertas; su cuerpo todo desnudo, presto para la hazaña.

Miguel Ángel repasa, otra vez, sus detalles anatómicos: el contraste logrado, con su hábil cincel, entre la rugosidad de las zonas corpóreas con pelo, y la piel pulida y brillante; pondera sus ideales proporciones, donde la cabeza de *David* representa un octavo del resto del cuerpo, en tanto que el conjunto escultórico conserva el equilibrio total, y el apreciable movimiento centrípeto, irradiado por sus líneas de fuerzas que retornan al bloque monolítico; mas, con todo, Miguel Ángel admite que ha renunciado a la armonía en pos de la expresividad, de aquí que las manos de *David* son excesivamente grandes: no importa, es exaltado desgarrador de la belleza masculina.

Exhausto, Miguel Ángel se sienta y, extasiado en la contemplación de su trascendente obra, le pregunta al pastorcillo judío:

¿Por qué no me hablas?

Ha cerrado la noche; está hambriento, pero antes de partir debe avisar a los empresarios de la lana y a los prelados de la Catedral de Florencia, sus coauspiciadores, que la escultura está lista para su exhibición.

Subido en un andamio, el escultor cubre el gigantesco cuerpo con un velo.

Ya abandona el taller cuando siente en las plantas de sus pies que las entrañas de la tierra crujen; energías telúricas se desprenden en ondas magnéticas, todo el entorno se estremece, y a seguidas, retorna la calma habitual.

La estatua de *David* reposaba incólume sobre su pedestal.

Miguel Ángel cierra la puerta del local.



III

A mediodía, Mirón, acompañado de Fidias, Policleto y el historiador Herodoto, recién llegado de un periplo por el levantino Medio Oriente, se disponía a descorrer el encubridor velo de su *Discóbolo*.

Amén de la sempiterna presencia del aedo en el ágora ateniense, y su consecuente narración épica, ahora, del enfrentamiento del divinal Odiseo con el monstruo de Escila y el torbellino marino de Caribdis, la atención de Mirón gravitó hacia el abultado volumen alcanzado durante la noche por su modesto *Discóbolo*: se había elevado, por lo menos en dos metros, de su pedestal, cual si la estatua, cansada de estar en la posición de lanzamiento irrealizado de su artefacto, la abandonaba y se erguía para alargar su columna vertebral.

Asombrado, Mirón descorrió el velo: la estupefacción los sobrecogió a todos.

Fidias y Policleto, como escultores consumados, cayeron de hinojos al suelo, alabando la perfección de la obra de su amigo; el historiador Herodoto, como experto escudriñador de palimpsestos, papiros y manuscritos encriptados, se deleitaba en su contemplación.

Pero Mirón no entendía nada; luego, repuesto un tanto de la enorme sorpresa, comenzó a considerar que la obra era suya, transmutada en aquel ser marmóreo, gigantesco, desnudo, por obra y gracia de Zeus y de su hijo Hefestos, a manera de castigo, por su reticencia a escuchar la contienda bélica entablada entre aqueos y teucros, que tanto divertía a los moradores del monte Olimpo.

Herodoto intervino y lo sustrajo de sus meditaciones; le dijo a Mirón que se trataba de un hebreo, posiblemente llamado David, un pastorcillo que se atrevió a desafiar al colosal Goliat, un filisteo de estatura y fuerza descomunales, según sus apreciaciones derivadas de los profundos estudios étnicos que había realizado en Jerusalén y de las conversaciones sostenidas con derviches en sinagogas hebreas, pero que había incurrido en un error técnico al desbastar el mármol: el pene de *David* permanecía incircunciso, en tanto que era práctica habitual entre los judíos la circuncisión del prepucio, como rito religioso e ideológico.

Mirón se desplomó desmayado; sus amigos le socorrieron, tras sus esfuerzos, volvió en él mismo; con mirada extraviada, abandonó el recinto y se fue a escuchar al rapsoda que ahora narraba la matanza ejecutada por Odiseo contra los pretendientes a la mano de Penélope y que le habían devorado toda la piara de sus grandes pocilgas en Ítaca.

En honor a la verdad, el error del pene incircunciso no lo cometió Mirón: ¡era imputable a Miguel Ángel! ¡Su *David* tenía el pene cubierto por el prepucio, al estilo europeo occidental!

IV

A media mañana, los síndicos del gremio de la lana, las autoridades republicanas y las eclesiásticas de la Catedral de Florencia, convocadas por el escultor, más tres bellos y amanerados jóvenes, se congregaron en torno a la escultura velada y su artífice: era llegado el momento de develar la imponente estatua del héroe hebreo.

Miguel Ángel, que no cesaba de posar su mirada en uno de los bellos jóvenes, se sorprendió sobremanera: vio que la dimensión estatuaria de su *David* se había encogido, como pellejo de vino vacío.

Nervioso, de un tirón, arrancó el velo de *David*, pero, ¡oh sorpresa!: ¡no era su estatua sino la de un hombre que intentaba lanzar un disco al vacío!

Su prodigioso cerebro artístico recorrió la historia de la estatuaria: rememoró, uno a uno, a escultores de los tiempos idos, particularmente, a los griegos.

A su mente acudieron, prestos, los nombres y obras de los más afamados de entre aquellos; así repasó las obras de Policeto, Fidias, Cálamis, Agorácrito, Alcámenes, Peonio, pero por sobre todos ellos, el nombre de Mirón le martillaba incesantemente.

Se convenció que la obra escultórica que tenía delante era el *Discóbolo* de Mirón; aborreció de ella de inmediato, aunque admitió cierta perfección en sus líneas, reconoció su propia superioridad sobre aquél, a la hora de transmitir emociones al cuerpo fundido o esculpido: este estaba muerto.

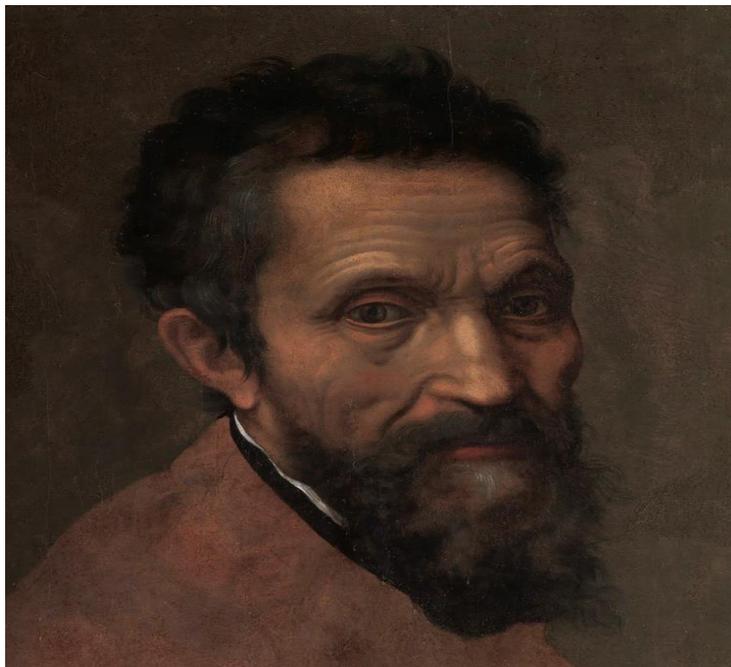
¿Pero cómo salir del trance que en tan mal estado lo postraba?

Como genio, al fin y al cabo, aprovechó la oportunidad: mintió a los presentes; les informó que su *David* se encontraba en otro taller, a buen resguardo, esperando por su terminación y pública exhibición en unas semanas más, pero que la sorpresa que les tenía destinada para el día de hoy era la aparición del auténtico *Discóbolo* de Mirón, pieza escultórica antológica, perdida en los anales de la historia del arte y que había

comprado a unos mercaderes venecianos, quienes a su vez, la adquirieron en el norte de África, de unas tribus nómadas berebere.

Todos, creyeron las palabras del maestro Miguel Ángel y se encaminaron, unos más que otros, a sus residencias y ocupaciones habituales, gozosos tras admirar al auténtico *Discóbolo* de Mirón.

Miguel Ángel detuvo al amanerado y bello joven, le tiró un brazo por arriba de los hombros; le pidió que posara desnudo para él, y así reiniciar el esculpido de un nuevo *David*.



Por supuesto, el nuevo *David* marmóreo, también adolecería como en el original, de su inexacta apreciación ritual religiosa en regiones corporales pudendas: el glande recubierto por el prepucio, pero lleno de emociones.

Roldán y Cid Campeador

I

Desfiladero de Roncesvalles en los Montes Pirineos; 15 de agosto de 778, Año del Señor.

Miles de hombres armados, cansados, hambrientos, derrotados, atraviesan en oleadas el desfiladero de Valcarlos.

La felonía se cebó en sus destinos.

El rey de los francos, Carlos, ha incursionado en la Marca Hispánica a petición de un supuesto aliado, el gobernador de Zaragoza, Solimán al Arabi, renegado que ambiciona usurpar el poder al miembro de la familia omeya, Abderramán I, fundador del emirato independiente en la península ibérica.

En su incursión hispánica, el rey Carlos, en el futuro emperador Carlomagno, destruye la ciudad vascona de Pamplona, distrito en pugna entre musulmanes y francos por el dominio de la región.

Cuando el monarca franco y su ejército avistan Zaragoza, el contumaz moro niega la entrega del bastión citadino a Carlos; entonces, de vuelta a los Pirineos, el contingente militar es hostigado por fuerzas conjuntas de vascones y musulmanes.

De entre las filas de la soldadesca franca, se destacan sobremanera los paladines, en número de 12, caballeros guardianes del rey Carlos, de nobles familias todos, armados solemnemente por el monarca.

Uno de ellos, Roldán, sobrino de Carlos, en su investidura recibió de manos de su tío, además de tal grado, un cuerno de marfil, primorosamente tallado, convertido en instrumento de viento, cuya ejecución suponía señal de alerta; y una espada de acero indestructible, denominada *Durandel*, provista de reliquias religiosas: un diente del Apóstol San Pedro, fundador de la iglesia cristiana en Roma, sangre y un

mechón de cabellos del santo griego Basilio, y un manto de Santa María, todos ellos celosamente custodiados por Roldán.

El grueso de la tropa, con Carlos en la vanguardia, ha atravesado el estrecho desfiladero; en la retaguardia, se rezagan 20 000 hombres, entre ellos, los 12 paladines; todos bajo las órdenes de Roldán.

A la altura del vértice de Ibañet, en el propio paso montañoso, desde elevadas peñas, cortadas a bisel, son arrojados certeros dardos y rocas que hieren o matan a los militares francos en retirada; otros, evitando ser heridos, caen al abismo circundante.

Los paladines, poco o nada podían hacer ante la lluvia de flechas y piedras; uno a uno, van cayendo mortalmente heridos.

Es entonces que Roldán empuña su olifante, y con todo el aire de sus pulmones, truena el instrumento, en desesperado aviso al rey Carlos de la encerrona en que se encuentran; la señal acústica retumba contra las paredes del desfiladero, y como eco, se multiplica hasta apagarse.

A una legua de distancia del paso montañoso, las tropas de Carlos avanzan en territorio franco.

Sobre sus cabalgaduras marchan el rey y Ganelón, otro paladín; Carlos detiene su corcel, también Ganelón; el primero cree haber escuchado el sonido del olifante; el segundo, lo desestima; ambos apresuran sus caballos para unirse al grueso de las tropas.

Allá en el desfiladero de Roncesvalles, se enseñorea la muerte. Los hijos de Solimán al Arabi, al frente de los musulmanes, coaligados con las tribus vasconas, iracundos por la destrucción de Pamplona, matan sin piedad a los intrusos francos.

Los paladines se baten valerosamente; provocan temor entre los aliados, pero el número se impone: la victoria les pertenece.

Roldán, el último paladín con vida, aferrado a su olifante, propina golpes a los enemigos, en tanto no cesa en blandir su espada *Durandel* y con ella cercenar cabezas, brazos y piernas vasconas y moras.



Las heridas del héroe lo debilitan; teme que su olifante y su espada caigan en poder de los adversarios; con el último aliento y el esfuerzo final, arroja al vacío del desfiladero el olifante y la espada *Durandel*: cae muerto.

En su acelerado descenso al fondo del abismo, una intensísima luz se proyecta sobre el olifante y la espada.

II

Reino de Castilla; Año del Señor de 1070.

Las mesnadas de uno y otro combatiente no pierden gestos ni pisadas de sus adalides, trabados en mortal porfía: de un lado el navarro Jimeno Garcés; del otro, el castellano Rodrigo Díaz de Vivar; el singular desafío apostaba por linajes reales encontrados y palabras de honor empeñadas, en el ámbito mayor de la *Guerra de los tres Sanchos*.

Vienen los contendientes montados en briosos corceles, el de Rodrigo, nombrado *Babieca*; desmontan, en la corta distancia se miden, se estudian; ambos visten lorigas de anillos acerados y forros de cuero, cascos ovoides, con nasales para proteger los rostros; espadas de labores de plata, la de Vivar, llamada *Colada*; lanzas fuertes, guanteletes de hierro y pesados escudos, el de Rodrigo tiene estampado un dragón.

El navarro emprende la liza al arrojar su lanza al castellano, este la evita con un movimiento lateral del cuerpo, y la propia, la clava al suelo en un ángulo de 45 grados, y la rompe en pedazos al patearla.

Entonces ambos desenfundan las espadas; el entrechocar de aceros y los giros corporales son seguidos por los presentes.

Rodrigo recuerda, mientras contiene, la muerte que propinó al ofensor de su padre, abofeteado por aquel, el conde Lozano, padre de su amada Jimena, unidos en matrimonio por el rey Fernando, en boda celebrada cuando el luto lo permitió, lavando así la afrenta causada a la huérfana; sus pensamientos, entre mandoble y mandoble, lo transportan a la muerte del monarca, acaecida en 1065, y apenas apagado el rumor de las exequias fúnebres, la diáspora de los tres príncipes, rumbo a sus reinos, eclosionado el disenso cismático entre ellos, causa que le hacía seguir el pendón de Sancho, de quien fue paje y por él investido de caballero en 1067, en la iglesia de Santiago de los Caballeros, razón de su duelo con el navarro; también rememoró sus primeras hazañas contra los moros peninsulares, particularmente, cuando recibe la nueva de que cinco reyes infieles musulmanes, suben por Castilla, pasan junto a Burgos y se enfilan a Montes de Oca, Santo Domingo, Nájera y Logroño; su decidido enfrentamiento, comandando su mesnada, la derrota infligida y la conducción de los reyes almorávides a los palacios castellanos.

El sol de la meseta castellana fatiga a los caballeros; Rodrigo de apenas treinta años, es un enérgico roble; Jimeno, frisando los cincuenta, es una corpulenta encina.

El sudor baña las ocultas frentes, pero el ímpetu del combate no decae.

Es ahora el castellano quien lleva la mejor suerte: ha asestado contundentes planazos a su oponente, sin herirlo, pero los golpes han ensoberbecido aún más al navarro, el que, ciego de rabia, descarga su espada, una y otra vez, sobre el escudo, valladar entre su acero y el cuerpo de Rodrigo.

Deshecho en menudos pedazos, el escudo no sirve para nada más; arroja al suelo lo que del útil defensivo resta, y la *Colada* silba, cortando el aire; no le queda otra opción a Jimeno Garcés que recular: parecía que el fin del navarro se vislumbraba.

Con esta intención en mientes, Rodrigo Díaz de Vivar, acopia fuerzas musculares desfallecientes, impulsa la *Colada* contra Jimeno y le propina un tajazo que el navarro detiene con el lomo de su espada: la *Colada* que tantas cabezas moras había cercenado cuales manojos de espigas, se rompe en dos; las aceradas mitades se desintegran.

Los espectadores del combate, unos claman clemencia al vencedor; otros piden la estocada letal: Rodrigo Díaz de Vivar aguarda resignadamente por la muerte; el navarro Jimeno Garcés se dispone a sacar el alma del cuerpo del valiente castellano.

III

Centenares de miembros de las tribus vasconas y de musulmanes partidarios de Solimán al Arabi, descienden frenéticos las escarpadas paredes del desfiladero; revisan los cuerpos caídos en el pétreo sendero, arrojan los cadáveres al precipicio y rematan a los heridos, para a su vez, precipitarlos al vacío.

Con afán, rapiñan todo cuanto pueden, pero con especial interés, buscan el olifante y la espada *Durandel*, de Roldán, conocedores de sus virtudes.

Reconocido el cuerpo de este, lo examinan con detenimiento, mas nada hallan, salvo una espada partida en dos su acerada hoja.

Uno de los hijos del moro zaragozano, las pateo con rabia, con tal fuerza que caen al fondo del abismo los fragmentos.

En su caída, la *Colada* del caballero Rodrigo Díaz de Vivar, silba por última vez al hendir el aire en su vertiginosa caída; luego, dos sordos golpes, y el silencio.

El rey Carlos, conocedor de la hazaña griega de las Termópilas, sobrecogido con el sonido del olifante que creía haber oído, vuelve grupas con los suyos y regresa al vértice del Ibañet en el Pirineo.

El espanto se adueña del monarca: miles de cuerpos yacen en las profundidades del abismo de Roncesvalles, cual gigantesca cripta mortuoria; sus doce pares de paladines, también muertos; el olifante y la espada *Durandel*, desaparecidos para siempre; llora a su sobrino.

Acongojado, se retira del macabro escenario, reprochándose su desventurada incursión en la Marca Hispánica y musulmana.

Su derrotero conquistador lo orientará hacia el centro-este europeo: dominará toda la Galia, casi toda la Germania y el septentrión italiano.

Ahora es el emperador Carlomagno y se hace llamar *el soldado de Dios*.

IV

Con su espada en alto, Jimeno Garcés, presto a descargarla sobre la cabeza de Rodrigo, ya la descende cuando, súbitamente, una espada surgida de la nada, se deposita en manos del castellano; entrechocan los metales y el golpe mortal del navarro es detenido.

Ahora es Rodrigo quien lleva las de ganar; recuperado, acorrala al navarro; este, sin saber qué ha sucedido, descuida su guardia, flaqueza que aprovecha el castellano, hundiendo la punta del repentino acero en la garganta del infeliz: Jimeno Garcés se ahoga con su sangre; se desploma, pesadamente, muerto.

Las mesnadas rivales no saben cómo reaccionar, si acometerse o retirarse, sólo aguardan un gesto.

Rodrigo entrega el cadáver de Jimeno a los navarros; tendido su cuerpo sobre el lomo de un caballo, todos abandonan el campo de honor.

Los estruendosos vítores quiebran el silencio de la retirada enemiga.

Un viejo mesnadero, moro por más señas, se hinca de rodillas ante su señor, el vencedor del duelo, y exclama:

¡Cid! ¡Mío Cid! ¡Cid Campeador!

A poco, se suman otras voces, hasta convertirse en coro polifónico, que, a una, en árabe y en castellano, gritan todos:

¡El Cid Campeador!



Había nacido la leyenda.

Quedo, *El Cid* se inclina, atraída su atención por una larga caña hueca, de marfil, bellamente tallada; la toma y la acerca a sus labios, sopla: un cálido sonido escapa de su cañón, haciéndose escuchar en toda la polvorienta comarca castellana; se trataba del marfileño cuerno de elefante; Rodrigo se pregunta quién es su dueño.

Pero más sorprendente aún, es la espada que, milagrosamente, le salvó la vida.

La examina con escrutador interés; su *Colada*, bella espada que ganó en justa liza al conde de Barcelona, partida en dos por la ira del navarro, no es; tampoco la *Tizona*, que arrebataría a un emir moro.

No importa, sea cual fuere su origen, se la encinta, acaricia su empuñadura, resuelto a cortar muchas cabezas moras con ella.



Otros destinos heroicos y tristes asaltarían al *Cid Campeador* a lo largo de sus 56 años de vida: se sucederían las victorias de Llantada, Golpejera, Cabra, Almenar, Valencia..., pero también la traición, los asesinatos, los destierros, la muerte del hijo en la batalla de Consuegra, las ofensas inferidas por los maridos a sus infantas, su honra rescatada por tres de sus campeones..., y su muerte, sobrevenida el domingo 19 de julio de 1099, Año del Señor.

La espada *Durandel* y el olifante, le acompañarían hasta su tumba en el monasterio de San Pedro de Cerdeña.

Miguel de Cervantes y William Shakespeare

I

Celda de la Cárcel de Sevilla; Año del Señor de 1597.

Regurgitadas desde las profundidades insondables del universo, oleadas de ondas gravitacionales avanzan hacia el planeta.

Los claroscuros de la insinuante mañana se asomaban al elevado ventano del calabozo, vislumbrando en su interior una mesa en su centro, sobre ella, amontonadas hojas manuscritas, tintero y plumas de ganso; y, a un lado, un ruinoso camastro adosado a una de sus paredes.

Yacía en el camastro, luego de una larga noche de animada vigilia, acompañada de lecturas en alta voz, exhausto, un hombre de recia complexión, seco de carnes, enjuto de rostro con pronunciada perilla entrecana en su mandíbula, labios finos y dientes mal dispuestos donde no faltaban, cuya edad frisaba en la media centuria.

Arrojado al calabozo por alcabalas defraudadas en un banco quebrado, como la propia *Armada Invencible*, deshecha por los vientos y el plomo sajón, le imputaban al hidalgo la suma de seis mil escudos mal habidos, que el Consejo Real de Contabilidad de Madrid exigía, so pena de parar en la cárcel con sus huesos si no indemnizaba al erario de Su Majestad.

¡Escudos o maravedíes! ¡Qué importaba!

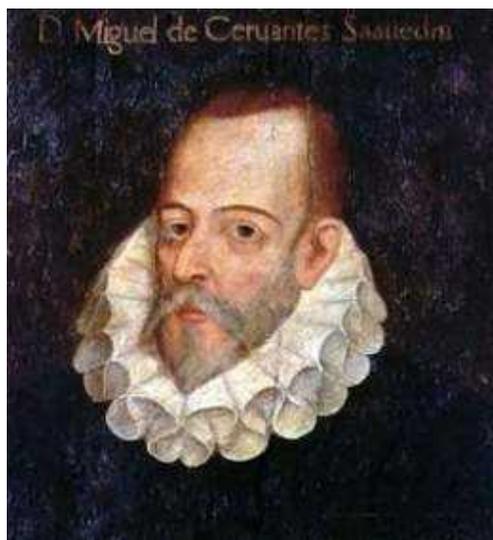
En abyecta servidumbre argelina, su rescate fue tasado en dos mil escudos: ¡Poderoso Caballero es Don Dinero!

Y como él no tenía ni un duro, a la cárcel fue a parar.

Largos meses de encierro vivió junto a malandrines de toda laya: ladrones, rateros, falsarios, jugadores de azar y estafadores; codo a codo con esta canalla, luego rediviva en sus novelas.

Allá fuera quedaba su hija Isabel de Saavedra, vástago de amores furtivos con Ana Franca; también su esposa Catalina de Salazar y Palacios,

empedernida lectora de Amadís de Gaula, de Esplandión y de Palmerín, campeones icónicos de las novelas de caballería, pero también sus primeras creaciones poéticas, comedias y entremeses, y su carísima *Galatea*, todos en amasijos de realidades y sueños como la huella de Lepanto, estampada por el cañón otomano en su brazo izquierdo, anquilosado, raquítrico, un nervio seccionado por la metralla; su cautiverio en Argelia, vendido como vil esclavo por el turco Dalí Mami; su providencial rescate por un procurador de la Orden de la Merced, delator en tierras norafricanas de fugas de esclavos; su oscuro retorno a España, a mataperrear aquí, allá y acullá; el abandono de su apellido materno, Cortinas, por el de Saavedra, en intento de diferenciar su identidad de aquella del noble homónimo desterrado de la Corte, en tiempos del Santo Oficio; sus labores como alcabalero...



El tiempo se sucedía lento en el recinto carcelario; sus fieles amigos, el comerciante Tomás Gutiérrez y el afamado escritor Mateo Alemán, lo alientan a escribir y engrandecer sus logros literarios iniciales, desde la propia reclusión penal, en tanto ellos revuelven cielo y tierra en pos de la excarcelación del amigo.

Aligerado sobremanera de sus penosas remembranzas, con la escritura frecuente, día a día y noche a noche, la pluma rasguea lienzos tras lienzos de basto papel; en ellos cobran vida para siempre singularísimos personajes: Alonso Quijano, *el Bueno*, devenido en Don Quijote de la

Mancha, *el Caballero de la Triste Figura*; su impar alter ego, Sancho Panza; la sin par Dulcinea del Toboso y hasta el famélico corcel, *Rocinante*...y tantos otros más.

Al fin la última noche en la cárcel llega; rodeado de carceleros, de sus amigos Tomás Gutiérrez y Mateo Alemán, del alcaide del reclusorio penal, de los truhanes Manipodio y Rinconete y de toda la caterva de galeotes y reos del establecimiento carcelario, en extraordinario congreso de autoridades y penados, todos sentados en derredor del infatigable lector, entre risas y llantos, escuchan las cuitas finales del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, salidos del genio del confinado Miguel de Cervantes y Saavedra.

Fatigado, el autor y lector a la vez, aviva el macilento mechón que alumbraba la lectura del último párrafo del manuscrito; con aplausos termina la sesión: todos se despiden del alcalaíno, el adiós hasta siempre: mañana abandonará el lúgubre recinto: la libertad aguarda por él con el nuevo sol.

Cervantes, exhausto, se tira en el camastro, logra conciliar el sueño, refocilado en los brazos de Dulcinea.

Sobre la mesa se encuentra el abultado paquete de manuscritos, en ellos apresados por siempre sus inmortales personajes.

Un haz filiforme de ondas gravitacionales se posa sobre aquellos.

II

Camerino del Teatro *The Rose* de la Compañía de Londres *Lord Chamberlain's Men* de Londres; Año del Señor de 1597.

El telón corrido, bambalinas en alto y tenues candilejas permitían a los espectadores contemplar, angustiados, la puesta en escena de otra obra dramática de aquel autor de 33 años de edad que levantaba vuelo hacia la posteridad; sus detractores lo apostrofaban como el *sacude-escenarios* o *tiembla-lanzas*, en franca paronomasia de su apellido: Shakespeare.

Él, parapetado entre los pliegues del telón recogido, esperaba por el preciso instante de aparecer en el proscenio, para encarnar el modesto personaje de Fray Lorenzo, reservado para sí; no importaba, todos le reconocerían como el exitoso empresario, dramaturgo y copropietario de la compañía *Lord Chamberlain's Men*.

Tenso, su vista examinaba el rostro, apenas maquillado, del apuesto joven que interpretaba a Romeo: *¡Qué bello es!*, musitó.

Recitaba Romeo su bocado de amor a la grácil Julieta, en la quinta escena del Acto Tercero:

... ¡Si parto, vivo! ¡Si me quedo, muero!,

cuando voces irritadas se escucharon, denostando la insolente irrupción en la sala del Teatro *The Rose*, plaza donde se interpretaba el drama, de miembros de la gendarmería londinense.

Detenida la puesta en escena, los hombre jóvenes, entresacados a la fuerza del público asistente y de los actores, fueron arrojados al interior de carruajes celulares, apostados en las afueras del teatro; en ellos encerrados y conducidos al campo militar de entrenamiento, en las cercanías de Londres; el monarca, con sus pendencias continentales contra portugueses, españoles y franceses, a falta de espontaneidad entre sus súbditos para enrolarse en la armada y en la infantería reales, hacía la leva de esta manera.

El admirado Romeo fue uno de los conscriptos del rey, ¡dura pérdida afectiva para el dramaturgo!

Acongojado, se marchó a su camerino; el amor burlado como nunca antes.

A solas, encendió la bujía, se despojó de sus atuendos histriónicos y bebió, apurado, media botella de whisky, de whisky escocés, ¡renegados escoceses desde los tiempos de su tocayo William Wallace!, y repitió el trago, tendido en el catre del camerino.

Entre efluvios de alcohol y sentimientos encontrados, conjugaba la imagen del joven secuestrado con la cara de su vieja esposa, Anne Hathaway, ocho años mayor que él; la premura de su matrimonio cuando ya llevaba en su vientre a Susanna; los nacimientos de Judith y Hamnet, la prematura muerte del varón, apenas unos meses atrás; sollozó y bebió otra vez.

Apartó de su cabeza tan tristes vivencias; ahora repasó sus éxitos literarios, tantos para su corta edad que ya comenzaban a llamarle el *Bardo de Avon*.



En su obra toda, apostó por temas antitéticos, tales como la tragedia y la comedia, lo terrenal y lo sobrenatural (era un convencido católico, mas en silencio), lo real y lo fantástico; prueba de ello, sus obras *Tito Andrónico*, *Romeo y Julieta*, *El sueño de una noche de verano...*; a estas y otras, sumaría la que estaba por concluir: *Enrique IV*.

Con él, retomaba el tema histórico, en exaltación de la patria, cuando las luchas intestinas menoscababan la autoridad real y la unidad nacional peligraba en Inglaterra.

Ha trabajado duro este drama histórico, quiere acabarlo; en él ha insertado, por primera vez en su obra, la trama secundaria que corre paralela a la principal: el rey Enrique IV se propone peregrinar a la Tierra

Santa de Jerusalén, en tanto la nobleza solivianta el reino; bruñe, con marcado interés, el personaje de Falstaff, el embustero parlanchín, prototipo que desandaré en la historia literaria como el mayor fanfarrón, el de más justa fama universal.

En esto meditaba cuando lo sorprende la nueva mañana; suelta la rasgueante pluma de ganso, derrama un pomo de tinta y, rendido por las emociones y el alcohol, cae dormido profundamente.

Sobre las orillas del Támesis se precipitan andanadas de ondas gravitacionales, arrojadas desde los confines de la galaxia por el ocaso de un agujero negro; haces de retorcidos filamentos ondulatorios chocan contra un montón de hojas de papel manuscritas, que yacen esparcidas sobre el suelo de un camerino en el teatro *The Rose*.

III

Con el nuevo día, el hidalgo alcaláino, Miguel de Cervantes y Saavedra, escoltado por sus amigos Tomás Gutiérrez y Mateo Alemán, que por él aguardaban en las afueras de la cárcel, con sus pocos ajuares al hombro y liados sus amados manuscritos, dejaban atrás la Puerta de Oro y el callejón llamado Entrecárceles (¡vaya nombres de orientación urbana para un reclusorio de penados!) y, ya con ellos, se pierden en las retorcidas callejas de Sevilla.

Un tiempo después, Miguel entregó a Juan de la Cuesta, el impresor, aquellos manuscritos.

Debatido entre ambos todo lo concerniente en cuanto a ediciones de la novela, privilegios del editor y regalías para el autor, se separaron, cada uno a la espera de sus intereses empeñados con el libro.

Pero, ¡cuál no sería la sorpresa del impresor De la Cuesta cuando abrió aquellos manuscritos!

Al hurgar entre ellos, confiado en el presunto equívoco cometido por el autor, bajo las circunstancias en que escribió su obra, no logró confirmar

tal error; simplemente, supuso que esta era la obra encargada y ninguna otra.

Presto, se dio a la tarea de su impresión.

Los primeros ejemplares mostraban su título en lengua inglesa *Henry IV*, y su verdadero autor, Miguel de Cervantes y Saavedra, ocultaba su identidad bajo el seudónimo de *William Shakespeare*; razones tendría para hacerlo, pensó De la Cuesta.

La obra, un drama histórico, por cierto, recreaba los afanes de un monarca británico, Enrique IV, sumido en los avatares de su peregrinación al Santo Sepulcro, en el contexto de la llamada *Guerra de los Cien Años*; el impresor le auguró a Cervantes un rotundo fracaso con esta edición, acompañado de pocos ingresos para ambos; se lamentó de haber aceptado su impresión.

Confundido con la mala nueva, Cervantes no podía creerlo.

Revisó, una a una, los cientos de hojas de papel de lo que suponía fuera su novela *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*; todas ellas estaban escritas en inglés, con rasgos caligráficos que no se correspondían con los suyos.

En esto estaba, perplejo y mudo, cuando un librero amigo, Francisco de Robles, entró de sopetón en la imprenta donde dialogaban Cervantes y De la Cuesta; llevaba en sus manos un libro, recién editado, escrito en español, llevando por título *Historia de Cardenio*, cuya autoría recaía en un tal William Shakespeare, acompañado de otro tal John Fletcher ¡el primero, el mismo autor de *Henry IV*!, y para peor de los males, pura recreación escamoteada de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*; Miguel cayó al suelo, desmayado.

Cervantes, tan comedido en las adversidades sufridas a lo largo de su vida, rompió en imprecaciones y maledicencias contra el plagiaro inglés y su obra; parecía una nueva derrota de la *Armada Invencible* ante el agente encubierto de la *pérfida Albión*.

Recuperado a duras penas, el ingenio de Cervantes, en revancha con aquél, concibió un plan: escribir a toda prisa una novela de caballería, burlesca, denostando en ella y ridiculizando al héroe del plagio de la suya.

A manera de sorna, la bautizó así:

Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y la quinta parte de sus aventuras.

No se atrevió a firmarla con su nombre; prefirió utilizar el seudónimo de *licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas.*

Rió para sus adentros.

Fue publicada en el Año del Señor de 1614, en la ciudad de Tarragona.

A cuatrocientos años de su muerte, los restos de Miguel de Cervantes y Saavedra descansan en el convento de la Orden de las Trinitarias, en la Iglesia de San Ildefonso, en Madrid.

En su tarja mortuoria reza la leyenda:

..., el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas, menguan...

Contaba con 68 años de edad cuando fallece el día 23 de abril de 1616, enterrado al día siguiente, según fechas del calendario gregoriano; el *Príncipe de los Ingenios* había nacido el 29 de septiembre de 1547.

IV

Durmió hasta bien entrado el mediodía; los ensayos de la nueva pieza teatral lo despiertan; se levantaba del catre cuando golpecillos insistentes a la puerta, lo conminan a pararse.

Se trataba de su amigo John Fletcher; este mientras espera que aquel se asee, coge del montón de papeles uno, lee la estrofa de un soneto inacabado:

*Dos amores tengo yo de disfrute y desesperación,
los cuales, como dos espíritus aún me sugieren que
el mejor ángel es un hombre blanco y derecho y
el peor espectro una mujer de color enfermizo...*

Fletcher, sonrojado, pensó, *¿seré yo ese hombre?*, y se responde *¡no sé!, pero sí que la mujer es Anne Hathaway.*

Colocó la hoja a un lado y continuó curioseando en la papelería de su amigo; su mirada se posó en un título, escrito en castellano, lengua que entendía, y leyó: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, cuya autoría, supuestamente, recaía en un tal Miguel de Cervantes Saavedra.

Continuó volteando hojas y más hojas. Al fin, reapareció William aquejado de intensa resaca, su rostro lívido.

Recobrado un tanto, entre ambos amigos se tiende un diálogo, cuyo centro fue la misteriosa aparición de los manuscritos del hispano.

Shakespeare negaba, con reiteración, que le pertenecieran, y, para colmo, su *Enrique IV* estaba extraviado.

Ensoberbecido, llamó al bufón de la Compañía, presunto culpable del equívoco de papeles, pero este, y otros interpelados, también negaron su participación en el trueque.

Perplejo, William descargó la culpa del entuerto en la magia negra de Merlín; se mofaba del mago.

Más calmado, gracias a Fletcher, entre ambos, aprovecharon el inesperado giro de su sino: encerrados durante una semana, sin importarle a Shakespeare sus funciones teatrales ni a John sus especulaciones agiotistas, se empeñaron en plagiar la novela del castellano.

Lo primero que acordaron fue cambiarle el título; como a William le encantaban los enredos románticos, impresionado con el personaje de

Cardenio, un loco que irrumpe en el Capítulo XXIII de la novela y se une en varios pasajes con el *Caballero de la Triste Figura*, enajenado aquel por requiebros amorosos con Luscinda, primero, y más tarde, con Dorotea, deciden rebautizarla como *Historia de Cardenio*; lo segundo, determinaron el orden nominal de aparición de sus “autores”, asunto solucionado en breve: Fletcher, caballerosamente cedió, en atención a los méritos literarios de su amigo, la primera posición a William, en tanto que él, ocuparía, modestamente, la de coautor; en tercer lugar, ligeras adecuaciones en el texto original, serían rescritos por el propio Shakespeare.

Con los afeites operados en los manuscritos, ni cortos ni perezosos, se encaminaron a un conocido impresor de libros, quien gozaba del Privilegio Real de Su Majestad británica para tales menesteres, y con él, los “autores” formalizaron el correspondiente contrato.

La genialidad de Shakespeare, una vez más puesta a prueba, exigió plasmar, en una cláusula contractual adicional, la siguiente condición: una vez transcritos los manuscritos a los tipos móviles del alemán Gutenberg, aquellos les serían devueltos a sus autores.

Y así fue.

Años más tarde, cuando avizoraba su fin, en ansias de la muerte, otorgó testamento; amén de desheredar a Anne en relación con ciertas propiedades rurales, incluyó en un codicilo que los manuscritos de la *Historia de Cardenio* le acompañarían a la tumba.

William Shakespeare, el *Bardo de Avon*, fallece el 3 de mayo de 1616, a la edad de 52 años, fecha del calendario gregoriano, no vigente en la Inglaterra de entonces (implantado en el reino el miércoles 4 de septiembre de 1752; el día siguiente fue: ¡jueves 14 de septiembre!), opuesta la corona británica, no solo a la monarquía española sino también al dogma católico de la Iglesia Romana, y consecuentemente, a la reforma realizada en el calendario por el Papa Gregorio XIII, hoy en vigor en casi todo el mundo.

Esta diferencia en los calendarios provoca el error de sostener que las muertes de Miguel de Cervantes y Saavedra y William Shakespeare, acaecen el mismo día de 23 de abril de 1616, cuando en realidad *El Bardo de Avon*, fallece diez días más tarde que *El Príncipe de los Ingenios*, aunque en el mismo año.

Era costumbre en la época de Shakespeare exhumar los cadáveres sepultados de antaño y con ello, tener espacios libres para otros enterramientos; los esqueletos se encerraban en osarios, muchos de los cuales se perdían; quizá este fue el motivo que *El Bardo*, temeroso de los destinos de sus huesos, se hiciera escribir sobre su tumba la siguiente leyenda mortuoria:

Epitafio

*Buen amigo, por Jesús, abstente
de cavar el polvo aquí encerrado.*

*Bendito sea el hombre que respete estas palabras,
y maldito el que remueva
mis huesos.*

¡Junto a sus restos, confundidos, yace el auténtico manuscrito de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, escrito por Miguel de Cervantes y Saavedra!



Enriqueta Favez y Cecilia Valdés

I

Casa de San Juan Nepomuceno de Recogidas, San Cristóbal de La Habana, 31 de julio de 1824.

Nervioso, Enrique Favez, o mejor Enriqueta Favez Cavin, se paseaba arriba y abajo en su estrecho cuarto, hacinado en número de internas, con su brazo izquierdo vendado de herida autoinfligida con un clavo, a la espera de la decisión del Excelentísimo Señor, Don Francisco Dionisio Vives, Capitán General de la Isla de Cuba, de su expulsión inmediata del país, en solicitud formulada por Ignacio de Pluma, Capitán de la Casa de Recogidas, en razón del genio díscolo de la presa y el terror que infundía entre las recogidas de dicha Casa, habiendo sido sentenciada por la Real Audiencia del distrito de Puerto Príncipe a cuatro años de presidio y de extrañamiento perpetuo del territorio español, en atención a la burla y negro ultraje que se había atrevido inferir a la Santísima Trinidad, al contraer matrimonio con persona de su mismo sexo, en cuya horrible e impía conducta, contra la augusta religión y la reverencia al Santo Sacramento, después de haber engañado de que se la bautizase en calidad de hombre, agravando más el crimen que envolvía estas acciones con la inmoralidad y depravación inaudita de costumbres, con el disfraz de hombre, con que abusó de la persona de Juana Antonia de León Hernández, valiéndose de tales artificios, sin el más leve temor de incurrir en las gravísimas penas, con que así las sanciones canónicas, como las civiles y criminales, condenan y castigan tan tenebroso manejo.

Enriqueta repasó su vida de un plumazo: nacida en Lausana, Suiza, en 1791, fue hija del matrimonio de Jean Louis Elie Favez y Jeanne Elisabeth Cavin; casada a los 15 años con Juan Bautista Renau, oficial de Cazadores de las tropas francesas de Napoleón Bonaparte, casamiento de complacencia familiar. Junto a su esposo, recorrió los escenarios bélicos de la campaña napoleónica en Alemania, donde vio morir a su marido y quedó viuda a los dieciocho años de edad; mas el infortunio

familiar no se detuvo en la guerra, poco después su única hija, fruto de sus amores con aquel, moría a los ocho días de nacida.

Entre los años de 1808 y 1811, vistiendo ropas de hombre por primera vez y haciéndose llamar Enrique, cursa la carrera de Medicina en la Universidad de París, recinto académico donde juró, para lograr sus propósitos, ser oficial militar del Regimiento de Cazadores número 21, suplantando así a su fallecido marido: con veinte años de edad, Enriqueta (o Enrique) logra el grado de médica (o médico).

A partir de entonces se enrola como cirujana del ejército francés en las fracasadas campañas napoleónicas de Rusia y España; en este último país, cae prisionera de las tropas del Mariscal Wellington y es confinada en el Convento de San Francisco (¡Oh, hecho premonitorio en su vida!), en Miranda del Ebro, para cumplir con los servicios médicos británicos. Derrotado definitivamente Napoleón en Waterloo, Enriqueta se licencia del ejército y marcha hacia la isla francesa de Guadalupe, en el Caribe oriental, lugar donde ejerce por un tiempo su actividad profesional, más tarde parte a Cuba, donde arriba, a bordo del velero La Helvecia, a la ciudad de Santiago de Cuba, el 19 de enero de 1819.

Luego de una breve estancia de familiarización de costumbres y de práctica del castellano en la sureña ciudad portuaria, Enriqueta se enrumba, el 3 de marzo de 1819, a la villa de Baracoa, en el este extremo de la Isla; es aquí donde conoce a Juana Antonia Liberata de León Hernández, postrada, enferma en una cama y sumida en la pobreza, a quien le ofreció su ayuda y le prometió que, si vivían juntas, ambas podrían rebasar este triste episodio de sus vidas.

Enriqueta, en secreta confesión, le reveló a Juana su verdadero sexo y, puestas de común acuerdo, guardaron silencio sobre este punto; luego, el tiempo y el afecto mutuos, traspasada la orientación sexual dada por natura, condujeron a la formalización de su matrimonio, boda celebrada el 11 de agosto de 1819, en la Iglesia Parroquial de Baracoa.

La unión conyugal del matrimonio de Enrique Favez y Juana de León discurría plácidamente con el correr de los años 1819 a 1822: él, como reconocido galeno; ella, como solícita esposa.

Con anterioridad a la boda, Enrique Favez debió bautizarse como católico romano, adajar del luteranismo y, asumido el nuevo credo, casarse con Juana Antonia, amén de la solicitud a las autoridades de gobierno de una carta de domicilio en la localidad, y en el ínterin, para legitimar la práctica de su profesión, viajar a La Habana y, ante las máximas autoridades coloniales, interesar la reválida de su título para ejercer como médico. El Gobernador, Capitán General Don Juan Manuel Cajigal y Machuiny, accedió y le ofreció los documentos de carta de domicilio y el ansiado título de cirujano romancista, extendidos en fechas 18 de julio y 29 de agosto de 1820, respectivamente: ¡Enriqueta y su pareja estaban plenamente establecidas en la ciudad primada de Cuba!



En un nefasto día para el dichoso matrimonio, del año 1822, una imprudente criada entró en uno de los cuartos del inmueble habitado por la feliz pareja y encontró a Enriqueta rindiendo culto al dios Baco²⁸, con su varonil camisa desabotonada y, en consecuencia, con sus pechos femeninos al aire. La criada no tardó mucho en revelar aviesamente su descubrimiento y es de imaginar el revuelo causado entre los vecinos del barrio y de todo el pueblo, confirmándose así la popular expresión de “pueblo chico, infierno grande”.

²⁸ Dios del vino, también conocido como Dioniso.

Vanos resultaron los esfuerzos de la pareja por contener lo que se les venía encima.

Al día siguiente, Enriqueta y Juana trataron de lograr el silencio de Rosa a cualquier precio, pero el esfuerzo tardío fue en balde, ya la aseveración corría de boca en boca por toda la ciudad. Presionada por un tío suyo, Juana de León admitió su unión homosexual con Enriqueta. La engorrosa explicación desembocó en que, para bien de la familia, Juana denunciaría a Enriqueta ante las autoridades eclesiásticas y civiles locales.

Ventilado el extraordinario caso en las instancias judiciales e interpuesto por la acusada el recurso pertinente, primero juzgado por la jurisdicción de Santiago de Cuba y luego apelada en la de Puerto Príncipe, en sentencia de 4 de octubre de 1823, de esta última sede jurisdiccional, Enriqueta Favez es condenada a servicios forzados y extrañamiento del país, y en estos términos redactada:

Puerto Príncipe, 4 de octubre de 1823.

Con lo representado por el señor Fiscal se condena a Enriqueta Favez al servicio del Hospital de Paula de la ciudad de La Habana por cuatro años, a donde será conducida en el traje propio de su sexo, los cuales cumplidos saldrá de la Isla con extrañamiento perpetuo del territorio español.

También recójasele el título de cirujano y la carta de domicilio que obtuvo con el nombre de Enrique Favez, simulando [otro sexo], y de la condena en las costas procesales de una y otra instancia.

Particípese al Excelentísimo Señor Jefe Superior Político, al Protomedicato para los efectos convenientes, y al Agente Fiscal más antiguo. Se hallan las rúbricas de los señores Robledo, Álvarez, Portilla, Gómez, Frías, y Bernal.

Licenciado Francisco Agramonte y Recio

Es conforme al auto original de Su Excelencia a que me remito.

Puerto Príncipe, 9 de octubre de 1823.

Así purgaba su pecado sacramental y mundano la helvética Enriqueta Favez Cavin, internada en la Casa de San Juan Nepomuceno de Recogidas de La Habana.

II

Casa de San Juan Nepomuceno de Recogidas, San Cristóbal de La Habana, 31 de julio de 1824.

Los gritos de dolor quebraron el silencio de la improvisada habitación, devenida en sala de partos, ubicada en lo más profundo de la lóbrega Casa de San Juan Nepomuceno de Recogidas, sita en el barrio de San Isidro, inaugurada el 18 de octubre de 1746.

A la entrada de la habitación, en torno a una mortecina lámpara de aceite, observaban el alumbramiento dos internas de confianza y una autoridad eclesiástica del recinto, sin perder detalle alguno del suceso.

Una mujer de rostro macilento y mirada penetrante, de baja estatura y nervioso hablar con fuerte acento extranjero, convocada bajo requerimiento por las autoridades de la Casa, se adentró en la oscuridad del recinto guiada por los quejidos de la parturienta y, resuelta, con manos hábiles realizó el parto de la joven, con destreza cortó el cordón umbilical del neonato y, puesto de cabeza, asido por la mano de la partera, varias palmadas propinadas por esta sobre las nalgas de la niña, le provocaron su primer vagido inspirador, signo elocuente de su viabilidad en la vida extrauterina, como exigían antiguos jurisconsultos romanos.

Finalizada su intervención obstétrica, cuando la partera regresaba a su cuarto de reclusión, una de las presentes sopló al oído de otra que la comadrona actuante era una francesa cuyo extrañamiento de Cuba ocurriría en cuestión de horas, por haber cometido crimen sacrílego y contra natura al hacerse pasar por hombre, seducir a una joven del oriente cubano y casarse con ella.

La madre recién parida, exhausta, tirada en la poltrona en el interior de una oscura habitación, comenzó a amamantar a su tierno retoño, una virgencita de cobre; pensaba bautizarla con el nombre de Cecilia, como ella misma.



Cecilia Valdés, la puérpera, mulata hermosísima, hija bastarda de un traficante de esclavos, don Cándido de Gamboa y Ruiz, y una negra esclava, había sido depositada en la Casa de Recogidas por su padre natural, a causa de actos lesivos contra la moral: manifiestas relaciones incestuosas sostenidas con su medio hermano, Leonardo de Gamboa y Sandoval, obviamente, hijo del traficante de esclavos y su presunta instigación en la muerte de su medio hermano por la mano homicida de José Dolores Pimienta, enamorado no correspondido de la interna; fruto de aquellas ignoradas pasiones incestuosas, era la niña recién nacida en calidad de recogida.

El Reglamento de la Casa de San Juan Nepomuceno de La Habana proclamaba que su institución estaba destinada a doncellas pobres, expuestas a relajación moral, a esposas encerradas por los maridos motivados por sus faltas menores, a divorciadas o en vías de tal estado conyugal, a adúlteras y a las que habían delinquido, cuya intención era controlar sus conductas desviadas.

De tal suerte, las mujeres, consideradas simples cosas por los hombres, so pretexto de su debilidad, incapacidad u otra supuesta causal de inferioridad social, eran depositadas en estas casas en las que los depositarios velarían por su custodia y seguridad.

El ingreso y la salida de la institución, respondía a mandatos escritos ordenados por autoridades competentes: Cecilia Valdés, la moralmente relajada, había sido depositada por órdenes expresas del alcalde mayor de La Habana, don Fernando O'Reilly, movido cristianamente para restablecer la paz y la felicidad en la afrentada familia Gamboa Sandoval. En rigor, el depósito, al tiempo que resguardaba, también cosificaba y encerraba a la mujer.

Como en España, en la siempre fiel Isla de Cuba, la práctica judicial de jueces civiles y eclesiásticos recurrió al mecanismo del depósito, tanto para el control y penitencia por la conducta femenina considerada inadecuada, como para el resguardo de la integridad física de la mujer mientras se tramitaba su divorcio.

Hasta Lope de Vega, el dramaturgo español, en su obra *Peribáñez y el Comendador de Ocaña*, había clasificado a las mujeres según su estado de dependencia masculina y aludió al cuidado que los padres debían tener sobre sus hijas casaderas:

*Trébole de la casada
que a su esposo quiere bien,
de la doncella también, entre paredes guardada,*

***que fácilmente engañada
sigue su primer amor.***

(...)

Así discurrían los días de estas desdichadas mujeres bajo el minucioso escrutinio de los santos Juan Nepomuceno, Isidro y Cristóbal, aparecidos en tierras del archipiélago cubano.

III

Despuntaban los rayos del sol marcando con sus tintes áureos el inicio del largo día veraniego del 31 de julio y Enriqueta Favez, trasnochada, acompañada de dos guardines y una autoridad religiosa, arribaba al puerto de Caballería para abordar un barco con destino a la Louisiana; se cumplía la orden de extrañamiento de la suiza, de acuerdo con lo dispuesto en su condena.

Así lo informaba el subordinado a su superior:

La Habana, 30 de julio de 1824.

Excelentísimo señor Francisco Dionisio Vives, Capitán General de la Isla de Cuba.

Excelentísimo Señor:

Doña Enriqueta Favez de nación francesa, y sentenciada por la Comisión del Real Acuerdo fue expatriada inmediatamente. Su Excelencia ha dispuesto vaya a Nueva Orleans en una goleta que sale el próximo sábado 31 de julio del actual. Ella quiere pasar a la Louisiana donde tiene persona de su conocimiento.

Su consignatario es Don Juan Bautista Lesgesl, que reside en la calle de la Lamparilla.

Ignacio de Pluma

Capitán de la Casa de San Juan Nepomuceno de Recogidas

Fondeada en el puerto, una goleta de tres palos se disponía a zarpar hacia Nueva Orleans, en el estado sureño norteamericano de Louisiana, con viajeros y carga a bordo.

Enriqueta sería esperada en la ciudad esclavista por familiares de un tío paterno suyo, a quienes solicitaron discreción en cuanto a los antecedentes morales de la viajera, y aconsejaban su ingreso en una orden religiosa, hasta tanto pasara la borrasca, institución donde podría prestar servicios como diestra enfermera; tal sino no agradaba mucho a la médica pero se propuso acatar estas decisiones por el momento y, luego, viajar a México y, desde este país, intentar su regreso clandestino a Cuba a conocer la suerte corrida por su amada Juana de León.

En estos devaneos estaba cuando la embarcación soltó sus amarras, enfiló su proa hacia la salida de la bahía habanera y, con viento favorable y velas henchidas, se perdió en el horizonte capitalino.

Unos días de serena navegación acercaban la embarcación al puerto de destino cuando, ya muy próximo a él, una gigantesca masa de plasma solar, confundida con la bruma marina, envolvía la goleta en su tranquilo derrotero.

IV

Unos días después del parto de Cecilia y llegada la nueva al barrio del Ángel, la buena mujer que la había amamantado en su infancia como madre sustituta, la esclava María de Regla, pródiga en amparo a la desdichada joven, desde mucho antes de su depósito en la Casa de Recogidas, fue a visitarla y a conocer a la criaturilla de Dios advenida en tan lamentable condición.

Mientras bajaba de la vecindad de Loma del Ángel hacia el barrio de San Isidro, donde se levantaba el escarnio inmobiliario de la Casa de Recogidas, María de Regla recordaba el diálogo que sostuvo con Cecilia Valdés, admonitorio de la calamidad que se cernía en torno suyo, cuando le decía entonces:

Pero él peca y su merced peca con quererse como se quieren. Si se quisieran como amigos o hermanos, pase; como hombre y mujer es un pecado. Los dos están en pecado mortal.

No soy yo quien se opone, es otro, es la naturaleza, son las leyes divinas y humanas. Sería un sacrilegio.

Su merced ya es mujer del niño Leonardo.

Las dos mujeres se prodigaron efusivos abrazos, en tanto corrían lágrimas por sus ojos al contemplar la bella niña que, candorosamente, dormía como un angelillo del cielo al lado de su madre, ahora alojadas en la celda de castigo de internas, a falta de mejor lugar.

¡Entonces, partículas de plasma del cataclismo solar inundaron el triste cuarto de las recogidas!

V

En el puerto de Nueva Orleans, para asombro de todos, desembarcaron, procedente de una goleta recién arribada al muelle, una hermosa mujer que llevaba en sus brazos una recién nacida, querubín divino, acompañada de una bonachona esclava, las que con miradas extraviadas no sabían dónde se hallaban; fueron acogidas por una familia apellidada Favez.

Era el 5 de agosto de 1824, Año del Señor.

Pocos meses después, Cecilia Valdés ingresaba en la Sociedad de las Hijas de la Caridad de Nueva Orleans, bajo el nombre de Sor Magdalena, sobresaliendo por su altruismo y obras de caridad; en esta congregación llegó a ocupar el rango eclesiástico de Madre Superiora; nunca abandonó sus atenciones maternas para con su hija.

En la Casa de Recogidas de La Habana se murmuraba que Cecilia Valdés había sido raptada y dado muerte por órdenes de Rosa Sandoval y Rojas, confabulada con la familia de Isabel Ilincheta, madre y prometida del

asesinado Leonardito de Gamboa, respectivamente, en merecida venganza de sangre.

VI

A los descompasados gritos histéricos proferidos desde una habitación desocupada, acudieron las autoridades de la Casa de Recogidas de San Nepomuceno, sorprendidas al escucharlos procedentes del vacío cuarto de castigo en solitario; al penetrar en su interior vieron a una enajenada mental que hablaba incoherentemente en francés, tiraba con saña de su cuero cabelludo, rasgaba su raído uniforme de depositada y sostenía ser discípula de Esculapio.

Perplejo, el Capitán de la Casa de Recogidas, Ignacio de Pluma, decidió no informar al Capitán General de la Isla de Cuba sobre el extraordinario suceso y selló la boca de los conocedores del asunto mediante juramento, so pena de reclusión carcelaria como infidentes.

Corría el 5 de agosto de 1824, Año del Señor.

Nunca más se supo de ella, aunque varios testigos, años después, aseguraban que murió confinada en una celda solitaria, bajo aislamiento perpetuo, en la Casa de Nepomuceno y enterrada, sin ceremonia póstuma alguna, en fosa común desconocida.

*Requiescat in pace*²⁹.

²⁹ Epitafio latino que traducido al español significa *Descanse en paz*.

El Conde de Montecristo y Papillón

I

Castillo de If, bahía de Marsella, verano de 1823.

En un saco de basta tela, ocupando el lugar del cadáver del abate Faria, el prisionero Edmundo Dantés, oculto, enfundado entre los pliegues de la mortaja destinada a precipitarla al mar desde lo alto de la fortaleza, fosa común de los reos, empuñando el cuchillo fabricado por el monje, aguardaba por el traslado del cuerpo, supuestamente inanimado, hacia el despeñadero, con una bala de cañón de calibre 36 atada a sus pies; luego sintió que lo tomaban en vilo por los pies y la cabeza y, al andar sus cargadores, el pesado fardo se bamboleaba con un movimiento de oscilación de un lado a otro mientras recorrían estrechos pasillos, por último, el prófugo experimentó que lo balanceaban, una y otra vez, al compás del conteo de los sepultureros:

- ¡A la una! - dijeron.

- ¡A las dos!

- ¡Y a las tres!

Y describiendo una breve parábola, el saco mortuario, en caída libre, con su impulso inicial, cayó al mar, con Dantés encerrado en su interior, iniciando un lento descenso a las profundidades marinas, acentuado luego, dejando escuchar un gorgoteo inaudible para los que, desde arriba del muro, contemplaban tan singular enterramiento.

El Castillo de If, fue una fortaleza edificada entre 1527 y 1529 sobre una pequeña isla del Archipiélago de Frioul, frente a Marsella, ciudad portuaria francesa. En el año 1524, su puerto había sido asediado por Carlos III de Borbón³⁰, al servicio de Carlos V³¹; fue entonces que

³⁰ Condestable de Francia, nacido en 1490 y muerto en 1527.

³¹ Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico; vivió entre 1500 y 1558.

Francisco I³² dio órdenes de levantar la fortificación, con el propósito de proteger la ciudad de Marsella, ante la posible contingencia de un nuevo ataque desde el mar; otros, por el contrario, afirmaban que la construcción respondía al recelo del monarca francés en razón de la animosidad que le guardaban los marseleses, apenas súbditos recién incorporados al reino.

Siendo notoria la hostilidad de los marseleses, la construcción se erigió utilizando piedras de iglesias y conventos en ruinas, amén de sillares extraídos de la cantera del propio lugar; los ingenieros militares, también aprovecharon los escombros de la destrucción provocada por el sitio de los ejércitos hispanos.

Aunque desde el año 1521 la isla ya acogía a un prisionero, no fue sino hasta el siglo XVII que se convirtió en una prisión estatal.

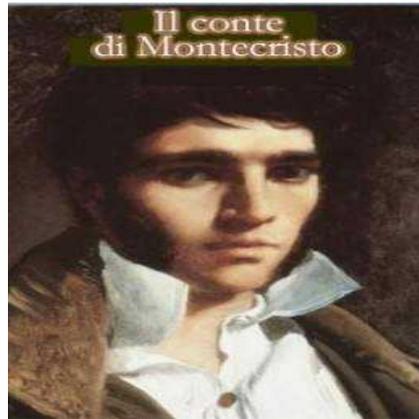
Según narraban sus guardianes, en las celdas de la fortaleza habían cumplido condenas de reclusión figuras tan célebres como Jean-Baptiste Chataud, capitán del navío *Grand Saint Antoine*, cuya tripulación estaba contagiada de peste y extendido el letal morbo por toda la ciudad en 1720; y Honoré Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau, notable activista e ideólogo de la Revolución de 1789, encerrado en uno de sus calabozos durante un año.

Todas estas historias fueron muy bien conocidas por Edmundo Dantés, prisionero solitario desde ocho años atrás, confinado en una de las celdas del tenebroso Castillo de If.

Todo el infortunio del joven marino Dantés había comenzado cuando, al realizar una breve escala en la isla de Elba, el moribundo capitán del navío *Faraón*, Lechré, le encarga que entregue un paquete al mariscal Maréchal Bertrand, furibundo seguidor de Napoleón, exiliado en esa isla; al cumplir con el mandato, Dantés habla con el mismísimo Napoleón quien, a su vez, le solicita que lleve una carta confidencial a París y la

³² Rey de Francia entre 1515 y 1547.

entregue a cierto hombre y, hete aquí que, como torrentosa cascada, a partir de entonces, le suceden una serie de acontecimientos adversos provocados por la envidia, el egoísmo, la vileza y la traición conjurada de conocidos, los cuales desembocan en su acusación como agente bonapartista y su encierro indefinido en una celda del lóbrego Castillo de If.



Durante el prolongado encarcelamiento, agobiado, Edmundo decide morir de inanición y es entonces la suerte la que lo une a otro prisionero del castillo, un anciano abate indo-portugués, nombrado Faria, cuando el monje excavaba un túnel de escape e irrumpe, erróneamente, en la celda del joven. A partir de entonces, la solidaridad por la condición que padecen y la certeza del propio Faria de su avanzada edad y salud deteriorada, hacen que el clérigo y el marinero traben estrecha relación cuasi filial, devenido el casto anciano en preceptor de disciplinas tan variadas como filosofía, historia, lenguas y matemáticas, pula los modales y eleva la cultura del inocente convicto y, llegados a tal grado de confianza mutuas, logran desentrañar las intrigas de los complotados en la infame reclusión de Dantés, chispa de venganza que a partir de aquel instante afloró en sus ojos; también el noble religioso, en sublime acto de quien intuye el fin de sus días y el inevitable abandono de sus bienes materiales, le revela la existencia de un valioso tesoro que yace

escondido entre las grutas de la isla de Montecristo³³, itinerario de búsqueda que le traza en un pedazo de papel.

El abate Faria contaba a Edmundo que había sido secretario familiar y amigo del Cardenal Spada, el último de los príncipes de este nombre, y que la casa del prelado no tenía secretos para él, razón por lo que un buen día, olvidado entre el polvo de los manuscritos de la familia Spada, en una lectura entrelíneas descubrió que César Borgia³⁴ había vendido la dignidad de cardenal a dos ricos hombres, Rospigliosi y Spada, y habiéndoles conferido el cardenalato a dichos individuos, fueron envenenados en un banquete ofrecido en su honor y, tras la muerte del prelado, los herederos de Spada registraron todas sus pertenencias, esperando hallar un testamento pero en verdad lo que encontraron fue un enigmático breviario, punto inicial de arrancada para encontrar el tesoro oculto del Cardenal, descifrado por el viejo monje, develando el lugar exacto de su ubicación en la isla de Montecristo.

Empeñados en fugarse de la fortaleza de If, alcanzar la libertad y encontrar el tesoro perdido, abate y marino, redoblan sus esfuerzos en la construcción del túnel hacia el exterior de la prisión, pero la muerte de Faria, su padre espiritual, paraliza el intento de evasión, sin embargo, paradójicamente, es lo que permite a Dantés escapar del castillo al suplantar el cuerpo muerto del bondadoso abate por el suyo, y, lleno de venganza, intentar el arribo a la isla de Montecristo, hallar el tesoro y poner en marcha su plan de revancha.

II

Isla del Diablo, Guayana Francesa, verano de 1941.

Sentados en la llamada piedra del capitán judío Richard Dreyfus³⁵, en el acantilado a más de cuarenta metros sobre las rompientes del mar, tres reclusos Papillón, Sylvain y Chang, un chino, aguardaban por *Lisette*, la

³³ Islote deshabitado situado a medio camino entre Córcega e Italia continental, santuario de aves.

³⁴ Príncipe italiano (1475-1507), militar ambicioso y cardenal romano.

³⁵ Así denominada en memoria del oficial del ejército francés quien acostumbraba a sentarse en ella cuando cumplía condena por supuestos actos de traición a su patria.

gigantesca ola que los arrojaría mar afuera sobre improvisadas balsas, construidas de cocos encerrados en sacos, y sobre ellas, alcanzar la libertad; los tres contaban la cadena de olas:

- *Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¡aquí que llega Lisette a salvarte, como tú la salvaste a ella!*

La marea, bajo plenilunio, hacía crecer a *Lisette* hasta los ocho metros de altura y, es entonces cuando Papillón, el primero, y luego Sylvain, ambos ayudados por el chino, arrojan casi al unísono, las improvisadas balsas, al vacío del derrisco y tras ellas, se lanzan al mar; sobre su encrespada espalda, *Lisette* los lleva más y más mar adentro.

La Isla del Diablo es la más pequeña de las tres del pequeño archipiélago denominado Islas de la Salvación; localizada a 11 km de la costa de Guayana Francesa, tiene un área aproximada de 14 hectáreas, menos de medio kilómetro cuadrado, es rocosa, cubierta de selva tropical y una altitud promedio de 40 metros sobre el nivel del mar. Abierta por Napoleón III³⁶ en 1851, es destinada al alojamiento penitenciario de asesinos y delincuentes comunes y de criminales políticos; pronto se granjeó fama por la brutalidad con que eran tratados los reos.

Los tribunales franceses enviaban a la Isla del Diablo a todo ladrón que tuviera más de tres sentencias por robo, mayores de tres meses; desde 1852 hasta 1938 llegaron más de 80.000 presos, la mayoría de los cuales nunca volvió a ser visto por los suyos debido a las inhumanas condiciones sanitarias del penal, los horrendos castigos que propinaban sus autoridades y la mala alimentación de los confinados. La única forma de escapar de ese infierno era por mar y luego, superar una selva virgen impenetrable.

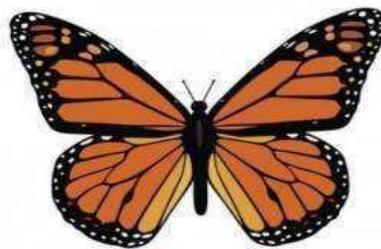
El anarquista Clément Duval, un superviviente, relató los horrores de este penal; condenado a pena capital, luego conmutada por la de cadena

³⁶ Único presidente de la llamada Segunda República Francesa (1848) y segundo emperador de los franceses (1852) bajo el nombre de Napoleón III.

perpetua, pasó sus últimos catorce años en la Isla del Diablo, de donde se fugó el 13 de abril de 1901, junto a otros presos, en un bote y tras una travesía de aventuras inimaginables, logró arribar a Nueva York, ciudad donde falleció a los 85 años de edad.

En sus memorias, Duval describió el centro penitenciario guayano-francés como *uno de los barrios bajos de Sodoma³⁷, construida en la sombra de la bienintencionada burguesía de la Tercera República, un tributo a su modesta moralidad y su positiva ciencia penal.*

No del todo ajeno a la espectacular fuga del anarquista, sin duda alguna su éxito avivó el espíritu de Henri Charrière, más conocido entre los personajes del bajo mundo parisino y los convictos de Isla del Diablo como Papillón³⁸, en razón de su tatuaje sobre el pecho, a tejer un plan de evasión del terrible penal.



Condenado, con solo veinticinco años de edad, a trabajos forzados en la colonia penitenciaria francesa por el asesinato no cometido del proxeneta llamado Roland le Petit, desde su arribo al infierno, decide escapar de él a toda costa, donde ya lleva purgando su condena trece años.

En un primer intento de fuga protagonizado en 1933, apenas dos años después de su llegada al presidio guyanés, Papillón con otros dos presidiarios nombrados Clusiot y André Maturette, un homosexual, navegan en un bote robado a lo largo de las costas de las islillas de Trinidad y Curazao, no muy lejanas de la colonia penal francesa, hasta

³⁷ Ciudad cananea donde se practicaban perversiones sexuales, destruida como castigo de Jehová.

³⁸ Mariposa en francés.

alcanzar el litoral colombiano; aquí, entran en contacto con una colonia de leprosos y logran su ayuda, pero el mal tiempo reinante los obliga a permanecer en la región, lapso aprovechado por las autoridades locales para la captura de los prófugos, no obstante, Papillón logra burlarlos y se interna en La Guajira, en el norte colombiano; aquí convive con pescadores de perlas, con quienes confraterniza y donde nacen sus hijos, habidos con dos pobladoras indias, hermanas consanguíneas, en singular relación promiscua que, para su coeto, fue la forma más pura del amor y la belleza, pero a pesar de tal idilio paradisiaco, abandona a esposas e hijos y se encamina al oeste de la región.

De paso por la ciudad de Santa Marta, la buena fortuna le abandona, es capturado por sus perseguidores, transferido a Barranquilla, donde se reencuentra para sorpresa suya con Clusiot y Maturette, y extraditado a la Guyana Francesa junto a sus dos correligionarios en 1934: la fuga le costó a Papillón dos años de aislamiento en una celda de la isla de Saint Joseph, sobrenombrada por los convictos como “la devoradora de hombres”.

Vencido el aislamiento en solitario, Papillón fue transferido a la prisión de la isla de Royale donde otro intento suyo de fuga fue abortado por un informante, a quien ultima poco después, hechos que provocan una nueva condena, pero esta vez recrudescida con ocho años de reclusión en solitario, sanción imposible de cumplir por ser humano alguno, sin embargo, sólo cumple dieciocho meses de aislamiento dado que, en el ínterin, con un arrojito desmedido, salvó de ahogamiento a una niña, de nombre Lisette, que se bañaba en aguas infestadas de tiburones; en el atestado penal se escribió como causa atenuante de la condena impuesta “razones médicas” que aconsejaban su relajación por otra de menor rigor.

En esta misma isla poco resguardada por carceleros, con su proverbial obsesión de fuga, rayana en la insania mental para terceros, simuló una locura o demencia profunda, en un nuevo plan de escape, pero el fallido

intento casi cuesta la vida a sus protagonistas al estrellarse contra sus acantilados y caer al mar.

Aparentemente recobrada su cordura, Papillón va a parar a la Isla del Diablo, para contento de las autoridades penales, puesto que se afirmaba que de ella era imposible escapar, dados sus verticales derriscos y mar bravía que arremetía contra la ínsula con espeluznantes cadenas de gigantescas olas; sin embargo, apenas desembarcado, ya intuía una nueva fuga: la novena y última, exitosa, por supuesto.

A la Isla del Diablo no se enviaban presos por delitos comunes, sino tan sólo a los condenados y deportados políticos; Papillón y otros, fueron excepciones. El número de reclusos, entre unos y otros, no superaba la treintena y cada uno vivía en una casita de techo de chapa, marcando la diferencia social de los confinados, sin intercambios de saludos y mucho menos, de charlas.

La atención médica de los reclusos corría a cargo del doctor Léger, quien funge de enfermero y extingue una larga condena por el envenenamiento de toda su familia en Lyon; el guardián jefe del campamento se nombra Santori, un hombre alto y desgarrado, con barba de ocho días quien, de inmediato, advierte a Papillón de los castigos a los que lo sometería si intentara fugarse; allí encontró un conocido suyo, el chino Chang, conocedor de todos los vericuetos del peñón carcelario y de las cadenas de olas que golpeaban sus faldas, cuya sapiencia insular contribuiría a la fuga de Papillón, y Sylvain, otro preso recién llegado a la Isla del Diablo, dispuesto a acompañar a Papillón en su intento.

La luna llena de domingo irradia el peñón carcelario y sus tintes argénteos iluminan cuatro figuras: dos sacos llenos de cocos arrojados al vacío y dos hombres desesperados que saltan con aquellos, y todos se hunden en una gigantesca ola que espumea al chocar contra las paredes del acantilado.

III

Poco a poco. inexorablemente, el saco mortuorio se hundía en las oscuras aguas costeras, tirado por la pesada bala de artillería.

Aunque confundido y sofocado con la precipitación al mar, Dantés tuvo ánimo suficiente para contener la respiración, y empuñando el cuchillo, rasgó de un solo tajo el saco, con lo cual pudo sacar el brazo y la cabeza, pero inútiles resultaron sus esfuerzos para levantar la bala de cañón; entonces se flexionó hasta la cuerda que ataba sus piernas, y con un esfuerzo sobrehumano pudo cortarla cuando ya se asfixiaba, desembarazado de ella subió a la superficie del mar, mientras la bala hundía en las profundidades abisales aquella tela grosera que, a poco más, se hubiera convertido en su propia mortaja.

No estuvo en la superficie más que el tiempo necesario para oxigenarse y volvió a zambullirse, porque la primera precaución que debía observar era que no le vieran ni desde lo alto del castillo de If ni desde la superficie del mar; no obstante, Edmundo vio en lontananza bajo la fulgurante luz de un relámpago, una extraña embarcación hecha de sacos, tripulada por un hombre que de pronto desapareció, se convenció de que había sido una ilusión fantasmagórica.

Cuando apareció sobre la línea de agua la segunda vez, se encontraba a más de cincuenta brazadas del lugar en que cayera. Sobre su cabeza veía un cielo con presagios de tormenta, descubriendo una titilante estrella. Ante sus ojos se extendía un mar sombrío cuyas olas anticipaban el principio de la tempestad.

Echando un vistazo en derredor no veía la fortaleza de la que acababa de escapar ni destellos de las bujías y lámparas de aceite que iluminaban los edificios de la cercana Marsella, y mucho menos los de las islas de Daume, de Ratonneau, o de Lamaire, una de las cuales debía alcanzar a nado, pensando en ella hallar refugio, pequeñas ínsulas distantes no más

de una legua, medida fácil de superar para un hábil nadador como él había sido.

Al fin amaneció con rayos solares cuya intensa luminosidad le mostraba un paisaje desconcertante para Edmundo Dantés: una playa paradisíaca, tropical, sobre la que caían trenes de plácidas olas, bordeada por una vegetación lujuriente que invitaba al reposo: sobre la blanquísima arena varios hombres, puestos de pie, lo escudriñaban detenidamente.

Al abandonar el agua marina, chorreante, descalzo, calzón y chaquetilla desgarrados y largos pelos en su cabellera y barba, a los espectadores no les cupo duda alguna: se trataba de un reo fugado de las cercanas islas carcelarias francesas, hecho casi usual en la zona, conjetura confirmada cuando Edmundo preguntó en su lengua nativa dónde se encontraba.

Uno de los espectadores entendió la interrogante y le respondió en lenguaje gestual universal, señalando el entorno natural con sus manos:

-En la playa colombiana de Barranquilla.

El desdichado Dantés no tardó en ser arrestado, conducido a una cárcel de Barranquilla y, poco después, extraditado a Kourou, centro administrativo carcelario de la Guayana francesa y, de aquí, a la Isla del Diablo.

En el pequeño atracadero del diabólico islote, cuando Edmundo Dantés desembarcaba aherrojado en tobillos y muñecas, le esperaban el guardián principal Santori y el doctor Léger, para quienes resultó un desconocido.

¡Pobre Dantés, había escapado de una fortaleza carcelaria para ser confinado de por vida en un islote penitenciario en la América colonial francesa!

En el ínterin, su amada Mercedes le había olvidado y sus odiados enemigos, los confabulados en su tragedia personal, el barón Danglars, Fernando Mondego, Gaspar Caderousse y el fiscal Gérard de Villefort, vivían sus mezquinas existencias, refocilándose en su bienestar material, sin remordimiento alguno, en la capital asentada en las orillas del Sena.

¡Oh, amado y noble abate Faria, a pesar de la educación que le prodigaste, del misterio que le desentrañaste en el complot urdido en su contra, del plan de fuga que le ideaste para escapar de la fortaleza carcelaria y de la revelación del lugar donde yacía oculto el tesoro del cardenal Spada en la isla de Montecristo, para el marsellés Edmundo Dantés, todo había terminado, cautivo, en un peñón solitario!

IV

Los dos prófugos carcelarios se elevan y descienden entre profundas y erguidas olas, llevados hacia mar abierto; antes, han nadado en busca de sus sacos con cocos y sobre ellos, treparon; poco a poco, por azares de la marejada, las rústicas balsas se alejan una de la otra y Papillón intuye que nunca más volverá a ver a su compañero Sylvain.

El tiempo, breve en tierra firme, es eterno en mar abierto, pensaba Papillón cuando, de pronto, cree ver la cabeza de Sylvain hundido entre las olas que lo subían y bajaban rítmicamente, y a gritos, lo llama, pero algo le hace detener sus llamados: la cabeza que emergía y desaparecía llevaba cabellos largos y barbas cerradas, rasgos corporales ausentes en Sylvain que era calvo y lampiño. Pensó que había sido presa de una alucinación provocada por la prolongada travesía náutica en tan singular embarcación de sacos y cocos; abandonó esta fantasía mental que bien supo simular en una ocasión en su reclusión penitenciaria.

A media tarde, observó en la línea del horizonte un punto negro hacia el cual lo arrastraba la corriente marina; pensaba que se aproximaba a las costas de algún país centroamericano, quizás Panamá, pero no, en la

medida en que se acercaba al punto, pudo apreciar que se trataba de una pequeña isla, desolada en las inmensidades del océano Atlántico y alejada de las rutas marítimas.

En horas del atardecer, Papillón alcanza la orilla del desconocido islote, telúricamente conformado por una mole de rocas áridas y bruñidas, teñidas de colores crepusculares, desde un rosa vivo hasta un azul intenso, oportuna roca de salvación toda vez que la balsa mostraba alarmantes signos de deterioro y, consecuentemente, de zozobra náutica; en el horizonte isleño se recortaba el contorno de un abrupto pico fulgurante, desconocido para Papillón: era el pico de la Isla de Montecristo.

En apariencias deshabitada por seres humanos, en la ignota ínsula vivían muchas cabras salvajes que saltaban de roca en roca, oportunidad que animó a Papillón a capturar una de ellas, matarla a garrotazos y utilizar sus carnes como fuente alimentaria para sobrevivir en lugar tan inhóspito y remoto de la geografía oceánica, lugar temporal de residencia del prófugo cuya duración desconocía.

En las peripecias de su caza de cabras, siguiendo una vereda perdida entre rocas y cortada por un torrente, vio un gran peñasco redondo, a manera de mojón señalizador, asentado sobre una base de la cual partía un camino que conducía a un pequeño ancón oculto en la maleza, donde brillaba una argolla de hierro en medio de una baldosa cuadrada.

Intrigado, pasó Papillón el tosco cayado que utilizaba, a manera de garrote para golpear cabras, por la argolla y abrió con esfuerzo la baldosa; de inmediato la luz solar se proyectó sobre una escalera rústica que se adentraba en la recién develada gruta, y por ella descendió.

A los pocos instantes, Papillón, acostumbrado a la oscuridad en sus largos períodos de aislamiento solitario en celdas sin acceso a la luz

solar, pudo reconocer los más ocultos rincones subterráneos. La cripta era de granito y sus agudas aristas relucían como piedras preciosas.

Al final del laberinto una tapia hecha por manos humanas obstruía el acceso a otra cámara subterránea.

A los primeros golpes que propinó al tabique, advirtió que las piedras solo estaban sobrepuestas y alicatadas unas con otras.

Introdujo la punta de su garrote entre dos de ellas, presionó con intensidad la pared y, poco a poco, como en un juego de naipes, comenzaron a caer las piedras solapadas hasta que un gran boquerón permitió su entrada al interior de la oscuridad.

Antes de entrar en ella, dio tiempo a que la cámara se ventilara con aire del exterior y renovara este otro, fétido y malsano.

Cuando entró, vio en el centro de la cámara una vetusta arca de madera y cuadermas de hierro, cubierta de polvo y telas de arañas por doquier, cuya tapa se sostenía de uno de sus bordes mediante un candado cubierto de orín.

Con su pesado garrote, la emprendió a golpes contra el podrido maderamen del arca, quebrándola en su estructura y accediendo a su contenido; por uno de los agujeros metió su mano derecha: ¡quedó sorprendido con lo que sus yemas dactilares palparon: joyas y piedras preciosas!

El arca estaba dividida en tres compartimientos: en el primero brillaban monedas de argénteos y dorados reflejos; en el segundo, barras de oro, simétricamente dispuestas; en el tercer compartimiento, confundidos unos con otros, refulgían diamantes, ópalos, perlas y rubíes, que al tomarlos Papillón en sus frenéticas manos, se precipitaban como cascada al sucio suelo de la gruta.

¡No sabía qué pensar de su fortuito hallazgo! Sentado sobre la vetusta arca, ensimismado, meditó sobre el tesoro encontrado: ¿quién lo había escondido?, ¿cuánto tiempo llevaba en lo profundo de la gruta?, ¿cómo podría sacarlo del aislado islote?, ¿cuánto cambiaría su vida?

Buscaba en su colete respuestas a estas interrogantes cuando recordó que, de niño, su madre le leía novelas folletinescas de aventuras, entre otras, una de un autor francés llamado Alejandro Dumas, titulada *El Conde de Montecristo*, cuya trepidante acción giraba en torno a un joven prisionero fugado de la cárcel de If y la búsqueda que emprendió de un fabuloso tesoro escondido, que le fuera revelado por un clérigo, su hallazgo y, ya rico y lleno de poder, su justa venganza contra los que lo habían sumido en tan abyecta condición.

Papillón creyó que por puro azar había descubierto el tesoro del cardenal Spada, personaje de aquella novela, así que, sonriendo, se autoproclamó *Conde de Montecristo*, mientras, enajenado de euforia, se daba un baño con monedas de plata, hacía malabares con dos barras de oro y se rociaba piedras preciosas sobre su cabeza, pero... sus labios se trocaron en un rictus de angustia al intuir que nunca escaparía de la isla de Montecristo, a pesar del valioso tesoro que había encontrado: ¡lo perseguía, como mácula pegada a su cuerpo, el sino de la soledad!

Hermanos Montgolfier y Matías Pérez

I

Jardines del Palacio de Versalles, París, 4 de septiembre de 1783.

Las soberanas cabezas de Luis XVI y María Antonieta, monarcas franceses, empujadas sobre sus alargados cuellos (una acerada guillotina jacobina se encargaría de rebanarlos unos pocos años después), no perdían ni un instante de la ascensión del globo, acompañados del resto de la corte, todos agolpados en un balcón del edificio construido por el Rey Sol³⁹ para su solaz, mientras que uno de aquellos, el aristócrata Jean Paul Marat, médico de profesión, también se recreaba observando la elevación del artefacto entre nubes; en tanto, de entre las multitudes reunidas por el inusual evento en las márgenes del Sena, dos hombres, trascendentes en los destinos históricos de los franceses, se admiraban del artificio que ganaba cada vez más en altura y, para su coleteo, conjeturaban sobre su uso: para el primero, hombre de cuarenta años de edad y químico de profesión, llamado Antonio Laurencio de Lavoisier, las posibilidades del ascenso del globo en la atmósfera para el estudio del aire y sus componentes químicos a tales alturas; para el segundo, un joven de veinticinco años, nombrado Maximiliano de Robespierre, la futilidad del evento y el menosprecio de la corona para con las miserias del pueblo parisino; también, en lo más alto del campanario de Notre Dame, una contrahecha figura humana, sordo por el teñir de los bronce, saltaba de campana en campana, regocijado y sorprendido por lo que veían sus exorbitados ojos.

Y así discurrían los más de 130.000 asistentes, de un modo u otro, mientras el globo se perdía en la inmensidad de los cielos.

El artefacto, construido por los hermanos franceses Joseph y Jacques Montgolfier, quienes pocas semanas antes habían elevado a las alturas un primer globo aerostático, conocedores del principio de los fluidos

³⁹ Luis XIV (1638-1715), monarca absolutista francés a quien se le atribuye erróneamente la frase *El Estado soy yo*.

para flotar, enunciados por el sabio griego Arquímedes⁴⁰ de Siracusa, ponderaban el aire como un fluido más, inspirados en el mitológico Ícaro y el sabio Leonardo Da Vinci, intentaron en esta ocasión sobrepasar el mito, los bocetos y las conjeturas científicas sobre la posibilidad de que un cuerpo pesado lograra flotar y ascender en el aire y, para tal propósito, construyeron un globo de tela y papel, de diez metros de diámetro cuya estructura se inflaba en la misma medida en que las volutas de humo caliente, despedidas por una fogata, a borbotones, le inundaban la gigantesca bolsa, provocando su hinchazón, y dejado llevar por las corrientes del viento, ahora se perdía en las alturas dejando estupefactos a sus observadores.



De la parte inferior del globo pendía una barquilla, estructura de madera de la que arrancaban las cuerdas que atenazaban la bolsa; en su interior, asustados y escurridizos, un gallo, una oveja y un pato fueron sus tripulantes en el cesto, a manera de anticipación cósmica de una perra llamada *Laika* que circunvoló la atmosfera terrestre, impulsada por un cohete lanzado desde un país euroasiático, casi doscientos años después de la hazaña de los hermanos Montgolfier.

II

Plaza de Marte, La Habana, domingo 29 de junio de 1856.

Repleta de público y el aire surcado por las notas musicales de una orquesta que amenizaba el espectáculo aéreo, antes de que el propio globo lo hiciera, libre ya de sus amarras, el *Ville París* comenzó a ganar en altura, en tanto que miles de pañuelos flamearon impulsados por la ligera

⁴⁰ Físico, inventor y astrónomo nacido en la Magna Grecia italiana (287 a.n.e-212 a.n.e.).

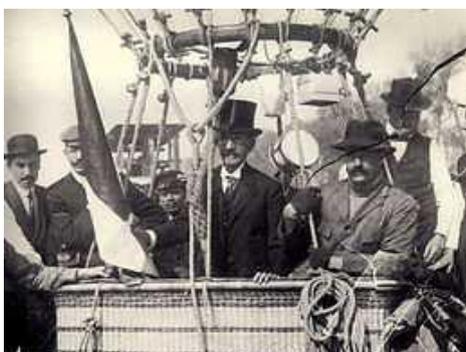
brisa que soplaba y las frenéticas manos que los sostenían, opacando el clamor de igual número de voces; mientras el aerostato se elevaba, la capitalina Plaza de Marte se empequeñecía a los ojos del aeronauta; de entre los observadores de esta rareza aérea, dos hombres maduros, uno, en pleno Paseo de la Reina y el otro, en el puerto habanero, alzaron sus miradas al cielo para contemplar el singular navío que surcaba el aire: el primero, en tránsito ocasional en la capital de la colonia, vueltabajero de nacimiento, nombrado Tranquilino Sandalio de Noda Martínez, agrimensor de oficio, en camino hacia la Real Junta de Fomento y Real Sociedad Económica de La Habana, valoraba las posibilidades del ingenio para trazar, desde las alturas, medidas topográficas y de catastro en su querido terruño; el segundo, ictiólogo de renombre entre los círculos científicos europeos y los humildes pescadores, bautizado como Felipe Poey Aloy, levantaba su mirada al cielo, interrumpiendo su sabia y fraterna charla sobre peces que sostenía con los curtidos hombres de mar, para valorar las potencialidades del rudimentario equipo aéreo en el estudio de arribazones de pargos, chernas y rabirrubias a las costas cubanas y en el rastreo del manjuarí, fósil viviente, en ríos insulares; en tanto, dejando a un lado su entorchado y espada, en el Palacio de los Capitanes Generales de la muy fiel Isla de Cuba, el principal inquilino del inmueble, el gobernador José Gutiérrez de la Concha e Irigoyen, marqués de La Habana, receloso en su segundo período de mandato de las conspiraciones subversivas criollas, observaba desde sus jardines el artefacto aéreo, ponderando si se trataba de una treta engañosa de los infidentes cubanos para perpetrar un levantamiento armado contra la metrópoli; por último, una interna de la Casa de Recogidas de Nepomuceno, otrora bella mulata, sobrenombrada la *Virgencita de bronce*, enclaustrada desde muchos años atrás en razón de amoríos incestuosos y de presunta complicidad en el asesinato de un joven habanero, que frisaba los cincuenta años de edad, contemplaba desde su celda, cómo el globo aerostático se perdía en la vastedad azul del cielo.

Con estas ideas en mientes, todos deseaban buen viaje al intrépido aeronauta, un portugués acriollado en La Habana, llamado Matías Pérez,

más conocido por el mote de *Rey de los toldos*, sobresalientes apéndices de lona que protegían del tórrido sol habanero, y que conferían un sello distintivo a la capital de la colonia hispana por su proliferación en fachadas de inmuebles domésticos y comerciales.

Este era el cuarto intento, del tozudo e intrépido navegante aéreo, de conquistar las alturas luego de tres precedentes fallidos: el primero, también en el Campo de Marte, había terminado en fracaso cuando el aeronauta, trabada la cuerda que abría la válvula de gas del aparato volador, tuvo que escalar por las sogas que sostenían la barquilla para ensanchar la boca del globo para airearlo y así aminorar la celeridad del descenso en picada del artefacto; detenido un tanto, fue a parar a las riberas del río Almendares, en la Quinta de Palatino.

En otras dos ocasiones, el lusitano, especialista en fabricar y reparar velas de barcos y toldos parasoles, concurre a la Plaza de Marte, seguido de numeroso público en cada una de ellas, pero el mal tiempo, para su pesar, lo obligó a suspender los vuelos: el de hoy, con día espléndido, presagiaba un éxito rotundo.



Y así, entre vítores y aplausos, aquel día, el *Ville París*, con su solitario aeronauta a bordo, remontó el cielo habanero y, en tanto ganaba en altura, los rayos del sol tropical incidían sobre su lisa superficie exterior, contribuyendo a la uniformidad de presión en el gas encapsulado en el vientre del globo, manteniendo su tamaño, que bien pronto se convirtió en un diminuto punto en lo más alto del cielo, hasta desaparecer de la vista de los presentes.

III

El gallo, el pato y la oveja, aeronautas sin consentimiento informado, en tanto el globo atravesaba las capas atmosféricas terrestres, habían abandonado el estrés inicial de la travesía aérea: el lanudo rumiante unguulado, mordía apaciblemente el forraje depositado en el interior del estanco que le fue destinado en la barquilla; el gallo y el pato, por su parte, en sendas jaulas de mimbre, picoteaban incesantemente granos de maíz para saciar el apetito; los tres animales, pioneros de la aeronáutica, disponían de suficiente agua, vertida en cazuelas atornilladas al piso de la barquilla, para saciar sus necesidades de líquido.

Los hermanos Joseph y Jacques Montgolfier, convencidos católicos, habían seleccionado el gallo y la oveja como aeronautas, a manera de alegoría o simbolismo religioso cristiano: el gallo, según habían narrado los apóstoles de Cristo en el Nuevo Testamento, uno de estos, antes de que cantara dos veces el ave, lo negaría en la fe; en tanto que la oveja encarnaba, como animal descarriado en los cielos, a los pecadores extraviados en asuntos mundanos; de todas formas confiaban que los dos animales, tantas veces invocados en los textos bíblicos, retornarían sanos y salvos, después de consumada la travesía aérea.

En cuanto a la elección del pato como tercer aeronauta, el criterio descansó en su morfología anatómica, en razón de un cuerpo revestido de plumas aceitosas, sostenido por una armazón esquelética ligera, provista de sacos aéreos, que le conferían a la vez, ventajosas características hidrodinámicas y aerodinámicas, rasgos que le permitirían sobrevivir, ante cualquier percance desafortunado del globo, en el agua y en el aire.

Así las cosas, cada vez más, el globo trepaba las alturas gaseosas de la atmósfera, sobrepasando sus capas denominadas troposfera (9 kilómetros en los polos, 18 en la cintura ecuatorial), estratosfera (a 50 kilómetros de altitud), mesosfera (entre 50 y 80 kilómetros) e ionosfera (más de 80 kilómetros de altitud), la más enrarecida de todas.

Durante la ascensión entre las capas atmosféricas más externas del planeta, los tres animales sufrieron de arritmia e hipoxia galopante, menos aguda en el pato; luego el vértigo los sumió en narcolepsia profunda.

Fue entonces que en la oscuridad de la noche se hizo visible una brillante estrella, similar a la aparecida casi dos milenios atrás, observada en el oriente por unos magos que se dirigían a Belén.

Después de este evento, el globo aerostático de los hermanos Montgolfier comenzó a descender, poco a poco, las alturas ganadas en los cielos, hasta posarse en la Plaza de Marte, en la capital de la fiel Isla de Cuba; perplejos y frustrados quedaron los testigos del acontecimiento al descubrir, en la barquilla del globo desinflado, los cadáveres de tres animales: un gallo, una oveja y un pato.

¡Pero ni rastros de un ser humano!

Desde entonces, primero los criollos, cantores del hecho, más tarde, los cubanos todos, comenzaron a proferir una frase que se suele pronunciar sobre algo que se pierde irremediamente, para nunca más volver:

¡Voló como Matías Pérez!



IV

Los aplausos, gritos y vítores de la muchedumbre agolpada en el Campo de Marte, rendidos al intrépido navegante aéreo, cuyo ascenso a las alturas recién comenzaba, iban quedando cada vez más abajo y, en caballeroso gesto, Matías Pérez los correspondió al dejar al descubierto su cabeza y batir su sombrero de copa con su mano derecha, en amistosa reciprocidad; luego miró en derredor suyo y admiró la espléndida bahía de La Habana donde varios buques yacían atracados en sus muelles; tras estos devaneos, se dio a la tarea de ajustar su navegación aérea. Recordó, entonces, sus primeras ascensiones y lecciones de aeronáutica aprendidas al lado de Godard, un afamado aeronauta francés, a quien había acompañado, en calidad de ayudante, en tres de aquellas.

De inmediato, Matías supervisó los instrumentos de navegación, escudriñó el tubo conductor del gas y se dio a la tarea de lanzar dos globos pilotos para conocer la dirección del viento: los caprichos de Eolo, con ráfagas procedentes del sur, empujaban el *Ville París* hacia el Atlántico, confiaba en que no se repitiera el vergonzoso hecho de su precipitado descenso en las cercanías del río Almendares, ocurrido unos pocos días atrás, el 12 de junio.

Entusiasmado, como hombre culto que era, recordó el vibrante poema *La canción del pirata*, del romántico bate español José de Espronceda Delgado (1808-1842), fallecido unos años antes, cuyo arrojo contrastaba con su aventura aérea y, musitando sus versos, revisaba el estado técnico de su navío:

¡Sentenciado estoy a muerte!

Yo me río:

No me abandone la suerte,

Y al mismo que me condena

Colgaré de alguna entena,

Quizá en su propio navío.

Y si caigo,

¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la di,
Cuando el yugo
Del esclavo
Como un bravo
Sacudí.

Así discurrieron los momentos iniciales del vuelo aerostático; poco después, el viento arreció desmedidamente y el *Ville París* se elevó hasta alturas insospechadas por el propio navegante.

La noche había cerrado, el osado aeronauta no sabía dónde se encontraba en la vastedad del espacio, un intenso frío atmosférico hacía tiritar convulsivamente el cuerpo del portugués, le faltaba el aire; un pesado sopor envolvía sus pensamientos y, antes de caer desplomado sobre el piso de la barquilla, sus ojos contemplaron una rara conjunción de Júpiter y Saturno, cuerpos celestes que brillaron con peculiar intensidad, a modo de estrella de Belén.

Los pocos que decidieron aguardar por el retorno del globo de los hermanos Montgolfier, firmes en su angustiosa espera, como ellos mismos, vieron que, poco a poco, un diminuto punto en lo alto del cenit comenzaba a descender y, a ojos vista, ganaba en tamaño hasta que plácidamente, se posó en los jardines del Palacio de Versalles, de donde había alzado vuelo no hacía mucho.

En la medida en que el artefacto descendía, los hermanos Joseph y Jacques Montgolfier comenzaron a apreciar acusadas diferencias entre el ingenio volador por ellos fabricado y el que descendía de los cielos: el suyo, de grueso papel y tela, energizado con humo para trepar en el aire, no se parecía en nada al que acababa de tocar tierra, hecho de lonas y provisto de tubos conductores de gas, salvo el nombre toponímico francés de *Ville París* que ostentaba en su barquilla, nada hacía pensar que fuere el suyo propio.

Intrigados, todos los presentes se encaminaron de inmediato al ahora inerte artefacto volador, cuya barquilla fue escrupulosamente inspeccionada por los hermanos Montgolfier, ansiosos de hallar, vivos o muertos, el gallo, la oveja y el pato: menudas sorpresas se llevaron cuando descubrieron, no a los animales aeronautas sino el cuerpo de un hombre, vestido de manera extraña, tirado a lo largo del piso de la barquilla, cuya respiración jadeaba.

Extraído y reanimado por los presentes, el hombre, hablando en portugués y español, al principio de su resurrección, luego en un correcto francés, explicó que se llamaba Matías Pérez, un estudioso de las leyes de la aeronáutica y que había emprendido un viaje desde la isla de Cuba, lugar al que pretendía retornar en breve: nadie le creyó lo que narraba; por su parte, el propio aeronauta tampoco tenía explicación alguna sobre su fabuloso vuelo que lo había trasladado a la Francia de Luis Capeto.

Cuando el rey Luis XVI supo del extraordinario evento, ordenó el arresto inmediato del intruso aéreo, considerándolo un espía de los ingleses en represalia a su apoyo incondicional a la Revolución de las Trece Colonias, ayuda francesa que en gran medida contribuyó a la independencia de esos territorios del reino de Gran Bretaña; así mismo, dispuso el decomiso del aparato volador y su entrega a los hermanos Montgolfier para su estudio y plagio.

Matías Pérez estuvo recluido en la fortaleza de La Bastilla, encerrado en una de sus oscuras mazmorras, como peligroso espía de la pérfida Albión, hasta que dicho bastión absolutista fue tomado por asalto por el pueblo parisino, el 14 de julio de 1789, al conjuro de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano, pronunciamientos paradigmáticos de la Revolución Burguesa que cambiaría los destinos de la humanidad; al abandonar la prisión parecía un esqueleto revestido de una vieja piel de color ocre, perdidas sus facultades mentales irremediablemente y sumido en continuos soliloquios sobre la navegación aerostática y su futuro de aviones y naves espaciales; quienes lo escuchaban lo tildaban de demente profundo.

Personajes en la malla

De entre las celdas de la malla yacen personajes encriptados, redívidos en las historietas narradas. Somete a prueba tus conocimientos e identifícalos auxiliado de las referencias ofrecidas.

R	A	M	A	C	K	A	N	D	A	L	I	D	W
N	O	R	E	N	A	U	T	I	L	U	S	S	Y
L	F	Y	N	S	E	L	U	C	R	E	H	A	X
I	L	D	O	G	U	L	I	S	E	S	A	L	Z
N	O	E	E	I	S	N	O	R	I	M	K	T	E
C	D	N	L	R	O	D	I	S	E	O	E	A	R
O	A	N	O	O	J	N	O	S	N	A	S	I	E
L	Z	E	P	N	I	K	M	E	T	O	P	L	P
N	L	K	A	T	E	U	Q	I	R	N	E	I	S
J	U	A	N	A	C	I	L	O	P	U	A	C	A
O	I	R	E	E	O	N	A	D	L	O	R	E	I
H	S	C	M	S	E	T	N	A	V	R	E	C	T
N	E	A	O	O	I	L	U	J	O	Y	A	C	A
W	X	Y	R	E	I	F	L	O	G	T	N	O	M

1. Nombre de pila del Führer, cabecilla del horrendo régimen nazista.
2. Tipo de embarcación utilizada por el patriarca Noé durante el diluvio universal.
3. Personaje mitológico griego que carga sobre sus espaldas la bóveda celeste.
4. Nombre del mapuche que encabezó las guerras contra el conquistador español, cuyas hazañas están recogidas en un poema épico.
5. Dos de los nombres del militar y político romano asesinado en el senado durante los Idus de marzo del año 44 a.n.e.

6. Hermosa mulata, principal personaje femenino de la novela *La Loma del Ángel* de Cirilo Villaverde.
7. Apellido paterno del escritor español de la novela *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*.
8. Sobrenombre de respeto impuesto por los árabes, durante la Guerra de Reconquista española, a Ruy Díaz de Vivar.
9. Nombre de pila de la mujer condenada por andar vestida de hombre y su orientación sexual.
- 10 Apellido del pirata francés combatido por los manzanilleros en 1604, cuya cabeza es cortada por un negro africano, hecho histórico recreado en *Espejo de Paciencia*.
11. Personaje mitológico que realizó doce trabajos extraordinarios.
12. Nombre de pila del primer presidente católico de los Estados Unidos de América.
13. Nombre del personaje bíblico, continuador de la obra de Moisés y que invade las tierras de Canaán.
14. Nombre de la patriota francesa conocida como la *Doncella de Orleans* que combatió contra la invasión inglesa a su país y, traicionada, fue quemada en la ciudad de Ruán en 1431.
15. Apellido del presidente norteamericano asesinado en Dallas, Texas, el 22 de noviembre de 1963.
16. Sinónimo de torneo, competencia o disputa, en la que toman parte varios aspirantes a cierta distinción, cual fue la elección del toqui mapuche.
17. Apellido del presidente norteamericano que abolió la esclavitud en su país, el 22 de septiembre de 1862, posteriormente, asesinado.
18. Nombre de pila del rey francés de apellido Capeto, cuya cabeza fue cercenada en la guillotina, tras el triunfo de la Revolución francesa.

19. Negro esclavo haitiano que luchó por la abolición de la esclavitud y la independencia de su país, muerto en la hoguera.
20. Extensión de agua salina surcada por el *Arca* de Noé, el trasatlántico *Titanic*, el acorazado *Potemkin* y el sumergible *Nautilus*.
21. Nombre del escultor griego reconocido universalmente por su obra *El Discóbolo*.
22. General y emperador francés que, tras su derrota en Waterloo, fue desterrado por los ingleses a la isla de Santa Elena, lugar donde murió.
23. Nombre del submarino que navegó veinte mil leguas bajo el mar.
24. Nombre del capitán del sumergible *Nautilus*.
25. Nombre del perverso emperador romano a quien atribuyen el incendio de Roma.
26. Personaje bíblico que, junto a su familia, se embarcó en un arca acompañado de animales.
27. Nuestra Era (sigla).
28. Astuto personaje que ideó la toma de la inexpugnable ciudad de Troya mediante el subterfugio de un caballo de madera.
29. Nombre del buque acorazado ruso donde sucede el amotinamiento de sus marineros contra el gobierno zarista, hecho recreado por la filmografía soviética.
30. Uno de los doce paladines del Emperador Carlo Magno que participa en la batalla de Roncesvalles donde la muerte va a su encuentro.
31. Nombre del azote de los filisteos cuya descomunal fuerza descansaba en sus largos cabellos.
32. Apellido paterno del dramaturgo inglés autor de la famosísima obra *Romeo y Julieta*.

33. Otro nombre por el que es conocido el rey de Ítaca, esposo de Penélope y padre de Telémaco, vencedor en Troya.

34. Portugués que se montó en un globo y nunca más se supo de él.

35. Apellido de los hermanos franceses inventores de un globo aerostático.

Soluciones de la malla

R	A	M	A	C	K	A	N	D	A	L	I	D	W
N	O	R	E	N	A	U	T	I	L	U	S	S	Y
L	F	Y	N	S	E	L	U	C	R	E	H	A	X
I	L	D	O	G	U	L	I	S	E	S	A	L	Z
N	O	E	E	I	S	N	O	R	I	M	K	T	E
C	D	N	L	R	O	D	I	S	E	O	E	A	R
O	A	N	O	O	J	N	O	S	N	A	S	I	E
L	Z	E	P	N	I	K	M	E	T	O	P	L	P
N	L	K	A	T	E	U	Q	I	R	N	E	I	S
J	U	A	N	A	C	I	L	O	P	U	A	C	A
O	I	R	E	E	O	N	A	D	L	O	R	E	I
H	S	C	M	S	E	T	N	A	V	R	E	C	T
N	E	A	O	O	I	L	U	J	O	Y	A	C	A
W	X	Y	R	E	I	F	L	O	G	T	N	O	M

1. Adolfo	2. Atlas	3. Arca	4. Caupolicán	5. Cayo Julio
6. Cecilia	7. Cervantes	8. Cid	9. Enriqueta	10. Girón
11. Hércules	12. John	13. Josué	14. Juana	15. Kennedy
16. Lid	17. Lincoln	18. Luis	19. Mackandal	20. Mar
21. Mirón	22. Napoleón	23. Nautilus	24. Nemo	25. Nerón
26. Noé	27. N. E.	28. Odiseo	29. Potemkin	30. Roldán
31. Sansón	32. Shakespeare	33. Ulises	34. Matias Pérez	35. Montgolfier

BIBLIOGRAFÍA

Abréu Hernández, G. A., Arias Sánchez A. M., Álvarez Hernández, M.O.: *Ideales justicieros de Don Quijote*, Editorial Universitaria, La Habana, 2019.

Arias Sánchez, Arturo Manuel: *Contextos jurídicos de expresiones literarias*, Editorial Universitaria, La Habana, 2013.

Carpentier, Alejo: *El reino de este mundo*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.

Cervantes y Saavedra, Miguel: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1960.

Cuppy, Will: *Decadencia y caída de casi todo el mundo*, Editorial Arte y Literatura, Colección Huracán, La Habana, 2009.

Charrière, Henri: *Papillón*; en [http://LeLibros.org./](http://LeLibros.org/)

Diccionario de Biografías: Editorial Océano, Barcelona, España, 2008.

Dumas, Alejandro: *El Conde de Montecristo*; en www.luarna.com

Enciclopedia Ilustrada Cumbre: Editorial Cumbre, México, 1980.

Enciclopedia Autodidáctica Interactiva Océano: Océano Grupo Editorial, S. A., Barcelona, España.

EcuRed Portátil – Kiwis – 2018.

González Pagés, Julio C.: *Por andar vestida de hombre*, Editorial de La Mujer, La Habana, 2012.

Gran Diccionario Enciclopédico Ilustrado: Selecciones del Reader's Digest, México, 1979.

Graves, Robert: *Dioses y héroes de la Antigua Grecia*, Editorial El Mundo, Madrid, 1999.

Homero: *Odisea* (Canto VIII, versos 499-520), Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975.

Kaspi, André: *Kennedy*, Diario ABC, S.L., Ediciones Folio, S.A., Madrid, España, 2003.

León, María Teresa: *Cervantes, el soldado que nos enseñó a hablar*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 2005.

_____ : *Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid Campeador*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 201.

Oppermann, Hans: *Julio César, la grandeza del héroe*, Editorial ABC, S.L., Ediciones Folio, S.A., Madrid, España, 2004.

Parenti, Michael: *El asesinato de Julio César, Historia del pueblo de la antigua Roma*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2011.

Salvat: *Diccionario Enciclopédico*, Salvat Editores S.A., Decimotercera Edición, Barcelona, 1968.

Shakespeare, William: *Romeo y Julieta*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2009, 94.

Silvestre de Balboa: *Espejo de Paciencia*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2008.

Sociedades Bíblicas Unidas: *Santa Biblia (Libro de Josué, capítulos 1, 2,4 y 6)*, Reina Valera Contemporánea, Brasil, 2013.

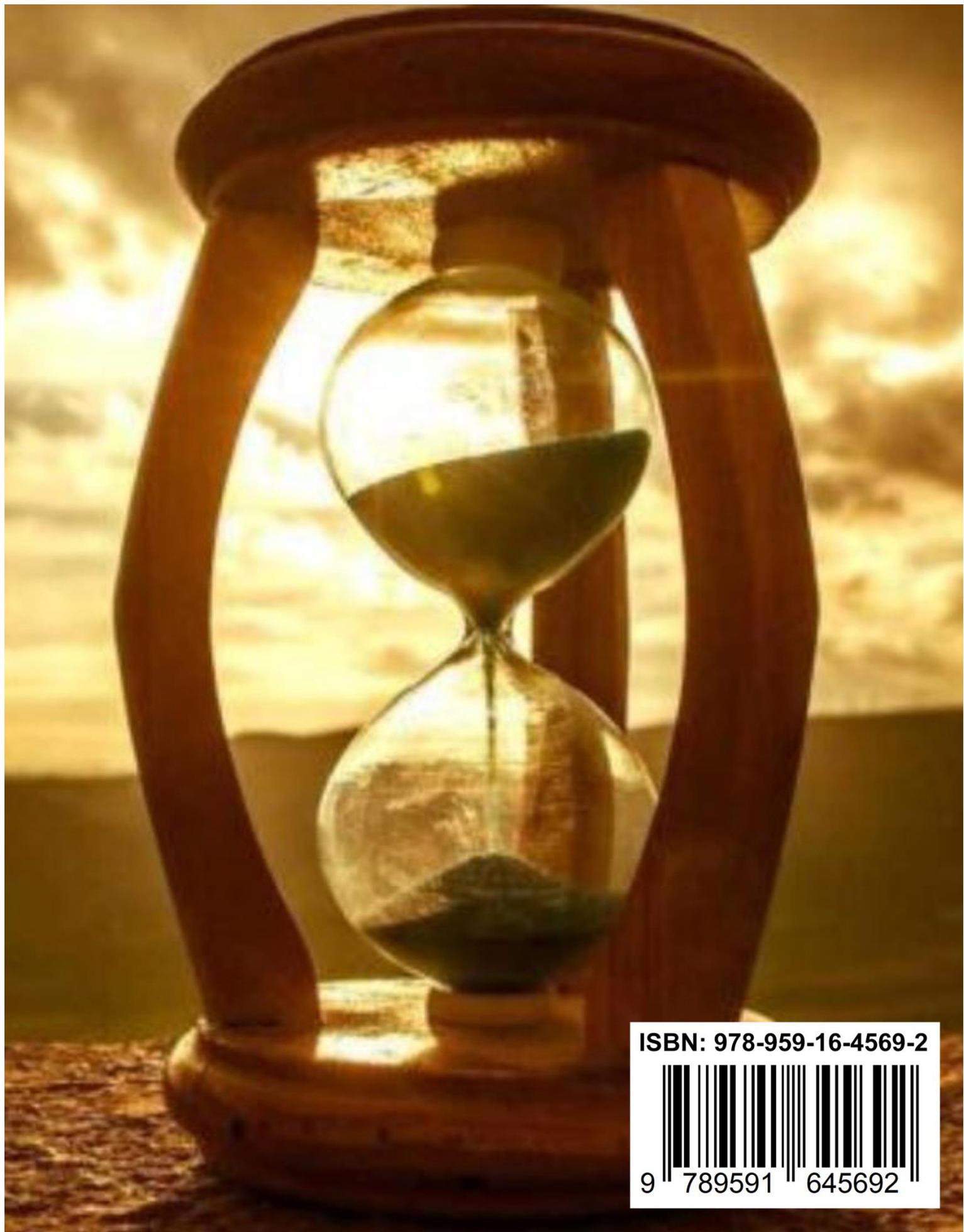
Suetonio: *Los doce césares*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2005.

Tarle, Evgueni: *Napoleón*, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 2001.

Villaverde de la Paz, Cirilo: *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1980.

www.bbc.com/mundo/noticias: El asesinato de Francisco Ferdinand.

www.wikitaxi.org: Wikipedia.



ISBN: 978-959-16-4569-2



9 789591 645692